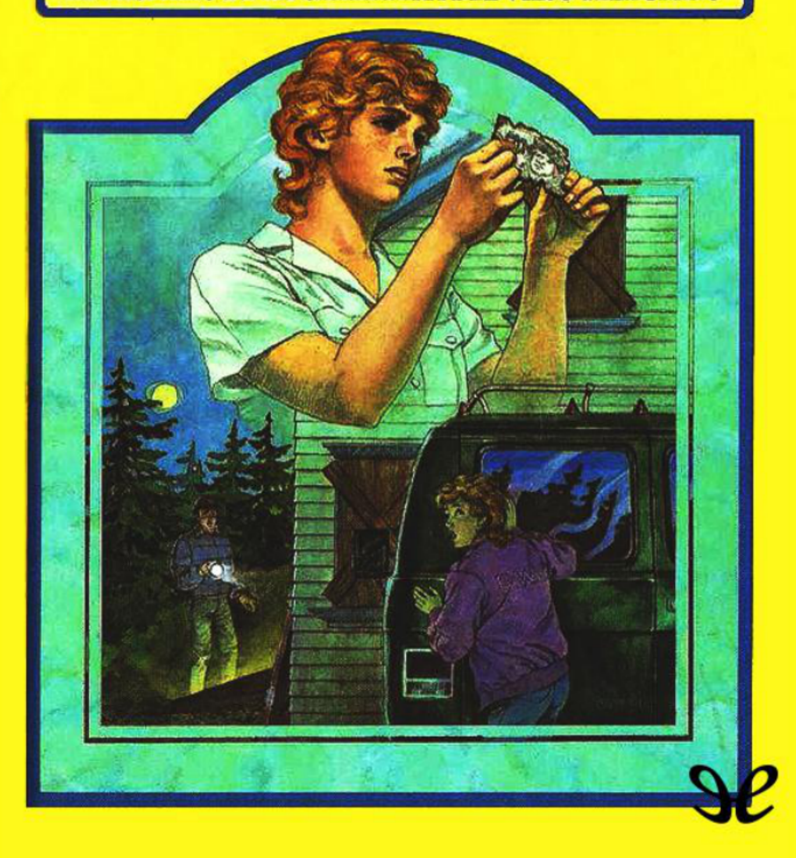
TRIXIE BELDEN

13

EL MISTERIO DE LA CARRETERA DEL VIEJO TELEGRAFO



Trixie y Honey asisten a una feria de arte en la escuela secundaria y un talentoso artista, Nick Roberts, les alerta sobre la difícil situación del programa de arte de la escuela. Decididos a ayudar, los Bob-Whites organizan una bicicleta para recaudar dinero, pero alguien no quiere que salga adelante. El primo de Honey, Ben, está haciendo la vida difícil para todos y Nick retira su apoyo a la recaudación de fondos, lo que los hace sospechosos. Pero un billete de banco carbonizado y una casa abandonada tienen a Trixie intrigada y se propone resolver el misterio de Old Telegraph Road.



Kathryn Kenny

El misterio de la carretera del viejo telégrafo

Trixie Belden 13

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2019

Título original: *Trixie Belden and the Mystery Off Old Telegraph Road*
Kathryn Kenny, 1978

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Edición conmemorativa

SEXTO ANIVERSARIO

¡¡YUUJUUUU!!

epublibre



La feria del arte • 1

—Corre, Trixie, por favor —gritó Honey Wheeler a su mejor amiga —. Me gustaría ver la feria del arte de punta a punta, y Ben dijo que sólo esperaría media hora si queríamos que nos llevara a casa.

Trixie Belden metió sus libros en la taquilla, cerrándola con más fuerza y estrépito de lo que era necesario. Mientras seguía a Honey al Gimnasio, donde habían montado la feria del arte, pensó en cuánto habían cambiado las cosas desde que el primo de Honey,

Ben Riker, llegara a casa de la familia Wheeler.

Honey Wheeler había sido la mejor amiga de Trixie desde el día en que la familia Wheeler se mudó a Manor House, la enorme mansión de la colina, justo al oeste de Crabapple Farm, donde Trixie vivía con sus padres y sus tres hermanos. Juntas, Honey y Trixie habían resuelto varios misterios, y tenían planeado abrir la Agencia de Detectives Belden-Wheeler en cuanto acabaran sus estudios en la Universidad.

Uno de sus primeros casos consistió en encontrar a Jim Frayne, que había ido hasta el norte del Estado de Nueva York huyendo de su cruel padrastro. Los padres de Honey habían adoptado a Jim, y éste, Honey, y Trixie, además de los dos hermanos mayores de Trixie, Mart y Brian, crearon un club llamado «Bob-Whites de Glen». Otros dos miembros, Dan Mangan y Di Lynch, se habían incorporado al club desde entonces. Los Bob-Whites tenían como meta ayudar a los demás y divertirse, aparte de resolver los misterios en los que Trixie no dejaba de implicarles.

Pero todo eso ha cambiado ahora —pensó Trixie, resentida—. *Desde que Ben Riker llegó el mes pasado, Honey y Jim han estado tan ocupados intentando evitar que se metiera en algún jaleo, que no ha habido tiempo para nada más. No sé cómo Honey puede soportarlo*.

Ben, el primo de Honey, siempre había sido un chulo y un bromista, y atormentaba a su familia con cosas como llenar el azucarero de sal. Pero sus bromas habían sido inofensivas hasta hacía unos pocos meses, cuando se juntó con unos malos tipos en el carísimo internado al que iba. Al ver que las notas empeoraban y que sus gamberradas iban subiendo de tono, le habían enviado a casa de los Wheeler, esperando que Jim y Honey (y también los Belden) le ayudaran a mejorar el carácter.

Desde luego, hasta ahora no han salido las cosas como estaba previsto —reflexionó Trixie al entrar en el Gimnasio con Honey—. *Todo lo que ha hecho desde que llegó a Sleepyside es mezclarse con una gente tan mala como sus amigotes del internado. Y por mucho que Honey y Jim se esfuercen por estar simpáticos con él y planeen actividades para hacer juntos, él siempre parece aburrirse cuando está con ellos. Verdaderamente es un desagradecido*.

—Sé en lo que estás pensando, Trixie —dijo Honey, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. Es una lástima que sólo tengamos media hora para ver la feria del arte. Ya sé que Jim o Brian nos habrían dado todo el tiempo que hubiésemos querido. Hasta puede que hubieran venido con nosotras si no tuvieran otras cosas que hacer. Pero con Ben… Bueno, por lo menos accedió a llevarnos a casa. A veces creo que a Ben le gustaría de verdad ayudarnos y llevarse mejor con todos Nosotros, pero teme que nos demos cuenta.

—¿Y por qué va a tener miedo de que los demás vean que es una buena persona? —preguntó Trixie—. Eso que dices no tiene ningún sentido.

—Eso es porque nunca tuviste que ir a uno de esos horribles internados, Trixie —le dijo Honey—. Créeme, yo sí que lo entiendo. Estás tan sola, siempre lejos de tu familia, salvo durante las vacaciones, que es muy importante para ti sentirte miembro de algún grupo. Y no quieres hacer nada que te pueda hacer perder el respeto que ese grupo siente hacia ti. En el caso de Ben, la gente con la que se ha juntado piensa que es de listos meterse en problemas y no preocuparse de los estudios ni de ayudar a los demás. Así que Ben sigue lo que le dicta la mayoría. Me figuro que te resultará difícil entenderlo, porque tú siempre has tenido unos padres adorables y a tus hermanos mayores, diciéndote lo que estaba bien. Pero no todo el mundo tiene la suerte que tú has tenido, Trixie.

Los ojos grandísimos de Honey, de color avellana, se entristecieron. Bajó la cabeza, para que sus cabellos rubios como la miel, que le llegaban hasta los hombros, le ocultaran el rostro un momento. Trixie se dio cuenta de que su amiga estaba recordando los días antes de venirse a vivir a Sleepyside, cuando también ella iba a un internado los inviernos y a algún campamento en verano, llegando a creer que sus padres no la querían. Todo aquello había terminado para Honey, desde que sus padres compraron Manor House y contrataron a la señorita Trask, la profesora de matemáticas de Honey, para que cuidara de ella mientras ellos se encontraban en alguno de sus frecuentes viajes. Pero Trixie sabía que el recuerdo de esos tiempos pasados seguía siendo penoso para su amiga.

—Lo siento, Honey —dijo Trixie—. Tienes razón al decir que no puedo comprenderlo. Supongo que siempre he estado mimada, rodeada del cariño de mi familia. Trataré de ser más paciente con Ben.

Honey levantó la cabeza y le sonrió.

—Eres maravillosa al seguir intentándolo. Yo sé que es mi primo, no el tuyo. Pero tengo la impresión de que cambiará muy pronto, y de que entonces te caerá muy bien. Espera y verás.

Esperaré —pensó Trixie—, *pero no creo que llegue a producirse ese gran cambio… no con Ben Riker*.

Tan absorta estaba Trixie en sus reflexiones respecto a Ben Riker y los problemas que había causado que le costó un rato centrar su atención en la feria del arte. Cuando lo hizo, fue con un sentimiento creciente de decepción.

Era ésta la primera feria del arte celebrada en el instituto de Sleepyside. Los posters que la anunciaban habían llenado los corredores del colegio desde hacía una semana, y tanto Trixie como Honey habían tenido muchísimas ganas de ir… Honey porque tenía una inclinación natural hacia las cosas bonitas, y Trixie porque sentía curiosidad por cualquier novedad, especialmente si ésta tenía como propósito conseguir dinero para alguna buena causa, como era la renovación del equipo del Departamento de Arte.

Las dos amigas habían planeado quedarse en el colegio después de las clases, el viernes, para asistir a la feria del arte, aunque eso significara perder el autobús del colegio, y temieron lo peor al saber que Dan, Jim y Brian, los únicos Bob-Whites con permiso de conducir, tenían otros planes y no podían pasar a recogerlas. Como último recurso, Honey había recurrido a Ben, que había consentido en esperarlas media hora, y ni un minuto más. A ellas les pareció que eso era mejor que nada, aunque Trixie no dejaba de pensar que Ben no podía tener cosas tan importantes que hacer que no le permitieran esperarlas un poco más. Pero ahora que ya estaba en la feria del arte…

—Parece que tendremos de sobra con media hora, ¿no? —le susurró a Honey.

—Desde luego esto no era lo que yo esperaba —dijo Honey, siempre tan prudente en sus juicios.

El Gimnasio, que solía verse repleto de objetos en tiempo de

carnaval, parecía vacío. Había solamente unas pocas mesas en el centro, y unos cuantos dibujos y pinturas colgaban en las paredes. No eran muchos los estudiantes que habían mostrado interés por asistir a la feria; una o dos personas, a lo sumo, estaban contemplando cada pieza exhibida.

—Bueno, ya que estamos aquí, no perderemos nada echando un vistazo —dijo Trixie, acercándose a la mesa más próxima.

Allí había expuesta una pequeña colección de tazas, jarrones y vasijas de cerámica. Hasta para los ojos inexpertos de Trixie resultaba evidente que estaban mal terminados, asimétricos. Vagamente sintió vergüenza; no supo qué decir a Amy Morrisey, una chica a la que conocía de la clase de inglés, que se hallaba detrás de la mesa. Para su alivio, el tacto de Honey acudió una vez más a salvarla del apuro.

—Siempre me ha fascinado el que alguien pueda coger un poco de arcilla, ponerlo en un torno, y darle al torno con los pies mientras trabaja el barro con las manos. ¡Hace falta una coordinación que yo sería incapaz de conseguir! —le dijo Honey a Amy.

Amy se rió.

—Se requiere algo más que coordinación para esto. La práctica es lo más importante. Yo llevo con esto dos años, y con un solo torno en todo el Departamento de Arte no he podido practicar lo necesario para llegar a ser buena de verdad. Aunque lo hago bastante mejor que al principio. Si hubiérais visto las primeras cosas que hice… ¡Un cavernícola lo habría hecho mejor!

—Ésta debe de ser una de tus piezas más recientes —dijo Honey, señalando una gran vasija que tenía un vidriado azul—. Es muy bonita.

—Es mi favorita —admitió Amy—. Estuve a punto de no presentarla a la exposición, porque me gustaría quedármela. Pero decidí que ésa sería una actitud egoísta. El Departamento de Arte necesita ese dinero con urgencia, y esto es lo único que tengo por lo que puedo pedir un precio decente —añadió encogiéndose de hombros—. Y me dije a mí misma que no puedo perder, pase lo que pase. Si no lo vendo, me lo quedo. Y si lo vendo, tendré la satisfacción de saber que el dinero irá a parar al Departamento de Arte.

—¡Eso es fabuloso! Ojalá llegara yo a pensar de ese modo —dijo Trixie, arrugando su nariz pecosa y sacudiendo la cabeza de modo que todos sus rizos pajizos se movieron—. Por muy buena que sea la causa, me cuesta una barbaridad renunciar a algo mío.

—Eso no es verdad —dijo Honey—. Pero si Trixie es una de las personas más generosas que conozco. Ella recibe una paga de sus padres por ayudar en la casa y cuidar de su hermanito y, a pesar de que pierde todo ese tiempo, no le importa donar su dinero a… —Honey se llevó una mano a los labios, callándose a tiempo. Había estado a punto de decir «al tesoro del club», y recordó que los Bob-Whites habían jurado no decir que todos ellos aportaban su dinero a las buenas causas—. Bueno, quiero decir, que lo da a gente que lo necesita —concluyó—. Y una vez regaló un anillo de diamantes muy valioso al señor Lytell, que tiene un almacén cerca de nuestra casa, para que no tuviera que vender el coche que su hermano Brian quería comprar más adelante.

Al ver que su amiga se sonrojaba, Honey no siguió contando los actos generosos de Trixie.

La turbación de Trixie no provenía tan sólo de oír a Honey hablarle a Amy de sus virtudes, sino también, en parte, porque era consciente de que no había sido capaz de renunciar a la compañía de Honey y Jim para tratar de evitar que Ben Riker se metiese en líos.

He de ser más comprensiva con él —pensó. En voz alta dijo—: Fue facilísimo renunciar a ese anillo de diamantes. No me lo habría puesto jamás, de todos modos. En cambio, vender algo que ha hecho una misma… Bueno, sigue pareciéndome maravilloso que lo hagas, y confío en que todo salga bien.

Tras despedirse de Amy, Trixie y Honey recorrieron el Gimnasio, mirando las exposiciones de acuarelas, óleos y vidrieras. En cada una de las secciones escucharon las mismas quejas; los jóvenes artistas sabían que sus obras no eran muy buenas, pero aducían que la falta de equipo dificultaba el que pudieran crear obras de gran calidad.

—¡Si pudiésemos hacer algo! —dijo Trixie a Honey después de ver el desolador aspecto del Gimnasio—. No es justo que gente con talento no pueda desarrollarlo por falta de medios.

—Y que lo digas —coincidió Honey—. Está claro que el

Departamento de Arte necesita bastante más dinero, pero no creo que con esta feria del arte vayan a sacar ni para empezar. No ha venido casi nadie y parece que hay muy pocos dispuestos a comprar algo.

—Incluyéndonos a nosotras —apuntó Trixie tristemente—. Pero es que no he visto nada que me llegue a gustar. Y tampoco voy a comprar cualquier cosa. La regla que seguimos los Bob-Whites de trabajar por nuestro dinero me ha hecho comprender lo importante que es sentir que te has ganado lo que tienes, y no que te lo han dado por caridad.

—Exacto —dijo Honey—. Me parece que esa lección ha sido más provechosa para mí que para ti, Trixie. Siempre he estado rodeada de dinero, y me limitaba a pedir lo primero que se me ocurría. Sin embargo, desde que soy una Bob-White y gano dinero haciendo remiendos para tu madre y para la mía, estoy más satisfecha de mí misma. Si comprásemos algo aquí, sólo por contribuir con el Departamento de Arte, sin que nos gustase, el artista se daría cuenta y eso le ofendería.

—Bien, todavía hay unas cuantas cosas que no hemos visto —dijo Trixie—. Vamos a darnos prisa y así veremos toda la exposición antes de que se nos acabe el tiempo. Podríamos encontrarnos con alguna sorpresa agradable.

Sin aguardar la respuesta de Honey, Trixie dio un paso hacia el otro lado del Gimnasio. De pronto notó que su amiga la cogía del brazo y murmuraba:

—Mira, Trixie —dijo Honey—. ¡Es Manor House!

Una vasija hecha añicos • 2

Trixie siguió con la mirada hasta el lado opuesto del Gimnasio, donde colgaba de la pared una colección de dibujos a plumilla.

—¡Sí que es Manor House! —exclamó Trixie—. Desde aquí se ve clarísima. ¡Ah, Honey… y… también se ve Crabapple Farm! ¡Vamos!

Trixie fue casi corriendo hasta esa parte de la exposición; Honey la siguió, aunque sin tanta prisa.

Al acercarse a la colección de dibujos, Trixie vio otros lugares del área de Sleepyside que reconoció.

—Mira, Honey —dijo—. Ahí está el Ayuntamiento, y ahí tienes a Hoppy —añadió mientras se inclinaba para distinguir la firma del dibujo—. «Nicholas William Roberts Tercero» —leyó—. ¿Ése eres tú? —preguntó dirigiéndose a un muchacho muy serio de pelo negro que había por ahí.

—Soy Nick Roberts —le contestó—. ¿Pero quién es Hoppy?

Trixie y Honey se miraron y se echaron a reír.

—Así es como llamamos al saltamontes de la veleta que hay en el tejado del Ayuntamiento —explicó Trixie—. Mi madre creía, cuando era pequeña, que decirle hola al saltamontes le traería buena suerte. Y luego yo heredé la costumbre. Ah, yo soy Trixie Belden, por cierto, y ésta es Honey Wheeler —añadió con gran cortesía.

—He leído sobre vosotras en el Sleepyside Sun —dijo Nick Roberts—. Vosotras sois las que resolvisteis el misterio de la desaparición del saltamontes de la veleta del Ayuntamiento. Después donasteis a la ciudad el dinero de la recompensa, para que pudieran reparar la veleta. Es un honor contar con semejantes celebridades en nuestra feria del arte —añadió con un tono jocoso.

Trixie, colorada, no supo replicar, pero Honey se atrevió a decir:

—Eres tú el que debería ser una celebridad, Nick. Estos dibujos son una maravilla. Aquí es donde vivo yo —añadió señalando el dibujo de Manor House—. Y esa casa de allí, con todos esos manzanos alrededor, es Crabapple Farm, la casa de Trixie. Las reconocimos desde el otro lado del Gimnasio, así que nos hemos acercado para verlas mejor.

—Y a esta distancia son incluso más bonitas —añadió Trixie, olvidando su apuro al examinar el dibujo de Crabapple Farm—. No falta ni un detalle. Las ventanas de mi cuarto, con esas ramas del manzano silvestre que casi las roza… Hasta veo la bici de Bobby en el patio delantero. Se le «olvidió» guardarla, como de costumbre.

—Manor House te ha quedado clavada, también —dijo Honey—. Mira a Susie y a Starlight en el potrero, delante de las cuadras. ¿Cómo has aprendido a dibujar tan bien, Nick?

—Aquí tengo un boceto sobre el que estoy trabajando —respondió Nick—. Si queréis una pequeña muestra…

Ellas asintieron inmediatamente; Nick se sentó en una mesa, frente a sus dibujos, y les enseñó el cuadro en el que estaba trabajando.

—Lo hago a partir de una fotografía —les dijo—. De ese modo puedo trabajar tanto tiempo como quiera, siempre que puedo, sin preocuparme de los cambios de luz, de la hora, o del frío o la lluvia. Dibujo sobre un tablero de ilustración —continuó—, que es bastante pesado. Hay muchos tipos de madera, y de muy distintos colores; así puedo conseguir efectos diversos. La plumilla que utilizo se llama plumilla técnica, y no es más que un tubito de metal, hueco, con un recambio de tinta. Los tubos son de distintos números, según el grosor que se desee en el dibujo. Por ejemplo, podría usar un número cuatro para el perfil de la casa, y luego cambiar a un número menor, como un dos o un tres y medio, para líneas más finas, como las ramitas del manzano de la casa de Trixie. Aquí tengo ya el boceto de la Posada de Glen Road, y ahora sólo tengo que pasar el lápiz y rellenar los detalles con la plumilla.

Ante los asombrados ojos de Trixie y de Honey, la Posada de Glen Road fue adquiriendo forma bajo los movimientos rápidos y seguros de la mano de Nick. Creó sombras aquí y allá, dio profundidad a alguna zona gracias a rayas transversales, o «sombreado», como él llamó a esa técnica.

—Debe ser maravilloso tener ese talento —dijo Trixie entusiasmada—. ¿Cómo llegaste a interesarte por la plumilla en especial?

Trixie vio que Nick tensaba la mandíbula, dejando caer la pluma con desdén encima de la mesa.

—En realidad —dijo—, yo no elegí el dibujo a plumilla sino que fue él el que me escogió a mí. —Al ver el desconcierto de las dos chicas, explicó—: Las otras técnicas, como las acuarelas o el óleo, son, sencillamente, demasiado caras. Un buen pincel puede costar veinte dólares. Y un tubo de pintura de óleo cuesta unos cuatro dólares. Añadid el coste de los lienzos y de los limpiadores, y multiplicad esa cifra por el número de colores que necesita uno para hacer justicia a un cuadro y… bueno, ya sabéis por dónde voy.

—¡Uf! —exclamó Trixie—. ¡Y tanto que lo sé! Ya nos han hablado los otros artistas de la escasez de medios del Departamento, y de lo que eso les fastidia, pero nadie nos lo ha detallado con tanta, cómo diría, con tanta viveza como tú. No me extraña que el Departamento de Arte decidiese organizar esta feria.

—La idea fue mía —dijo Nick—. Quiero ir a una Facultad de Arte cuando me licencie, pero ninguna Facultad me aceptaría sobre la base exclusiva de estos dibujos. Necesito llevarles obras pintadas con otras técnicas. El año que viene es el último curso, así que ésta es mi última oportunidad para conseguir el dinero que necesito. Y por el modo en que está saliendo esta feria, parece que mis oportunidades son tan escasas como siempre —añadió con amargura.

—Ojalá pudiésemos ayudarte —dijo Trixie llena de compasión.

—Bien, gracias —dijo Nick—. Pero no veo cómo. A menos que persuadierais a alguien del equipo del rectorado para que dé al Departamento de Arte más dinero. Es un círculo vicioso. Otros Departamentos, como el de Teatro o el de Atletismo, pueden sacar dinero vendiendo entradas para sus representaciones o para los partidos. El rectorado les da dinero, sabiendo que recuperarán la mayor parte de los fondos invertidos. Pero eso no funciona así con el Arte. Si pudiésemos sacar hoy mucho dinero, las cosas se arreglarían, pero… —Nick se encogió de hombros, escéptico.

—Si hay alguna manera de solucionar el problema, Trixie la averiguará —dijo Honey a Nick—. Pero, mientras tanto, yo puedo

hacer algo. Voy a comprar el cuadro de Manor House. Es perfecto, y es el mejor regalo para el Día de la Madre, que se me ocurre.

—¡Vaya! —exclamó Trixie—. Ya estamos otra vez. Ya tengo decidido quedarme con el cuadro de Crabapple Farm, pero la posibilidad de desprenderme de él ni se me había pasado por la cabeza. Y ahora que lo dices, sería egoísta por mi parte si no le regalase el dibujo a mamá, aunque renunciar a él me deje hecha polvo.

Honey se rió.

—Conociéndote, Trixie, ese dibujo estará colgando de la pared del salón de Crabapple Farm antes de que el sol se ponga en el Día de la Madre. De todas formas, no tienes por qué renunciar a él. Podrás verlo todos los días hasta que te vayas de casa… y para eso aún falta muchísimo tiempo.

—Tienes razón, Honey, como siempre —dijo Trixie, entregándole a Nick el dinero y cogiendo el dibujo—. Además, si ahorro todos los centavos que vaya consiguiendo de aquí a entonces, a lo mejor me alcanza para pagarle a Nick una cantidad a cuenta para que me dibuje otro…

Trixie se calló al ver que Nick desviaba su mirada hacia la entrada del Gimnasio. Al volverse, vio a Ben Riker y a tres de sus amigos. Entraron pavoneándose y hablando en voz tan alta que todos los que había allí podían oírles.

—Estaría bien parar un momento en Wimpy's para tomar una coca-cola —dijo Mike Larson.

—Sí, pero aquí el amigo Ben es el único que tiene coche —replicó Jerry Wanderhoef—. Y no puede venir, porque tiene que hacer de chófer para su guapa primita y la pecosa de su amiga.

Ben pareció desconcertarse, pero se las arregló para contestar en el mismo tono burlón:

—Es mi buena acción del día, chicos. Soy un tío demasiado legal como para abandonar a dos doncellas en apuros.

—¿Ah, sí? —dijo Mike con ironía. Se volvió al tercer muchacho, y fingiendo susurrarle al oído una confidencia, dijo en voz muy alta —: ¿Sabes lo que yo creo? Creo que Ben está chiflado por esa poli de pacotilla, Trixie.

—¡Quita! —dijo Bill Wright con desdén—. Lo que a mí me

parece es que a Ben le gusta hacer de chófer. He oído que va a conseguirse un uniforme y una gorra igualitos a los que tiene Tom Delanoy, el chófer de su tío.

—¡Eh, vale ya! —dijo Ben, dando a Bill un empujón como si fuera de broma, pero con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué pasa, Ben? ¿Es que la verdad duele?

Bill le devolvió el empujón, y Ben fue a dar contra la mesa donde estaban expuestas las piezas de cerámica que Trixie y Honey habían estado mirando un poco antes.

Ambas oyeron el golpe que produjo una de las piezas al caerse al suelo, y fueron corriendo hacia la mesa, seguidas de cerca por Nick Roberts.

Allí encontraron a Amy, que miraba desolada su vasija azul hecha pedazos, haciendo considerables esfuerzos para no llorar.

Honey la abrazó.

—Oh, cuánto lo siento —dijo—. ¿Por qué tuvo que ser esa vasija precisamente?

Amy intentó una sonrisa, pero le salió muy forzada.

—Supongo que ésa era una tercera posibilidad que no había entrado en mis cálculos —dijo—. Parece que he perdido, después de todo.

—Oh, Ben —dijo Jerry en tono burlón—, mira lo que has hecho. ¡Eres tan destructivo…!

—Y torpe —añadió Bill—. Bueno, ya puedes coger una escoba y un recogedor y realizar tu segunda buena acción del día… ¡limpiar un poco el desastre que has armado! ¡Hasta luego, Ben!

Y, riéndose a carcajadas, los chicos salieron del Gimnasio.

Ben, rojo de vergüenza, metió una mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó la cartera.

—Me figuro que ya que he roto esa cosa tan tonta, más vale que pague por ella. ¿Qué te debo? —preguntó a Amy.

Nick Roberts se interpuso entre ella y Ben Riker.

—Esa «cosa tan tonta», como tú la llamas, ha requerido más tiempo y esfuerzo del que tú, probablemente, has dedicado en tu vida a nada. Era una obra de arte, creada para que la gente la contemplara y disfrutara mirándola, y no para que la barrieran con una escoba y la echaran al cubo de la basura rota en mil pedazos. A ti siempre te lo han servido todo en bandeja de plata, y crees que

puedes salir de cualquier apuro con un fajo de billetes. Pero ésta es una pérdida por la que no puedes pagar, lo mismo que jamás podrás curarle la pena a Amy.

Amy cogió a Nick del brazo.

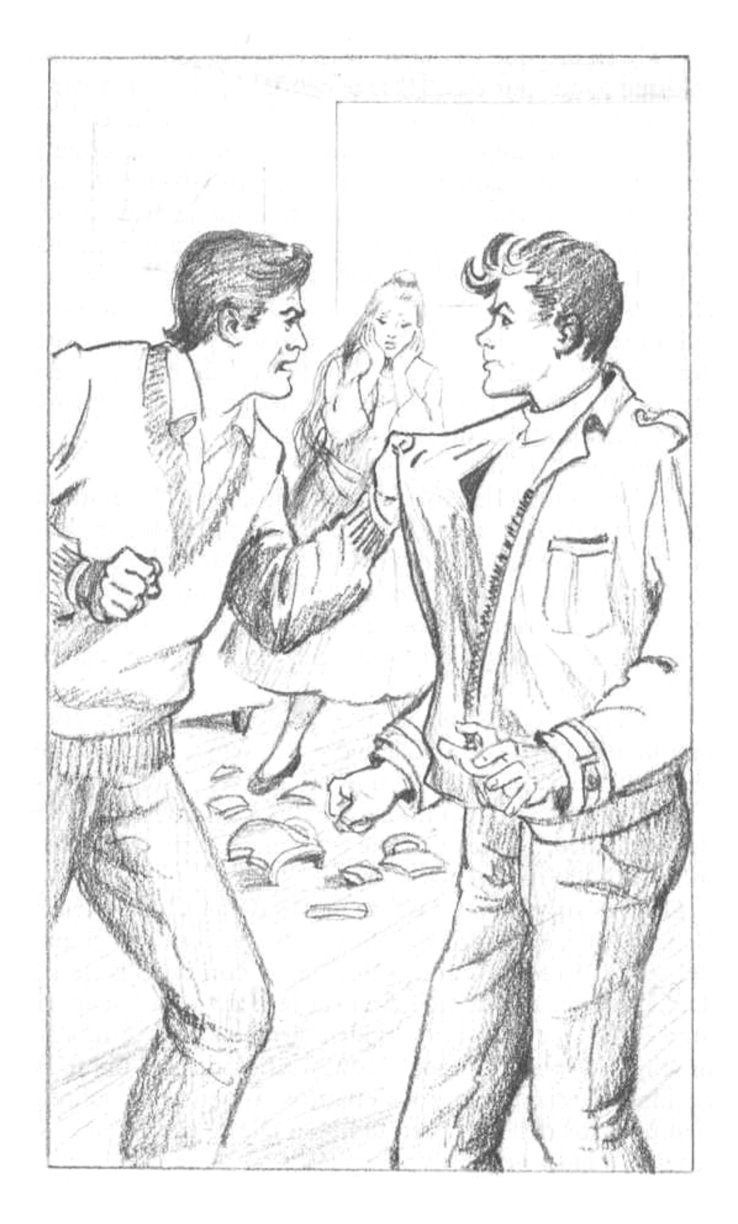
—Él no rompió la vasija a propósito, Nick. Le empujaron. Y si quiere restituir de algún modo su pérdida pagando por ella, déjale que lo haga. Después de todo, estamos aquí para sacar dinero para el Departamento de Arte. Me enfurecería pensar que la vasija no sirvió para nada.

Ben Riker sacó un billete de diez dólares de su cartera y lo arrojó a la mesa.

—Ya la has oído, amigo. Ten, con esto te puedes comprar un buen trozo de arcilla nuevecito. Venga, chicas. Quiero llevaros a casa antes de que me metáis en más jaleos.

Ben giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas del Gimnasio. Honey y Trixie le siguieron, sin atreverse a mirar a Nick ni a Amy.

Los tres volvieron a casa en medio de un silencio tenso. Ben, todavía enojado con Nick Roberts, condujo el auto del señor Wheeler a gran velocidad y con mucho riesgo. Trixie, consciente de que si abría la boca se le escaparía algo de lo que más tarde podría arrepentirse, se mordió la lengua y no dijo nada. Honey, aficionada a curar las heridas abiertas, hizo unos cuantos comentarios sobre el tiempo y los deberes, pero también ella se sumió en el silencio cuando no obtuvo respuesta.



Cuando ya andaban cerca de la casa de los Belden, Honey dijo:

—Ben, ¿por qué no nos llevas a las dos a Manor House? Jim, Brian, y Mart están muy ocupados, y así Trixie y yo podremos ejercitar por lo menos a dos de los caballos, ahorrándole el trabajo a Regan.

Regan era el mozo de cuadras de los Wheeler. Era un buen

amigo de los Bob-Whites, pero al mismo tiempo tenía un genio que compaginaba con su pelo rojizo. Todos los Bob-Whites trataban de cumplir con sus obligaciones respecto a los caballos, para no enfadar a Regan. Sin embargo, Trixie intentó escapar a su compromiso, porque temía perder el control y decirle algo impropio a Honey sobre el comportamiento de su primo. De todas maneras, también tenía miedo de pedir a Ben que hiciera una parada extra en Crabapple Farm.

El silencio se interpuso incómodamente entre las dos chicas mientras subían al dormitorio de Honey para cambiarse. Trixie se puso unos vaqueros y una camiseta que su amiga le dejó. No hablaron durante el paseo al establo, ni cuando ensillaron a Susie y a Lady. Pero el calor de la primavera y los primeros brotes verdes pronto suavizaron el enojo de Trixie, y se puso a hablar de la falta de fondos que sufría el Departamento de Arte y de qué podían hacer ellas para ayudar.

—¿Y si le pidiese a papá que les hiciera alguna donación importante? —sugirió Honey—. Ya sabes que él siempre está dispuesto a ayudar a la comunidad. Para él, el instituto de Sleepyside es el mejor colegio, porque en él estoy sacando notas más altas que nunca. Aunque —dijo suspirando—, siguen sin ser muy buenas.

—Me imagino que, si vamos a eso, podrías pedírselo —dijo Trixie—. Pero yo preferiría que fuéramos los Bob-Whites los que hiciéramos algo para conseguir ese dinero. Después de todo, tu padre no está estudiando en el instituto, ni mucho menos, y nosotros sí.

Honey soltó una risita al imaginarse a su padre, tan serio y con esa pinta de hombre de negocios, sentado en un pupitre de la clase, levantando la mano para que le preguntaran a él.

—Pues también es verdad. ¿Pero qué podemos hacer los Bob-Whites que no hayamos hecho ya? Hemos montado una exhibición de patinaje sobre hielo, una exposición de antigüedades, y una subasta que no resultó tener mucho éxito y…

—¡Eso es! —exclamó Trixie, gritando tanto que Susie, asustada, se levantó sobre sus patas traseras, y le costó unos segundos tranquilizar a la yegua antes de poder seguir—. Eso es exactamente lo que haremos para obtener el dinero para el Departamento de

Arte. ¡Haremos lo que no hemos hecho todavía!

Grandes planes • 3

Honey tiró de las riendas, deteniendo a Lady, y miró a su amiga como si ésta hubiera perdido el juicio.

—¡Trixie Belden! —dijo—. Esto es justo lo que yo había dicho. Por supuesto que tenemos que hacer algo que no hayamos hecho antes si queremos sacar dinero para el Departamento de Arte. Eso no soluciona el problema, si no sabemos qué es ese algo.

—Pero sí que sabemos qué es ese algo, Honey —repuso Trixie—. Lo que quería decir era que haremos lo que pensábamos hacer pero que no hicimos.

—¡El andatón! —exclamó Honey, entendiendo por fin qué era aquello a lo que se refería Trixie—. ¡Ah, qué idea tan estupenda! Íbamos a organizar un andatón para arreglar la chapa de Hoppy, pero al final no hizo falta porque donamos el dinero que recibimos por encontrarlo… me refiero a la recompensa que Sammy estuvo a punto de conseguir, sólo que él empezó robando a Hoppy y luego fingió dar con él, así que al final nos la dieron a nosotros. El dinero, digo, y… ¡Eh, Trixie Belden! ¿De qué te ríes?

—Me río del modo que tienes de explicar las cosas, que es tan enredado como el mío —dijo Trixie entre carcajadas—. Menos mal que nos conocemos bien; de no ser así, no llegaríamos a entendernos.

A Honey se le contagió la risa.

—Jim suele decir, cuando yo me lío sin remedio al contar algo: «No sé si lo que sucede es que has estado escuchando a Trixie demasiado tiempo, o al revés, pero lo que está claro es que dentro de poco no lograré comprender a ninguna de las dos». Pero bueno, lo importante es que vamos a conseguir dinero para el Departamento de Arte celebrando un andatón, ¿no es así?

—No —dijo Trixie—. Un andatón no. Un bicitón. Habrá que

cruzar la reserva forestal. Está tan bonita ahora, con las primeras hojas brotando en las ramas de los árboles y todo llenándose de verde y de colores… Varios chicos del colegio me han preguntado cómo era la reserva, y estoy segura de que a ti también te lo habrán preguntado. Estoy convencida de que se apuntarían al bicitón aunque sólo fuera para verla. El bicitón es mejor porque caminar por la carretera y cruzar a pie el bosque es demasiado peligroso.

—¡Ay, Trixie! ¡Eres fabulosa! —exclamó Honey—. Ya le dije yo a Nick Roberts que si había alguien que pudiera encontrar una solución a sus problemas eras tú. ¡Y tenía razón! Oye, ¿para cuándo lo montamos?, ¿qué tenemos que hacer?, ¿cuál será la ruta?

—¡Un momento! —dijo Trixie—. La idea se me acaba de ocurrir. No querrás que tenga ya todas las respuestas. Además, eso requeriría bastante trabajo. Hará falta la ayuda de todos los Bob-Whites. Yo avisaré a Mart y a Brian, y llamaré a Di. Tú habla con Jim y con Dan.

Di y Dan participaban en la mayoría de las actividades del club. Di siempre había vivido en Sleepyside, pero Trixie y ella no se habían hecho amigas hasta que el padre de Di ganó una fortuna con un golpe de suerte y se mudó con su familia a una mansión muy cerca de la de los Wheeler. Dan Mangan era el sobrino de Regan. Se había venido a vivir con el señor Maypenny, el guarda forestal de la reserva de los Wheeler, después de haberse visto mezclado con una pandilla de Nueva York de muy mala pinta.

—Sé que Di y Dan querrán ayudarnos —dijo Honey—, aunque están muy atareados; Dan trabaja para el señor Maypenny, y Di tiene que cuidar de sus dos pares de hermanos gemelos. En todo caso, a ver si podemos celebrar una reunión en el cobertizo después de la cena.

—¡Oh, no! —exclamó Trixie—. Hablando de cenas, mamá quería que la ayudara… Oye, vamos a las cuadras, guardamos los caballos y los cepillamos, ¡tengo que ir a casa antes de que mamá me desherede!

Durante la cena, Trixie explicó su plan a la familia. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena idea que serviría a una buena causa.

—Qué pena que no se te hubiese ocurrido eso antes; ahora ya estoy en el último año —dijo Brian—. Dibujar ayuda a estudiar

anatomía, y a mí me habría venido bien para cuando empiece Medicina. Hasta ahora, las clases de arte son tan malas en Sleepyside, que no valía la pena sacrificar otras asignaturas que me serán más útiles, como química o matemáticas.

Mart Belden se sirvió otro plato de puré de patatas y salsa y dijo:

—Mi sagaz hermano mayor nunca cesa en su empeño de escoger las asignaturas más beneficiosas.

Trixie le sacó la lengua a Mart.

—Si te refieres a que Brian no pierde el tiempo tomando clases que no le servirán para nada, tienes razón. Si tú siguieses su ejemplo, te apuntarías a tres horas diarias de ortografía para aprender a escribir esas palabrejas que tanto te encanta decir.

—¿Sabes, Trixie? —dijo el señor Belden, interrumpiendo la discusión que se estaba entablando entre sus dos hijos—. Tu madre cogió la especialidad de Arte, y creo que ella te podrá hablar de los altos costes de los materiales.

—Desde luego —dijo la señora Belden—. Incluso entonces las pinturas y los pinceles eran carísimos. De hecho, yo tuve que abandonar la carrera cuando me casé con tu padre, porque no teníamos suficiente dinero. Después, al venir vosotros, ya me especialicé en otras cosas, como en aprender a cocinar bastante cantidad de comida para satisfacer el voraz apetito de mis cinco fieras, y nunca he vuelto a pintar. Hoy en día no me puedo ni imaginar cómo se las arregla la gente para pagar todos esos materiales, con lo que se han disparado los precios.

—Por lo menos no te lo has tomado tan a pecho como Nick Roberts, mamá.

Trixie contó a su familia lo sucedido en la feria de arte, incluyendo el incidente protagonizado por Ben Riker y lo mal que le sentó a Nick.

—Yo no conozco a Nick Roberts lo suficiente como para explicarte por qué reaccionó de ese modo —dijo Brian—, aunque lo veo mucho por el colegio. Sin embargo, por lo que dices, suena como si Ben hubiera estado a la defensiva, por la forma en que se comportaron sus amigotes. No creo que Ben sea un mal tipo. Sólo necesita madurar un poquito. Ten paciencia con él, Trixie.

—Sí, Trixie —dijo Bobby, su hermanito de seis años—. Sé buena con Ben. A mí me cae bien. Juega conmigo y me cuenta unas

historias divertidísimas, y una vez hasta me llevó a cazar y cogimos una ardilla que parecía un loro.

Trixie suspiró.

—Lo sé, Bobby. Ben se ha portado muy bien contigo, así que procuraré corresponderle. Pero no va a ser tan sencillo; últimamente está tan raro…

—He de manifestar que coincido contigo, en tu apreciación, de un modo absoluto, mi querida Beatrix —dijo Mart, suavizando el asombro de esa coincidencia al llamarla por su detestado nombre completo—. El comportamiento de Ben Riker, otrora meramente molesto, se ha transformado en inequívocamente pernicioso. En pocas palabras, es un hueso duro de roer.

—Bien —dijo Trixie—. Me figuro que habrá que soportarlo por un tiempo, aunque sólo sea por Honey y por Jim. No olvidemos que es el primo de Honey, y huésped de los Wheeler.

Después de la cena, los Bob-Whites se reunieron en el cobertizo para planear el bicitón. Trixie y Honey ya habían puesto al corriente a los demás de la escasez de fondos del Departamento de Arte y del plan general, así que los siete miembros se pusieron enseguida a trabajar en los detalles.

Rápidamente decidieron que el bicitón tenía que celebrarse lo más pronto posible, antes de que llegaran las vacaciones de verano y los estudiantes se fueran cada uno a su lugar de veraneo. Finalmente acordaron la fecha: sería dentro de dos semanas, contando a partir del día siguiente, sábado.

A los Bob-Whites les pareció que una ruta que cubriese una distancia de veinticinco millas sería la más apropiada; así, nadie se agotaría y estarían de regreso en casa antes de la puesta de sol.

—Tengo la ruta ideal —dijo Dan Mangan—. Saliendo del colegio, podríamos ir por la Carretera del Viejo Telégrafo hasta la Carretera de Albany Post, siguiendo luego por Glen Road hasta el almacén de Lytell. Después iríamos por el camino que atraviesa la reserva forestal hasta la casa del señor Maypenny, para descansar allí un poco. Finalmente, cogeríamos el otro camino, el que va desde la casa del señor Maypenny, cruzando otra zona del bosque, entre la casa de Di y Manor House, para volver a Sleepyside por Glen Road.

—¡Guau, Dan, eso es perfecto! —le dijo Trixie—. A lo mejor

podemos hasta organizar una merienda en casa del señor Maypenny. Eso haría que se apuntaran un montón de chicos. Hará falta buscar otros puntos de descanso. Yo ni siquiera había pensado en eso. Podemos hacer una parada en casa de la señora Vanderpoel, ¿no? Ya sabéis lo que le gusta la gente joven. Pero ¿no deberíamos tener otra parada en algún punto de la Carretera del Viejo Telégrafo? ¿Alguien sabe de algún sitio por allí?

Los otros Bob-Whites sacudieron la cabeza.

—Os diré una cosa —dijo Jim—. Vamos a concretar todo lo demás, y después cogemos la furgoneta y nos vamos a la Carretera del Viejo Telégrafo a ver si encontramos un buen sitio.

Los demás estuvieron de acuerdo, y Jim agilizó las discusiones para acabar la reunión cuanto antes.

—Dan, ¿por qué no le pides al señor Maypenny permiso para utilizar el claro de bosque que hay frente a su casa, para la merienda?

Dan había intimado bastante con el guardabosques, y qué otra cosa cabía esperar si vivía y trabajaba con el viejo; dijo a los otros Bob-Whites que estaba convencido de que el señor Maypenny accedería.

—Magnífico —dijo Jim—. Honey, tú llama a la señora Vanderpoel y pregúntale si podemos hacer una parada allí. Brian, habla tú con el rector y pídele permiso para montar un puesto cuando acaben las clases, para que los ciclistas se apunten. Yo pediré al sargento Molinson una escolta policial para que nadie resulte herido por los coches en las carreteras. ¿Queda algo más?

—¡Carteles! —exclamó Trixie—. Y tarjetas de presentación de los ciclistas, para que se las den a la gente que quiera patrocinarles. No creo que tengamos ningún problema para conseguirlos. Es para el Departamento de Arte, al fin y al cabo. Llamaré a Nick Roberts y se lo propondré. Por una vez nos libraremos de hacer la propaganda, que siempre nos sale tan mal.

—Vale —dijo Jim—. Ya está. Viajeros al tren. El expreso de los Bob-Whites está a punto de partir. Próxima parada, la Carretera del Viejo Telégrafo.

Los Bob-Whites se metieron en la furgoneta que el señor Wheeler les había regalado. Fueron hasta la Carretera del Viejo Telégrafo, buscando algún punto donde pudieran hacer una buena

parada de descanso. A medio camino entre Glen Road y Albany Post, Di Lynch dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

Un camino de gravilla abandonaba la carretera hacia el norte. Altos setos ocultaban lo que hubiera a lo largo de aquel camino.

—Nos meteremos a ver —dijo Jim—. Con suerte, puede que sea la casa de alguno de nuestros compañeros, y sus padres quizá consientan en dar la bienvenida a un grupo de ciclistas durante una media hora.

Al meterse por el camino, los Bob-Whites vieron un amplio claro de bosque en el cual se levantaba el armazón de una casa, aparentemente desierta, y un cobertizo. Las ventanas estaban contrachapadas, y todo parecía pensado para desanimar a los malhechores que se sintieran tentados por la soledad del paraje.

—¡Es perfecta! —dijo Trixie, bajando de la furgoneta—. Este claro es lo bastante grande y está justo a la distancia apropiada de Sleepyside para el primer descanso. Ya que está desierta, no tendremos que preocuparnos de molestar a nadie si lo utilizamos.

—Tranquila, Trixie —dijo Brian—. Que nadie viva aquí no significa que no estaremos molestando. Esto tiene que ser propiedad de alguna persona, y ésta tendrá que darnos su permiso para usar el claro.

—Brian tiene razón —dijo Jim—. El sargento Molinson, seguramente, conocerá al propietario. Se lo preguntaré cuando vaya a pedirle la escolta policial. Es probable que logremos persuadir al propietario para que nos deje usar el claro, si le aseguramos que vamos a dejarlo intacto después del bicitón. Ahora está oscureciendo. Vamos a casa. Mañana es sábado, así que todo el mundo podrá hacer su tarea. Desde aquí y ahora quedáis invitados todos al embarcadero de los Wheeler mañana por la noche, para un almuerzo al aire libre, y entonces veremos cómo van las cosas.

Con gritos de júbilo por parte de Brian y Mart, los Bob-Whites se metieron en la furgoneta para volver a casa.

Un almuerzo echado a perder • 4

Tan pronto como Trixie se despertó a la mañana siguiente, pensó en llamar a Nick Roberts para solicitar su ayuda en relación con los carteles y demás propaganda para el bicitón. Fue corriendo al teléfono, buscó el número, pero cuando iba a marcar se dio cuenta de que no eran más que las ocho. Pensó que era demasiado temprano, siendo sábado por la mañana, para llamar a alguien a quien apenas conocía. ¡No todo el mundo tenía un horario tan apretado como los Belden los fines de semana!

Trixie arrugó la nariz y colgó el aparato. Apretado era poco. La señora Belden se las arreglaba para llevar la casa sin ninguna ayuda. Eso incluía no solamente alimentar y vestir a sus cuatro hijos, y vigilar al travieso de Bobby, sino también cuidar del enorme jardín durante el verano y enlatar o congelar las frutas y verduras de su huerto, que en invierno comía su familia.

Nadie la oyó quejarse nunca por la cantidad de trabajo que le tocaba hacer, y normalmente libraba a Brian, Mart y a Trixie de sus obligaciones cuando veía que estaban metidos en algún proyecto. Al fin y al cabo sentía que los chicos se divertían, a la vez que ayudaban a otra gente; quién iba a regañarles por una cosa así.

Pero los sábados, la señora Belden exigía (y conseguía) la plena cooperación de sus tres hijos mayores para que se hicieran cargo de las diversas tareas que había que hacer en la casa.

Este sábado en particular resultó más difícil que de costumbre, y es que el tiempo que había hecho tan bueno esa semana anunciaba a voz en grito la llegada de la primavera. Después del desayuno, Brian y Mart salieron a cultivar el jardín que había detrás de la casa, mientras Trixie ayudaba a su madre a limpiar a la vez que seguía con el rabillo del ojo las peligrosas actividades de su imaginativo hermanito.

—Muy bien, mamá —dijo Trixie—. Ya he terminado con los platos del desayuno, y te he dejado la cocina como los chorros del oro. ¿Ahora qué?

—Ahora —replicó su madre— ¿por qué no llamas a tu amigo Nick? Y después…

Su madre, en lugar de decirle nada, sostuvo en alto un trapo y un abrillantador.

—Sí, ya sé —dijo Trixie—. El polvo. Pero ¡uf!, menos mal que me has recordado lo de Nick. Ya se me había olvidado.

Marcó el número y esperó, pero no contestó nadie.

—Parece que tendré que probar más tarde —dijo.

Se puso a quitarle el polvo a los muebles y a ponerles abrillantador, tarareando alguna canción para alegrar el trabajo. Trixie siempre andaba quejándose cuando le tocaba limpiar la casa pero, una vez que se ponía a ello, veía que no le importaba tanto.



Al menos se pueden ver los resultados del trabajo enseguida,

librando a los muebles del polvo y viéndolos brillar —pensó—. *No es como un problema de matemáticas, cuando tienes que romperte los sesos buscando la respuesta y encima tienes que esperar hasta el día siguiente, en clase, para saber si lo has hecho bien o mal.*

Después de los muebles, Trixie limpió los marcos de los cuadros que colgaban de la pared del salón. Se detuvo frente a un paisaje donde aparecía un estrecho arroyuelo que corría entre dos filas de sauces llorones. Llevaba años quitándole el polvo a ese cuadro, todas las semanas. Siempre se fijaba en la firma, Helen Johnson, el nombre de soltera de su madre, y en la fecha. Pero hoy se quedó mirándolo por primera vez, mirándolo de verdad.

El cielo estaba encapotado, y la luz del sol, gélida, se metía entre las nubes; el agua del arroyo tenía el mismo aire sordo, triste. Los árboles se elevaban al cielo con esbeltez, y los troncos estaban bien redondeados, fuertes pero flexibles.

Es muy bueno —pensó Trixie—. *Mamá debe haber tenido un gran talento como artista. Mira que tener que abandonar todo eso por falta de medios… Bueno, yo no voy a dejar que eso le suceda a Nick Roberts ni a ninguno de esos chicos de Sleepyside. No, si puedo evitarlo. Hablando de Nick…*

Trixie trató una vez más de ponerse en contacto con el joven artista, pero tampoco ahora hubo suerte.

Varias veces interrumpió su trabajo en la casa para llamar, y llegó a acabar todas sus tareas sin poder localizar a Nick.

—Sólo espero —dijo Trixie a sus hermanos mientras iban caminando hacia el embarcadero aquella tarde— que las misiones de los demás no hayan resultado tan imposibles como la mía.

En casa de los Wheeler, los Bob-Whites dieron cuenta, afortunadamente, del éxito de sus empresas.

—Llamé al rector a su casa —dijo Brian—. Le gusta nuestra idea muchísimo. Dice que es consciente de que el Departamento de Arte necesita ayuda, pero que el problema surge a la hora de repartir poco dinero entre muchas actividades. Ésta le pareció una solución muy buena. Tenemos su permiso para montar un puesto para que la gente se apunte al final de las clases, para anunciar el bicitón por toda la escuela y para cualquier cosa que haga falta.

—El señor Maypenny también está con nosotros —añadió Dan —. Por supuesto, protestó un rato antes, quejándose de lo fácil que

son las cosas para los chicos hoy en día, y diciendo que si les hacía falta dinero que saliesen a ganárselo.

Dan imitó los gruñidos del señor Maypenny, provocando las risas de los otros Bob-Whites, que reconocieron inmediatamente la máscara de viejo cascarrabias con la que el señor Maypenny siempre intentaba disfrazar su buen corazón.

—Al final, después de todos esos murmullos y protestas —continuó Dan—, dijo que podíamos utilizar el claro del bosque que hay delante de su casa, y preguntó si podría preparar una buena hornada con la caza que tuviera… suficiente como para alimentar a toda la peña, por mucha hambre que traigan.

—¡Mmm! —exclamó Di Lynch entusiasmada—. Las hornadas del señor Maypenny son divinas… con nabos, chirivías, patatas, guisantes y maíz…

—… y cebollas, col, tomate, y todo adobado con ajo, albahaca, y tomillo —añadió Trixie—, y cocinado a fuego lento, a leña. ¿Quién dejará de apuntarse al bicitón cuando se entere de la recompensa?

—Muy loco tendría que estar —dijo Mart—. ¿Pero habéis meditado sobre la suerte de esos desafortunados ciclistas que se verán obligados a sobrecargar sus sistemas digestivos con tan suculentos manjares, encontrándose después incapacitados para perseverar en su empeño?

—Si te refieres a que los ciclistas comerán demasiado como para volver hasta Sleepyside y llegar al final de la etapa, creo que te equivocas de plano —dijo Honey Wheeler a Mart—. Después de un buen plato de carne, mal lo pasarás si no haces ejercicio para bajar la comida. Ah, y ahora que sabemos que Dan y Brian han cumplido con éxito lo que les habíamos encargado, yo también traigo buenas noticias. La señora Vanderpoel estará encantada si los ciclistas paran también en su casa, y les ofrecerá refrescos. ¡No hay nada comparable a la hornada del señor Maypenny… si exceptuamos quizás las galletas que hace ella misma!

—¡Caramba! —exclamó Trixie—. ¡La señora Vanderpoel hace las galletas más buenas del mundo! ¡Parece que vamos a organizar el primer bicitón de la historia al cabo del cual los ciclistas ganarán peso!

—Ejem —Jim interrumpió las risas de los Bob-Whites aclarándose la garganta, indicio de que estaba por contarles algo

importante—. Yo he acudido a esta reunión con un par de éxitos menores, si no os importa.

Los Bob-Whites se volvieron a Jim con ansiedad, y él prosiguió:

—En primer lugar, el sargento Molinson se mostró tan amable como siempre, y ha accedido a proporcionarnos escolta policial para la ruta que tracemos. También me reveló quién es el propietario de la casa abandonada de la Carretera del Viejo Telégrafo. Se trata de un caballero que responde al nombre de Mathew Wheeler.

—¿La casa es de papá? —preguntó Honey elevando la voz por encima de los gritos de asombro de sus amigos—. ¿Y cómo es eso, Jim? ¿Cuándo la compró?

—Según tengo entendido, la casa formaba parte de una pequeña granja que se hallaba en el límite de la reserva forestal. Hace un año, poco más o menos, papá averiguó que sus propietarios querían abandonar la granja y mudarse a la ciudad. Claro está, en cuanto lo supo compró la granja; siempre había querido extender su propiedad hasta la carretera. Ni que decir tiene que gozamos del permiso de papá para utilizar ese claro. Se lo pregunté esta tarde. No quiere abrir la casa porque acaba de reforzar puertas y ventanas para desanimar a los ladrones, pero hará que nos sirvan refrescos en esa parada. También se ha ofrecido para que Tom Delanoy siga a los ciclistas con el coche, por si algún ciclista se cansa o tiene problemas con la bici en la ruta.

—¡Qué bien! ¡Nos está saliendo todo bordado! —dijo Honey—. ¿No es maravilloso?

—Sólo ha fallado lo de Nick —dijo Trixie con un aire triste—. Bueno, supongo que tendré que intentarlo mañana de nuevo.

—Todavía nos queda un montón de tiempo, Trix —dijo Jim animándola—. Y, hablando de tiempo, ¡yo diría que ya va siendo hora de ponernos a almorzar!

—¡Secundo la moción! —exclamó Mart, cuyo apetito era insaciable.

—Espera a ver la comida que la señorita Trask ha hecho que nos preparase la cocinera —dijo Honey—. Le dije que cualquiera creería que iban a almorzar ochenta personas, en lugar de ocho.

—Tus mates son tan malas como siempre, Honey —dijo Trixie a su amiga—. Somos sólo siete Bob-Whites, ¿te acuerdas?

Honey vaciló un momento y explicó:

—He invitado a Ben, Trix. Le dije que viniera media hora después que nosotros, para que tuviéramos tiempo de celebrar la reunión.

Trixie se esforzó para disimular la antipatía que sentía hacia Ben Riker. Después de todo, era el almuerzo de Jim y de Honey.

—Cuantos más, más divertido, siempre lo he dicho —dijo Brian con alegría—. Vamos a ver toda esa comida, Honey.

Trixie agradeció la oportunidad de poder vaciar la inmensa canasta que contenía la comida; de ese modo evitaba darle vueltas a la posibilidad de que Ben les estropeara el almuerzo.

La señorita Trask, ciertamente, les había provisto de unas raciones desmesuradas. Había un galón de limonada recién hecha, bien fresca, una fuente enorme de verdura, un cazo lleno de salsa, dos paquetes de bollos del día, tres hamburguesas de aspecto delicioso para cada uno de los comensales y un pastel de chocolate para el postre.

Jim encendió el fuego en el asador que los Bob-Whites habían construido para sus comidas al aire libre, mientras que Trixie, Honey y Di ponían los platos, vasos y cubiertos de plástico en la mesa. Después Dan y Mart se ocuparon de asar las hamburguesas, mientras los demás esperaban matando el apetito con las verduras.

—Esta coliflor me sabe a gloria —dijo Trixie—. Mamá siempre la cocina con salsa de queso, y está buenísima, pero nunca la había comido de esta forma.

—¿Verdad que está como para chuparse los dedos? —Honey tomó una zanahoria y le dio un bocado—. La señorita Trask dice que las hortalizas, tomadas así, son una comida tan «crujiente», pero mucho más sana, que todas esas patatas fritas y demás, que están tan aceitosas.

—Y tampoco tienen tantas calorías —apuntó Di Lynch.

Di era la más guapa de las tres amigas. Tenía el cabello negro azulado, que le caía sobre los hombros, y los ojos grandes y violetas. Era consciente de su belleza, y estaba mucho más pendiente de conservar su figura que Honey y Trixie.

Dan Mangan dejó una fuente rebosante de hamburguesas encima de la mesa.

—Ahora que habéis ahorrado todas esas calorías con las

verduras, ya podéis despilfarrarlas con estos bocados de cardenal —dijo bromeando.

Las palabras de Di sobre los alimentos bajos en calorías se las llevó el viento; fue la primera en servirse una hamburguesa recién hecha y quien primero la bañó en salsa de tomate, mostaza y otros condimentos. Trixie, Honey, y Dan la imitaron, y Brian fue al asador para darles la vuelta a las hamburguesas que quedaban.

Durante unos minutos, la única conversación entre ellos consistió en pedir más limonada, otra hamburguesa, y algún bollo.

En el momento en que Brian sirvió las últimas hamburguesas y se puso a preparar alguna para él, apareció Ben Riker, que se sentó a la mesa.

—¡Hola, chicos! Esto tiene una pinta estupenda —dijo mientras cogía la hamburguesa de Brian—. Gracias por preparármela, amigo.

Típico —pensó Trixie—, *que Ben Riker asome la nariz cuando todo el trabajo está hecho, cuando sólo falta lo más sencillo… comer*.

Luego miró en torno suyo, a los demás comensales. Honey había bajado la mirada, para evitar las de sus amigos. Mart miraba a Ben con ira mal disimulada. Los otros Bob-Whites no levantaban la vista de sus platos.

Jim rompió el silencio diciéndole que el asunto del bicitón iba «sobre ruedas», y nunca mejor dicho, gracias a la colaboración que estaban consiguiendo de todo el mundo. Añadió que estaba convencido de que sería un gran éxito.

—¿Te gustaría participar en el bicitón, Ben? —le preguntó.

Ben masticó un bocado de su hamburguesa y acabó engulléndola con un trago de limonada.

—Pues a lo mejor me decido, si hace buen día. Aunque, si queréis que os diga la verdad, eso de sacar dinero para vuestro querido Departamento de Arte me trae sin cuidado. Primero, porque espero decir adiós a este pueblucho adormecido que es Sleepyside[1] mucho antes de que empiece el curso, el año que viene. Y segundo, porque yo no estoy dispuesto a calentarme la cabeza por ningún Departamento de Arte. Además, los estudiantes de Arte no son más que una pandilla de aficionados.

Desde el otro lado de la mesa, Trixie vio que su hermano Brian le dedicaba a ella una mirada que significaba: «Calmadita, Trix,

tranquilízate». Pero era demasiado tarde para reprimir su furia.

—No es posible que pienses eso, Ben Riker. Eso está tan lejos de la verdad que nadie se atrevería a sostener una cosa así. A mí me parece que lo que sucede es que tú no tienes ni el talento ni la capacidad de trabajo que se requiere para ser artista. De manera que tratas de esconder esa torpeza diciendo que los artistas son «aficionados».

Ben Riker se quedó de piedra hasta que Trixie dio fin a su discurso. Abrió la boca como para replicar, pero enseguida la cerró, y apretó los labios en una sonrisa forzada. En lugar de hablar, se limitó a agitar una mano, el mismo gesto que usaría para alejar a algún insecto molesto.

La respuesta de Ben (o la ausencia de tal) enojó más aún a Trixie, y probablemente habría iniciado otro ataque si su hermano Brian no la hubiese interrumpido. Éste bostezó exageradamente y dijo:

—Supongo que ninguno de vosotros se ha pasado el día al aire libre, trabajando en el jardín. Mart y yo sí, y estamos cansados. Creo que a los Belden se nos ha hecho tarde.

Mart pareció más asombrado que cansado al oír a Brian, pero entonces percibió la ira en Trixie, y la turbación en Honey y en Jim, y se dio cuenta de lo que su hermano trataba de hacer. Inmediatamente se levantó de la silla, bostezando y desperezándose, y dijo:

—Indudablemente, mi querido hermano. Tu idea viene muy a propósito, como siempre. ¿Vienes, Beatrix?

Trixie se puso en pie precipitadamente; murmuró como pudo las buenas noches, y salió hacia su casa.

Sus hermanos se entretuvieron algo más en la despedida y luego apuraron el paso hasta alcanzarla. Brian llegó primero, y le pasó el brazo por los hombros.

—La buena de Trixie —dijo—. Previsiblemente imprevisible. ¿Cuándo aprenderás a controlar ese genio?

—¡Bueno, ese Ben Riker se lo tenía merecido! —dijo Trixie—. Él…

Mart la interrumpió.

—Él pudo haberlo merecido, Trixie. A mi entender, merece algo mucho peor que un simple vapuleo verbal. Pero se trata de lo

siguiente: ¿lo merecen también Honey y Jim? Yo no lo creo. No vale la pena ponerse a mal con Ben Riker si eso pone en peligro nuestra amistad con Honey y Jim. Y esas explosiones tuyas ponen en peligro esa amistad.

—Ay, Mart, tienes toda la razón —dijo Trixie—. Eso sería algo que jamás me perdonaría, siendo los Belden y los Wheeler tan buenos amigos, sobre todo si la culpa fuese mía. Nada de lo que Ben pueda decir o hacer sería peor que perder a Jim y a Honey. Procuraré acordarme de eso. Y, Brian, gracias por sacarme de allí antes de que pudiera perder los estribos del todo.

Los Belden recorrieron el resto del camino hasta su casa en silencio. Trixie miró a sus hermanos mientras pensaba: *No sé lo que estarán pensando, pero a mí me da la impresión de que a los Bob-Whites les esperan tiempos difíciles si Ben Riker se queda en Sleepyside*.

Deprimida • 5

Después del desayuno, a la mañana siguiente, Trixie fue al teléfono y marcó el número de Nick Roberts.

Qué cosas —pensaba, ahogando una risita—, *ya me sé su número, y eso que todavía no he llegado a hablar con él por teléfono —y entonces oyó la voz de Nick diciendo «hola» desde el otro extremo de la línea.*

—¡Por fin te localizo! —dijo Trixie—. ¡Ya empezaba a creer que tú y toda tu familia habíais dejado esta ciudad!

—¿Quién es? —dijo Nick. Parecía irritado.

¡Uf! —pensó Trixie—. Ya estoy otra vez, olvidando mis buenas maneras con el teléfono, con lo que a mamá le ha costado metérmelas en esta cabeza de chorlito. El que llama debe identificarse enseguida. Ahora Nick está molesto, y desde luego no le culpo. —En voz alta dijo—: Lo siento, Nick. Soy Trixie Belden. Te conocí en la feria del arte el otro día, ¿te acuerdas?

—Claro. Tu amigo rompió la vasija de Amy Morrisey —dijo Nick con voz gélida.

No tengo arreglo —pensó Trixie—. *Los Bob-Whites están enfadados conmigo porque creen que no soy amiga de Ben Riker, y ahora Nick se enfada conmigo porque cree que sí lo soy*.

—Bueno, no te he llamado para hablar de Ben Riker —le dijo Trixie a Nick—, sino para decirte que se nos ha ocurrido un modo para ayudar al Departamento de Arte para sacar dinero. ¿Te interesa?

—Claro —replicó Nick con un tono lleno de desconfianza.

Trixie suspiró larga y profundamente, y trató de recobrar su entusiasmo. De alguna manera, la actitud de Nick empezaba a hacer mella en su optimismo. De todas formas, le contó la intención que

tenían los Bob-Whites de organizar un bicitón, hablándole de toda la gente con la que ya se habían puesto en contacto e incluyendo en su relato la gran sorpresa… que el señor Wheeler era el propietario de la casa donde los Bob-Whites habían decidido tener la primera parada. Cuando terminó, esperó, aguantando la respiración, la respuesta de Nick.

Hubo una pausa larga antes de que Nick contestara.

—Parece que lo tenéis todo muy bien montado —dijo al fin—. ¿Dónde entro yo?

—Nos preguntábamos si tú (o alguien del Departamento de Arte) estaríais dispuestos a encargaros de los carteles y de las tarjetas. Llenaremos la ciudad de carteles para que la gente se apunte como ciclista o como patrocinador. Después, cuando los ciclistas ya se hayan apuntado, les entregaremos las tarjetas para que se busquen ellos los patrocinadores, que les pagarían a tanto dinero por milla con tal de ver anunciado su habían trabajado duro para ganar la espalda del deportista. Todo ese dinero será el beneficio que saquemos de la prueba. De manera que, como ves, los carteles y las tarjetas juegan un papel muy importante. Normalmente nosotros mismos nos ocupamos de eso, pero, en este caso, y ya que el dinero va a ir a parar al Departamento de Arte, nos pareció importante que quedaran… bueno… ya sabes… artísticos, y por eso te he llamado —concluyó Trixie débilmente. Se preguntaba por qué sentía como si tuviera que pedirle perdón a Nick por solicitar su ayuda.

Hubo otra larga pausa antes de que Nick se decidiese a responder.

—No tengo tanto tiempo libre entre manos como tú y tus amigos parecéis tener, pero, si todo eso se supone que va a ayudar al Departamento de Arte, me imagino que habrá que colaborar. Háblame de esto mañana, en el colegio.

—Gracias, Nick. ¿Dónde nos vemos…?

Trixie oyó un «click», y se percató de que Nick ya había colgado.

—Bien —murmuró, haciendo lo mismo—. Me figuro que ya he cumplido mi misión… si es que encuentro a Nick mañana para hablarle.

Trixie se alejó unos pasos del teléfono; entonces chasqueó los dedos; habían olvidado algo importante. Cogió el teléfono y marcó el número de Honey.

Contestó Honey, y Trixie le contó lo reticente que se había mostrado Nick antes de acceder a encargarse de los carteles y de las tarjetas, y luego añadió:

—Pero adivina lo que se nos ha olvidado. Habrá un montón de chicos recorriendo esa ruta en bici… y nosotros sabemos por dónde pasa, pero ellos no. Tendremos que poner flechas por todas las carreteras, señalando la dirección a seguir. No quiero pedirle a Nick que haga las flechas también… no, después de ver cómo ha reaccionado con lo otro. Además, ¿hasta qué punto importa que las flechas sean artísticas? Digo yo que podemos encargarnos nosotros mismos de eso, ¿no?

—Tienes razón, Trixie —dijo Honey—. Me parece que tenemos tablones y pintura en el cobertizo. Me gustaría ayudar.

—Magnífico —dijo Trixie—. ¿Por qué no nos vemos en el cobertizo dentro de una hora?

—Ay, Trixie, hoy no puedo —contestó Honey—. Mis padres van a llevarnos a Jim, a Ben y a mí a un partido de baloncesto que hay en la ciudad esta tarde, y después nos vamos a cenar por ahí. Lo siento.

Trixie, una vez más, sintió que el resentimiento hacia Ben Riker crecía dentro de ella. Sin pararse a pensar, dijo con sarcasmo:

—En todo este tiempo que llevamos juntas no me había dado cuenta de que fueras tan aficionada al baloncesto, Honey. Por lo menos, nunca he visto que dejaras que un partido de baloncesto te impidiera hacer algo bueno. Supongo que tendré que encargarme de todo yo sola.

Según le iban saliendo las palabras, notaba el arrepentimiento por haberlas dicho. Por tercera vez, ese día, y eso que era temprano, se vio aguardando incómodamente a que la persona que había al otro extremo de la línea hablara.

Cuando Honey se decidió a hablar, fue en un tono frío que Trixie no le había oído jamás… y que nunca hubiera creído posible viniendo de su amiga, siempre tan buena y con tanto tacto.

—Permíteme señalar, Trixie Belden, que los otros Bob-Whites cumplieron con sus obligaciones ayer… antes del almuerzo que tú estropeaste con tu mal genio. Me cuesta creer que puedas decir que «tendrás que encargarte de eso tú sola». Aparte, hay un viejo dicho que habla de que «la caridad empieza por uno mismo», que deberías

aplicarte. Podrías dedicar parte de tu sagrado tiempo a esforzarte por comprender a Ben, en vez de meterte a ayudar a Nick Roberts, a quien apenas conoces… Tengo la impresión de que estás más preocupada de centrar alrededor tuyo la mayor atención posible con ese bicitón que de ayudar a nadie. Eso es lo que pienso yo.



A Honey pareció ahogársele la voz antes de terminar de hablar. Era la segunda ocasión, en aquel día, en que Trixie oía ese abrupto «click». Pestañeó, luchando por evitar las lágrimas, y colgó ella también.

El genio impulsivo de Trixie era famoso entre los Bob-Whites Sabían que su amiga hablaba sin pensar… y a menudo sin tener unos sentimientos tan marcados sobre las cosas como sus palabras parecían indicar. Por esa razón, tendían a tomarle el pelo cuando estallaba, en lugar de tenérselo en cuenta. Una respuesta tan airada como la de Honey era algo que Trixie muy rara vez había experimentado, y le era mucho más difícil de encajar viniendo de Honey, que casi nunca se enfadaba con nadie.

Trixie sabía que en cualquier momento algún miembro de su familia la vería llorar y le preguntaría qué le pasaba. Sabía, también, que no tenía ganas de explicárselo a su familia, sobre todo porque el daño y la confusión que le había provocado la respuesta de Honey estaban mezclados con la culpa por lo que ella había dicho. Tragó saliva y se aclaró la garganta para que no se le quebrase la voz al decir:

—Me voy al cobertizo, mamá. Volveré antes de la cena.

Salió de casa y fue hacia el cobertizo a un paso lo bastante rápido como para no poder pensar… ni llorar.

Curiosamente, en el cobertizo, que era la sede del club de los Bob-Whites, Trixie se sintió aún peor. La pequeña construcción, que en otro tiempo había sido un cobertizo en la finca de los Wheeler, se había convertido en la sede del club gracias a la generosidad del padre de Honey, que lo regaló a los Bob-Whites, quienes transformaron aquel caserón medio derruido en «la casa de sus sueños». Jim, Brian y Mart habían puesto un tejado nuevo, y habían hecho los muebles y los estantes que había en el interior. Honey había bordado las hermosas cortinas que enmarcaban las ventanas. Todos ellos (incluyendo a Trixie, que ganaba cinco dólares a la semana por cuidar de Bobby y ayudar a su madre en la casa) habían trabajado duro para ganar el dinero necesario para comprar los materiales que fueron precisos.

El cobertizo les servía de lugar de reuniones, almacén y salón de fiestas a Trixie y a sus amigos. Ella lo asociaba con muy buenos ratos y con un sentimiento cálido que unía a todos los Bob-Whites.

Me pregunto si todo eso habrá terminado ahora —pensó Trixie, con la mano indecisa en el picaporte—. *Me pregunto si Honey volverá a dirigirme la palabra.*

Casi se sintió una intrusa al abrir la puerta y entrar. Fue al pequeño cuarto que los chicos habían construido como almacén, y estuvo a punto de ponerse a llorar cuando vio los siete pares de patines juntos, en un estante, al lado de esquíes, trineos, tiendas y parte del equipo deportivo que los Bob-Whites compartían, *o solían compartir* —pensó. Enseguida encontró los tablones, un bote de pintura roja y el cepillo, y se sentó a la mesa que había en el centro de la habitación.

Puso uno de los tablones encima de la mesa, hundió el cepillo en el bote de pintura y dibujó el contorno de la primera flecha. Procuró concentrarse en su trabajo, pero las gruesas pinceladas que había que dar para colorear la flecha no requerían mucha concentración, y volvió a pensar en lo que Honey había dicho.

Buscó el motivo por el cual Honey había reaccionado con semejante violencia. ¿Se sentiría Honey culpable por descuidar el bicitón en beneficio del partido de baloncesto? ¿Estaría cansada de intentar defender la actitud de Ben ante sus amigos?

O tal vez —pensó Trixie, dibujando el contorno de la segunda flecha—, *quiso decir exactamente lo que dijo. Y puede que esté en lo cierto.*

Trixie era la que siempre parecía implicar a los Bob-Whites en la resolución de sus misterios y en la realización de sus proyectos. ¿Se trataba sólo de una coincidencia? ¿O lo hacía porque le gustaba que la gente se fijara en ella y la admirase por ayudar a otras personas y resolver tantos misterios? Comenzó entonces a indagar sus propios motivos.

Incluso hace unos días, en la feria del arte, cuando Nick Roberts dijo que yo era una celebridad, sentí tanto halago como vergüenza…

Trixie siguió dándole vueltas a los mismos pensamientos turbulentos mientras trabajaba en las flechas, dibujando sus contornos y pintándolas luego de rojo.

—Ay, ay, ay —dijo al fin—. Esto no me está ayudando a olvidar mis problemas… o a encontrar alguna solución. Trabajar a puerta cerrada nunca ha sido de mi estilo. Creo que iré a casa a por la bici. Un poco de ejercicio al aire libre me sentará bien.

Tan pronto como se puso a pedalear, se sintió mejor. Hacía un día espléndido de primavera. No hacía calor ni frío; la brisa fresca acariciaba las mejillas de Trixie, que pedaleaba sin esfuerzo.

Contempló los árboles, en cuyas ramas empezaban a asomar unas hojitas verdes que resplandecían bajo la luz del sol.

Ya está con nosotros la primavera, al fin —pensó—. Pronto llegará el verano, y entonces nos… —a Trixie se le quebró el hilo de sus pensamientos al recordar su discusión con Honey.

¿Qué traería ese verano? ¿Más aventuras, como las que habían disfrutado navegando a orillas de la isla de Cobbet o encontrando las esmeraldas perdidas en Williamsburg? ¿O ya no quedaban más veranos como aquéllos para los Bob-Whites?

Se le hizo un nudo en la garganta ante la idea de perder la amistad de Honey para siempre; Trixie se inclinó sobre el manillar y aceleró todo lo que pudo.

Cuando ya no pudo más, se echó a un lado y levantó la cabeza para mirar en torno suyo. Para su sorpresa, vio que se aproximaba a la casa desierta de la Carretera del Viejo Telégrafo.

Un papel carbonizado • 6

Trixie se metió por el sendero de gravilla, se bajó de la bici y bajó el caballete de una patada.

Se quedó quieta unos segundos, apoyando una mano en el asiento de la bicicleta mientras recuperaba el aliento que había perdido con la carrera. Cuando volvió a un ritmo de respiración normal, se fue a dar un paseo por el claro del bosque.

Midió con sus pasos las distancias, descubriendo que la explanada tenía cien pies de ancho y cincuenta de largo, de sobra para todos los ciclistas que pudieran coincidir al mismo tiempo durante la etapa.

Luego escudriñó el lugar, en busca de trozos de cristal o clavos oxidados que pudieran pinchar las ruedas… o lastimar las rodillas.

Había tan poca basura por el suelo que sospechó que el señor Wheeler había contratado a alguien para que acudiera a la casa desierta a echar un vistazo y limpiar un poco sus alrededores.

—Hay demasiados canallas sueltos hoy en día que no tienen nada mejor que hacer que asaltar casas abandonadas, o como mínimo limpiar sus coches delante de los jardines —murmuró.

Cuando terminó de limpiar el patio y apiló la basura para llevársela después, decidió explorar un poco.

La casa de dos pisos había sido blanca en otro tiempo, pero los muros parecían ahora desconchados por la inclemencia del clima. Todavía había un pequeño pórtico de ladrillo ante la casa, y en él yacía una vieja urna de cemento llena de porquería y unos cuantos tallos secos de plantas muertas desde hacía bastante tiempo.

Cuando Trixie se dirigió a la parte de atrás de la casa, vio que también allí habían contrachapado las ventanas.

—Cuando el señor Wheeler quiere asegurar una casa abandonada, lo hace hasta el final —dijo en voz alta—. Haría falta

algo peor que un simple gamberro para entrar por la fuerza en este sitio. Y la persona que lo llegase siquiera a intentar tendría que hacerlo con gran esfuerzo.

En la parte de atrás, descubrió que la casa tenía un sótano construido a la antigua usanza, cuyas pesadas puertas de madera daban al exterior, paralelas al suelo. La lluvia y la nieve habían astillado y reblandecido la madera, pero los robustos goznes de cobre todavía parecían brillar.

Apostaría cualquier cosa a que ni siquiera se oiría un chirrido si alguien abriese esa puerta —se dijo Trixie—. *Qué pena que no haya modo de averiguarlo. —Un grueso candado aseguraba el cerrojo*.

Cuando vio lo poco que había que ver alrededor de la casa, fue a mirar el patio trasero. Las huellas de las estacas del cerco que había vallado en otro tiempo el patio daban la idea de lo grande que éste fue, aunque era difícil distinguir el patio de la reserva forestal que había al otro lado, ya que ambos estaban cubiertos de hierbas altas y de maleza.

En un rincón del patio, un área delimitada por una alambrada indicaba lo que una vez debió ser el jardín. Trixie se acercó a él para ver si había brotado alguna flor temprana de primavera, pero de momento sólo las malas hierbas y los primeros brotes de césped habían invadido el jardín.

Cuando volvió hacia donde estaba su bici, reconoció que ésta era la casa abandonada menos misteriosa que había visto en su vida. Aunque no hubiese conocido su historia, lo de sus anteriores dueños mudándose a la ciudad, y lo del señor Wheeler comprándoles la casa, pensó que no hubiera encontrado el menor indicio de misterio en ella.

Casi es una suerte —pensó mientras volvía por el camino de gravilla—. *Mis misterios ya me han metido en bastantes problemas últimamente. Tal vez fuera mejor que nunca más me tropezase con ninguno*.

No había recorrido ni un cuarto de milla, cuando vio una hoja de papel que el viento había arrastrado hasta lanzarla contra el seto que bordeaba la carretera.

Ahí está la clase de carta que andaba buscando —pensó.

Bajó de la bici y caminó por la estrecha cuesta hasta esta parte

del seto. Al recoger el papel, se dio cuenta de que los extremos estaban carbonizados. La lluvia y el sol habían medio borrado la tinta, además, de modo no le resultó sencillo leerlo.

La hoja de papel tenía el tamaño aproximado de uno de los cupones que Trixie, a veces, recortaba de las revistas para su madre, esos que ofrecían un descuento de cinco o diez centavos en el precio de alguna marca de comida o artículo de limpieza.

—Eso sí, es mucho más bonito que un cupón —murmuró Trixie, acercando el papel a sus ojos para inspeccionarlo. Por un lado, había la foto de un señor muy extraño con un sombrero de piel y el cuello del abrigo subido, medio ocultándole el rostro. Por el otro lado había un inmenso castillo que parecía sacado de un cuento de hadas.

—Una diría que es la ilustración de algún libro, sólo que esos números rojos que hay al pie de la foto y el número cincuenta impreso en las esquinas descartan esa posibilidad. Me pregunto qué será y cómo vino a parar aquí, a este lugar tan solitario —se quedó mirando el trozo de papel un rato más, suspiró, y se lo metió en el bolsillo—. Por mucho que me rompa la cabeza no voy a averiguarlo —concluyó—. Me lo llevaré a casa y veré si Mart o Brian saben lo que es. Si no, será un buen ejemplar para la «colección» de Bobby.

Trixie sonrió mientras iba hacia la bici, pensando en la «colección» de su hermano pequeño, que era más bien un saco sin fondo donde metía cualquier cosa que al chico, que tenía 6 años, pudiera parecerle interesante, desde botones, canicas, cromos de chicles, hasta la cosa más insólita que uno pudiera imaginarse.

Al llegar a Crabapple Farm, se dio cuenta de que el paseo en bici le había llevado más tiempo del que creía. El aroma de la cena que la señora Belden estaba preparando, una cena típica de Nueva Inglaterra, con las coles y la cebolla adornando el guiso de carne de ternera en conserva, zanahorias y apio, impregnaba el aire.

—¡Ay, mamá, perdona! —dijo disculpándose—. Tenía que haberte ayudado a hacer la cena esta noche, y lo has tenido que hacer todo tú sola.

—Sólo he hecho la parte fácil, Trixie —replicó la señora Belden —. He preparado un poco de verdura y la he metido en la olla y la he dejado hervir a fuego lento con la carne; luego he sacado unos cuantos panecillos del congelador y los he metido en el horno para

calentarlos. He tenido el detalle de reservarte la peor parte —prosiguió—: lavar a tu hermano pequeño y poner la mesa.

Trixie soltó una risita.

—Eso de «la peor parte» es bien cierto —dijo—. Sería más sencillo organizar un festín para gastrónomos que quitarle a mi hermano la porquería acumulada en las manos y en la cara durante todo el día.

Y llevaba razón, porque Bobby empezó a protestar tan pronto como sintió el primer restregón de la toalla.

—¡Ay, ay, Trixie! ¡Ay! —gritó—. ¡Me has hecho daño! ¡Sólo tienes que arrancarme la suciedad… no la piel!

Trixie suspiró.

—Bobby, el problema es que es difícil distinguir la suciedad del moreno de tu piel, de tan bien curtida que la tienes. —Al acordarse del papel que llevaba en el bolsillo, le dijo—: Te diré una cosa, Bobby. Si dejas que acabe de limpiarte sin decir ni una palabra y te comes una zanahoria en la cena de esta noche, te daré una sorpresa.

—¡Guau! —exclamó Bobby—. ¡Una «sopesa»! ¿Y cuál es, Trixie? —con lo excitado que estaba, Bobby se retorcía con más energía que nunca.

—Si te lo digo, estropearé la sorpresa. ¿Trato hecho? —preguntó con aires de mujer de negocios, pese a que los ojos abiertos como platos por la emoción de su hermanito le daban ganas de reír.

—Una zanahoria entera es mucho, Trixie —dijo Bobby muy serio—. A mí no me entraría ni un bocado —consideró la oferta un momento. Finalmente, dijo—: Vale, Trixie, trato hecho. Aspiró profundamente y cerró los ojos con tanta fuerza que se le arrugó la nariz, tan chata, que tenía.

Tardó Trixie un segundo en averiguar el motivo de Bobby para poner esa cara tan rara. Reprimió otra carcajada al darse cuenta de que se disponía a cumplir con la primera parte del trato recién sellado, es decir, dejar que Trixie le lavara la cara sin más protestas.

Trixie consiguió llevar a buen puerto la operación «lavado» de Bobby, una vez conseguida la colaboración del paciente.

—Ya está, cariño —dijo—. Acabado.

Bobby dejó escapar un suspiro de alivio, abrió los ojos, y soltó:

—Una zanahoria pequeña. ¿Eh, Trixie?

Riéndose, Trixie dio un abrazo a su hermano y los dos bajaron

corriendo al salón.

Ambos entraron en el comedor a la vez que Mart llegaba de la cocina con una fuente enorme de verdura y de carne. Brian le seguía con la cesta del pan.

—Mamá dijo que nos pondríamos a comer en cuanto tú ayudases a poner la mesa —dijo Brian con un guiño—. De alguna manera, la idea de tener que esperar hasta que acabases de rascarle la espalda a nuestro joven cachorro hizo que Mart olvidara, por una vez, que poner la mesa es «trabajo de mujeres».

—No lo he olvidado —rectificó Mart, altanero, mientras dejaba en la mesa la fuente de verduras y se sentaba en su silla—. Me limité a permitir que el señuelo de los manjares pudiese más que mi odio a las tareas domésticas.

—El poner la mesa no es una tarea doméstica —dijo Trixie, sentándose—. En realidad, ni siquiera es un trabajo necesariamente femenino. Honey dice… —a Trixie le dio un vuelco el corazón al recordar su discusión con Honey, de la cual no había dado noticia a su familia. Se sintió enrojecer al continuar—: Honey dice que cuando ella, Jim y sus padres van a los restaurantes más elegantes de Nueva York, casi siempre son camareros los que sirven la comida. Conque encaja eso, Mart Belden.

La señora Belden dejó escapar una risita.

—Yo sugeriría que cada uno se sirviese su plato, ahora que la comida está en la mesa, antes de que se enfríe. Pero antes, Brian, y ya que tu padre estará en la ciudad un par de días, ¿por qué no bendices la mesa?

Todos los Belden inclinaron la cabeza mientras Brian entonaba una breve oración de gracias. Trixie escuchó con la cabeza baja, pensando en lo grave que empezaba a sonar la voz de su hermano mayor. Resultaba fácil imaginárselo de médico, dando a la gente toda clase de consejos con esa voz pausada y grave que inspiraba tanta confianza.

En cuanto la familia dijo «amén», una voz notablemente inmadura intervino:

—Pasadme las verduras primero, por favor —chilló Bobby.

Tanto su madre como sus hermanos se le quedaron mirando con incredulidad; Trixie le alcanzó la fuente de verduras.

—¿A qué debemos atribuir la repentina conversión del joven

Robert Belden a la comida vegetariana? —preguntó Mart, lanzando a Trixie una mirada suspicaz.

—Yo sólo le expliqué lo saludable y nutritiva que es, Mart —dijo Trixie bromeando.

—No, no, Trixie —dijo Bobby—. Eso no es lo que tú me «plicaste». Tú «plicaste» que si yo me comía una zanahoria entera, me darías una «sopesa» después de la cena. Y yo he pedido la fuente de verduras primero porque quiero la zanahoria más pequeña.

Brian, Mart y la señora Belden se echaron a reír, y Trixie se les unió, mientras que Bobby buscaba en los rostros de su risueña familia lo que había de divertido en todo eso.

Acabada la cena, Trixie cumplió su promesa y le dio el papel a Bobby.

—¿Qué es, Trixie? —preguntó.

—No lo sé, Bobby —dijo—. No es más que un papel muy raro.

—¿Puedo verlo, Bobby? —preguntó Brian—. Te lo devolveré enseguida. Cogió la hoja de papel y la examinó.

Mart echó una ojeada al papel por encima del hombro de su hermano y dijo inmediatamente:

—Ese papel tan raro es un billete de cincuenta marcos alemanes.

—¿Alequé? —preguntó Trixie.

—Un marco alemán, Trixie —explicó Brian—. Es la moneda básica de Alemania. Como nuestro dólar. Un marco alemán vale unos cincuenta centavos en dinero de los Estados Unidos.

—Ese papel vale aproximadamente veinticinco dólares, aunque dudo que puedas encontrar a alguien que te acepte un especimen tan estropeado.

—No es ningún especimen —protestó Bobby—. Es una «sopesa», y es mío. ¿Me disculpáis? Quiero poner mi «sopesa» en mi colección. ¿Mamá?

La señora Belden se volvió a Trixie, que parecía aturdida por el descubrimiento de que ese papel tan raro valiese veinticinco dólares.

Trixie miró a su madre, sonrió y se encogió de hombros.

—Estás disculpado, Bobby —dijo la señora Belden. Cuando aquél salió del comedor, le dijo a Trixie—: Estoy segura de que, una vez que se le pase el efecto «sopesa», Bobby querrá intentar compensarte, ofreciéndote la mitad por ser tú la descubridora.

—Tal vez —dijo Trixie con desgana—. Pero, aunque no lo hiciera, tampoco habría perdido nada, porque lo más seguro es que hubiera tirado el billete a la basura. —Luego se volvió a sus hermanos mayores y añadió—: ¿Cómo es que vosotros dos sabíais de qué se trataba?

—Elemental, mi querida Trixie —dijo Mart en tono burlón.

—La verdad, Trixie, es que hace poco que he visto la foto de un billete de cincuenta marcos —dijo Brian—. Aparecía en una de las revistas del Banco, de papá. Por desgracia, no leí el artículo que iba a pie de foto, y no sabría decirte qué revista era.

—A lo mejor tu padre se acuerda cuando llegue a casa el miércoles —dijo la señora Belden—. Entretanto, los platos están por lavar. Trixie…

—Ya sé —dijo Trixie—. Le toca ayudar a Mart, pero él ayudó a poner la mesa, así que yo…

—Así que tú deberías ofrecerte amablemente para tomar las riendas de tan fatigosa tarea —concluyó Mart, levantándose de la mesa—. Gracias, hermanita.

Mientras secaba los platos, Trixie pensó en el billete, preguntándose cómo había podido llevarse el viento cincuenta marcos alemanes hasta aquel seto de la Carretera del Viejo Telégrafo. El Sleepyside Sun, como la mayoría de los periódicos de las ciudades pequeñas, seguía el rastro con empeño a cualquier noticia local, y si alguien de la zona hubiera hecho un viaje a Alemania, el diario, con toda seguridad, se habría hecho eco de la noticia. Trixie no recordaba ninguna mención de un viaje semejante.

Claro que es posible que no prestara atención al artículo cuando saliera —pensó Trixie, doblando el trapo—. *Puede que Honey lo sepa.*

Trixie fue al teléfono, lo descolgó, y entonces le asaltó la imagen de la losa que la separaba de su mejor amiga.

Ay —pensó—. *Estoy tan acostumbrada a contárselo todo a Honey que no recordaba que…* —Sintió un dolor agudo en el estómago al darse cuenta de lo que estaba pensando… que ella y Honey pudieran, de hecho, dejar de ser buenas amigas.

Se quedó mirando al disco del teléfono unos segundos, sopesando la conveniencia de llamar a Honey de todos modos.

Colgó y se dijo: *No puedo hacerlo… esta noche no. Supongo que no soy más que una cobarde, después de todo. No soportaría la idea de telefonear y que Honey se negara a ponerse… o que siguiera estando tan enfadada como por la mañana*.

Así que Trixie se alejó del teléfono y subió a su habitación. Buscando algo en que ocupar su mente inquieta, hojeó unas revistas, procuró interesarse en un libro y, finalmente, fue a su armario y se puso a ordenar sus cajones.

Momentos más tarde, Mart pasó por allí y vio a Trixie doblando sus suéters con cuidado y colocándolos con cierta minuciosidad en el cajón superior. Llamó a la puerta entreabierta y entró en el dormitorio.



—Deduzco —dijo— que mi hermana pequeña se halla en las fauces de una condición psicológica peculiar, que parece manifestarse en el empeño imposible por tratar de poner un poco de orden en este caos que es su cuarto. ¿A qué, si me das licencia para preguntártelo, cabría atribuir esta extraña (y al mismo tiempo bienvenida) situación?

—Ay, Mart —exclamó Trixie—, ¿qué voy a hacer?

Entretanto contó a Mart la pelea que había sostenido con Honey esa mañana, incluyendo la acusación que Honey le había hecho de preferir ser más famosa, antes que ayudar a los demás.

Para sorpresa de Trixie, su hermano, que siempre andaba metiéndose con ella, la escuchó pacientemente y, cuando terminó, respondió con solemnidad:

—Lo siento muchísimo, Trixie. Tengo la impresión de que todo se ha vuelto complicado desde que ese Ben Riker llegó a Sleepyside. Sé que esto puede parecer cruel, pero me gustaría que sentase esa cabecita loca que tiene o que hiciera una gamberrada tan gorda que tuviera que largarse de aquí.

Mart frunció el entrecejo y Trixie notó que las comisuras de sus labios se abrían en una sonrisa al darse cuenta de que ese aspecto ceñudo era, probablemente, el que había tenido ella toda esa tarde. Mart y Trixie se parecían tanto que cualquiera podría haberlos confundido con un par de gemelos.

—En todo caso —continuó Mart—, en cuanto a lo que Honey dijo de ti… Bueno, Trixie, es verdad, al menos en parte. A todo el mundo le gusta que los demás admiren lo que hace y le animen. Eso forma parte de la naturaleza humana y también explica la razón por la que Ben y su pandilla meten bronca; ellos se animan y se admiran entre sí. La diferencia estriba en que tus actos buscan ayudar a los demás, y que eso, mi querida hermana, es algo de lo que nadie puede avergonzarse.

Trixie bajó la vista; las palabras de Mart le habían inundado los ojos de lágrimas.

Mart se levantó y fue hacia la puerta.

—No te preocupes por haber discutido con Honey —dijo—. Tengo la corazonada de que se os pasará enseguida. Vosotras dos sois demasiado buenas amigas para que eso dure. Buenas noches.

—Buenas noches, Mart —dijo Trixie—. Y gracias.

Mart es maravilloso —pensó—. *Me toma el pelo, pero tampoco le da miedo mostrar que me tiene cariño cuando yo necesito saberlo. Y tiene razón. Honey y yo no vamos a seguir enfadadas mucho tiempo, porque no lo permitiré. Mañana por la mañana, en el autobús, le pediré perdón.*

Carteles y disculpas • 7

A la mañana siguiente, Trixie esperó con ansiedad el autobús del colegio. Se le cayó el alma a los pies al ver que el autobús no paraba en Manor House para recoger a Jim y a Honey. Se hundió en su asiento, preguntándose si los Wheeler no lo habían cogido por estar rehuyéndola deliberadamente. *No seas tonta* —se dijo a sí misma—. *Hay montones de veces que nosotros no cogemos el autobús, por una razón u otra*. No pudo evitar, sin embargo, sentirse incómoda y nerviosa, y miró con envidia a Mart y a Brian, que estaban pasándoselo en grande con unos compañeros en la parte delantera del autobús.

Cuando iba hacia su primera clase, Trixie vio a Nick Roberts que venía por el pasillo. Le pareció que la miraba, pero de pronto dobló por otro corredor, antes de que ella pudiera hablar. *Me imagino que no me habrá visto* —pensó, acelerando el paso para alcanzarle.

—Nick —gritó, corriendo hasta donde él estaba.

El joven artista dio un par de pasos más y se paró, pero todavía se resistió a mirarla.

—Perdona si te he distraído de tus cosas —dijo disculpándose—. Sólo me estaba preguntando cuándo podrías empezar a trabajar en los carteles. Quiero montar un puesto para que la gente se apunte después de las clases y…

—Olvídalo —dijo Nick.

Trixie pensó en un primer momento que él quería decir que olvidase lo de las disculpas, pero, como Nick seguía mirando al suelo, no estuvo tan segura.

—¿Que olvide qué? —preguntó.

—Olvídalo… todo el asunto… toda esa estúpida idea del bicitón —dijo Nick, claramente enojado—. Yo no tengo tiempo que perder haciendo un montón de carteles y tarjetas para un montón de

bienhechores. Y es una idea muy absurda, además. Lo más seguro es que no saquéis ni un centavo, y, aunque lo consiguieseis, el rectorado encontraría la forma de recortar aún más el presupuesto del Departamento de Arte. Estaremos justo donde habíamos empezado.

—No, Nick, yo no pienso lo mismo… —le dijo Trixie.

—Bueno, pues yo sí —gruñó Nick—. Y soy yo el que está en el Departamento de Arte, conque si alguien sabe algo… Así que olvídate de todo este asunto, ¿vale? Acto seguido, Nick apartó a Trixie violentamente de su camino y se perdió por el pasillo.

Trixie siguió con la mirada el contorno de la figura doblando por el corredor, demasiado aturdida para reaccionar. Nick no se había mostrado lo que se dice entusiasmado con el proyecto del bicitón cuando ella se lo describió el día anterior por teléfono, pero nada en su tono había indicado que tuviera la intención de abandonar la idea.

Sintió una tentación poderosísima de seguir el consejo de Nick y dejar a un lado lo de ayudar al Departamento de Arte. Hasta el momento, se vio obligada a admitir, no había hecho más que causar problemas y herir sentimientos. No obstante, al recordar las miradas de desaliento que ensombrecían los rostros de los otros estudiantes en la feria del arte, resolvió seguir adelante.

El rector nos ha ofrecido su total cooperación —pensó Trixie—. *Eso significa que la idea no puede ser tan rematadamente mala. Ya que hemos llegado hasta aquí, podemos continuar. Iré a hablar con el profesor de arte en el recreo*.

Para alivio de Trixie, el joven profesor de arte, el señor Crider, se mostró muy amable y agradeció la ayuda que ésta le ofrecía. Atendió con interés su explicación acerca de todos los pasos que los Bob-Whites habían dado ya y asintió enérgicamente cuando ella aludió a la necesidad de carteles y tarjetas.

—Yo tengo dos clases de estudiantes de primero de arte —dijo el señor Crider—. Puedo mandarles que hagan carteles y tarjetas. En realidad, será una buena experiencia para ellos el hacer una cosa así. Les enseñará a trabajar con una información y transformarla en algo atractivo. Si alguno de ellos decide meterse en el campo del arte de la propaganda, les será muy útil hacer algo de este tipo.

—Gracias, señor Crider —dijo Trixie—. Si pudiera hacérmelo

saber cuando lo tenga todo listo, yo pasaría a recogerlos —añadió, yendo hacia la puerta.

—Espera un minuto —dijo el señor Crider, riéndose entre dientes—. Mis alumnos no podrán reflejar vuestro mensaje con demasiada eficacia si no saben cuál es. Necesito conocer la fecha, el lugar y lo que creáis que es más importante decir… aquello que consiga captar la atención de la gente.

—Por supuesto —dijo Trixie—. Lo siento. Tengo la mala costumbre de asumir que los demás conocen todos los detalles de las cosas en las que me meto, sólo porque yo me paso el tiempo pensando en ellas.

—Ése es un hábito bastante común entre los seres humanos, Trixie —dijo el señor Crider. Le pasó una hoja de papel y un lápiz —. Para eso se han inventado los borradores.

El señor Crider le pidió que dibujase un bosquejo de lo que ella quería que apareciese en los carteles y en las tarjetas, anotando la información e indicando dónde debería ir el dibujo.

—Vamos a ver… —dijo mientras reflexionaba un momento; luego escribió un titular: «Vente con nosotros con la bici», y apuntó la información sobre la hora y el punto de salida para el bicitón, sin olvidar referirse al hecho de que el dinero obtenido iría a parar al Departamento de Arte, para que pudiera renovar sus materiales y equipo—. Creo que deberíamos dibujar un mapa, también —añadió —, para que la gente que vea el cartel sepa que la ruta atraviesa la reserva forestal de los Wheeler. Un montón de chicos se apuntarán aunque sea sólo para gozar de la oportunidad de conocer esos parajes —hizo un boceto del mapa en el papel; entonces añadió—: ¡Ah, sí! Me he dejado una línea importante —y puso en la hoja, en letras mayúsculas, SE SERVIRÁN REFRESCOS GRATIS.

Dibujó otro boceto para las tarjetas y pasó al señor Crider las dos hojas de papel.

El profesor de arte las examinó y dijo:

—Con esto me bastará, Trixie. Se las enseñaré a los alumnos de primero esta tarde y, si todo sale como yo espero, podrás pasar a recoger los carteles y las tarjetas a esta misma hora el miércoles por la mañana.

Trixie le dio las gracias y pareció que se iba, pero vaciló un segundo.

—Señor Crider, no quisiera resultar impertinente, pero estaba pensando en Nick Roberts. No lo conozco muy bien. La verdad es que no creo conocerlo en absoluto. Solamente me preguntaba por qué siempre parece tan… no sé, tan deprimido. Tiene tanto talento que estoy segura de que triunfará algún día, y es muy atractivo, pero siempre parece tan pesimista…

El señor Crider suspiró.

—Yo tampoco conozco a Nick muy bien, Trixie, y eso que pasa casi todo su tiempo libre en este Departamento. Sé que ha padecido una serie de experiencias desagradables. Nick y su familia se mudaron a Sleepyside el año pasado; vivían en la ciudad de Nueva York. La salud de su madre no es muy buena, y su médico sugirió que era posible que le sentara bien alejarse de la contaminación de la ciudad. El padre de Nick es maestro grabador, y en la ciudad le sobraba el trabajo, pero su talento no le sirve de mucho en una ciudad pequeña como Sleepyside. Tiene una pequeña tienda en el centro, donde vende trofeos y placas grabadas, pero eso no proporciona mucho dinero. Y, pese a que la salud de la señora Roberts ha mejorado desde que vinieron aquí, las facturas del médico que han tenido que pagar les han llenado de deudas. Nick procura ayudar trabajando por las noches y los fines de semana como pintor de carteles, y saca suficiente dinero como para pagarse sus cosas y ayudar un poco en casa. Lo malo es que le sabe mal quitarle tanto tiempo a su trabajo serio, y, como podrás imaginarte, eso le amarga un poco. Yo he intentado animarle desde que está en mi clase, pero no lo consigo. Es un joven bastante infeliz, y es una pena porque, como tú has dicho, tiene el éxito grabado en la frente y lo más seguro es que acabe triunfando… si ese carácter que tiene no se lo impide.

Trixie asintió con la cabeza, muy seria.

—Ahora le entiendo mucho mejor, señor Crider. Me alegra que usted me haya contado todo esto de Nick. Debe parecerle que soporta sobre sus hombros todo el peso del mundo. Supongo que es en esas ocasiones cuando una persona necesita a sus amigos.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Trixie —dijo el señor Crider—. Espero que sigas intentando hacerte amiga de Nick. Ahora, no te lo tomes muy a pecho si no se muestra siempre abierto contigo.

Trixie volvió a darle las gracias al señor Crider por su ayuda y, tras prometer que se pasaría el miércoles para recoger los carteles y tarjetas, regresó a la Biblioteca. Por el camino, pensó en lo que el profesor de arte había dicho de Nick Roberts.

Se dio cuenta de que Nick tenía sus propias obras de arte que realizar, y además tenía que pintar por dinero, así que probablemente era cierto que no tenía tiempo para ayudarla con el bicitón. Pero no entendía por qué no se lo había explicado a ella, en lugar de enfadarse de esa manera. Se le ocurrió que posiblemente Nick estuviera preocupado por alguna otra cosa cuando le llamó por la mañana, y que quizás se le hubiera pasado la preocupación hablándole de esa manera. O, creyó intuir, acaso él se sentía culpable al ver que saldría beneficiado del bicitón y no podría contribuir por falta de tiempo.

De una cosa estoy segura —concluyó Trixie—. *Es más sencillo encontrar collares y caravanas perdidos que llegar a comprender por qué la gente actúa de cierta forma a veces*.

Cuando Trixie subió al autobús esa tarde, vio a Honey sentada, sola, en uno de los asientos dobles, en la parte de atrás. Tragando saliva para calmar sus nervios, Trixie recorrió el pasillo del autobús y se sentó en el sitio que había quedado libre, al lado de Honey.

—Hola —dijo Trixie—. He ido a ver al señor Crider, el profesor de arte, y nos va a ayudar con los carteles y demás. Dice que podremos pasar a por todo el miércoles, conque ya habrá que ir diciéndole al rector que nos dé permiso para montar el puesto donde se apunte la gente ese mismo día, al final de las clases —Trixie desfalleció al ver que una expresión poco amistosa se había grabado en el rostro de Honey—. Yo… yo supongo que debería preguntarte si sigues interesada en ayudar con lo del bicitón.

—Desde luego que estoy interesada en el bicitón —repuso Honey, y su voz le heló el corazón a Trixie—. Alguien tiene que asegurarse de que no falle ninguna otra cosa.

—¿Acaso ha salido algo mal, Honey? —preguntó Trixie—. ¿Acaso ha retirado tu padre su permiso para que usemos la explanada que hay delante de esa casa abandonada, o…?

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando, Trixie Belden —la interrumpió Honey—. Anoche fui al cobertizo, cuando volví de la ciudad. Quería ver qué tal ibas con las flechas de dirección. Y me

encontré con que te habías dejado el cepillo sin lavar y la ventana abierta, y que el bote de pintura roja se había volcado desparramando la pintura por toda la mesa y encima del tablero superior. Me llevó más de media hora limpiarlo todo, y todavía hay una mancha roja en la mesa que no hay forma de quitarla.

Trixie se quedó mirando a Honey con la boca abierta. Se esforzó por recordar lo que había hecho el día anterior. No creía haberse dejado los materiales por ahí, aunque tampoco consiguió acordarse de haberlos guardado. Ni siquiera recordaba haber abierto la ventana del cobertizo, conque cómo iba a saber si la había cerrado. Finalmente tuvo que admitir que debió habérselo dejado todo por ahí sin guardar cuando fue a por la bicicleta.

—Lo siento, Honey —dijo en voz muy baja, sin atreverse a mirar a su amiga a los ojos—. Supongo que soy la culpable de ese desastre que tuviste que arreglar. No lo hice adrede, pero me sentó tan mal habernos peleado… Ayer no hice más que pensar en eso, todo el día. No dejaba de preguntarme si volveríamos a ser amigas alguna vez, y qué iba a hacer yo sin ti. Me imagino que por eso se me olvidó guardar todas las cosas —Trixie supo que las lágrimas inundaban sus ojos sin remedio, y se le quebró la voz al decir—: Siento que tuvieras que limpiar todo eso, y perdóname por haberte dicho esas cosas tan terribles que te dije ayer, Honey.

—Ay, Trixie —exclamó Honey—. ¡Yo también lo siento! Te dije cosas que no merecías. Y luego lo pasé tan mal como tú, ayer. Tenía que haberme dado cuenta de que ése era el motivo por el que te dejaste el bote y lo demás sin guardar. Oye, ¿sabes lo que hice ayer?

—¿Qué? —preguntó Trixie, sorbiendo las lágrimas.

—Fingía seguir el partido de baloncesto para que mi familia no se enterara de que nos habíamos peleado. Pero en realidad no le estaba prestando ninguna atención. Me había quedado mirando al campo sin verlo cuando, de repente, todo el mundo se puso a animar. Alcancé a ver a un jugador haciendo un «mate» en la canasta, y yo me puse a chillar «goool, gooool», como si fuera un partido de fútbol, y no de baloncesto.

Ahora a Trixie se le escapaban lágrimas de risa.

—¡No, Honey! —balbuceó—. ¿En serio?

Honey asintió con aire solemne, y entonces se echó a reír ella también.

—Y eso no es todo, Trixie. Al saltar, olvidé que tenía un vaso de gaseosa en la mano, y vacié todo el vaso de gaseosa, con lo fría que estaba y lo pegajosa que es, ¡en la cabeza de Ben! Tendrías que haber visto la cara que puso.

Sí, Trixie podía imaginar la cara que puso Ben, llena de cólera, que no pudo estallar porque los padres de Honey estaban allí, y llena a la vez de confusión y asombro al ver a su prima, normalmente tan juiciosa y elegante, actuando de un modo tan alocado.

—Ay, Honey —dijo Trixie entre risa y risa—. Más vale que no nos peleemos muy a menudo. ¡Es demasiado peligroso!

—Estoy de acuerdo contigo, Trixie —dijo Honey, más en serio—. Discutir contigo me pone mala. No volvamos a reñir nunca.

—Yo quería haber hecho las paces esta mañana —le dijo Trixie —. Entonces, cuando vi que no venías con el autobús…

—Ah sí, Trixie, ya sé —dijo Honey—. Jim ha decidido que deberíamos empezar a montar a caballo con Ben. Opina que acaso eso sirva para evitar que se meta en algún lío. Tuve que ir con ellos como si nada, porque no quería que Jim supiera que tú y yo nos habíamos peleado. Jim va a volver a casa con Ben, también, a caballo, pero yo me negué. Necesitaba hablarte para arreglar las cosas.

—Bueno, pues ahora ya está todo arreglado —dijo Trixie enfáticamente—. No hagamos nunca nada que pueda desarreglarlo, ¿vale?

—Trato hecho —dijo Honey—. Yo acabaré de pintar las flechas, ya que tú empezaste. Luego las dos podremos atender a la gente que quiera apuntarse al bicitón en el colegio, el miércoles, mientras los chicos sacan los carteles y los colocan por ahí. Llamaré a Di… no ha venido hoy a clase… para ver si puede ayudarnos.



—Entonces… ¡huy, ésta es mi parada! ¡Trixie, te llamaré después de la cena!

Honey recogió sus libros y fue corriendo a la portezuela del autobús.

El autobús arrancó, y Honey dijo adiós a Trixie con la mano, desde su parada.

Qué bien me siento esta tarde… con lo mal que me sentía esta mañana… —pensó Trixie al bajar del autobús delante de Crabapple Farm—. *Honey y yo somos otra vez buenas amigas*.

—¡Yupiii! —exclamó, corriendo hacia la casa.

¡A apuntarse! • 8

El miércoles, durante su hora de estudio, Trixie volvió al Departamento de Arte para recoger los carteles y las tarjetas que el señor Crider le tenía preparados.

A Trixie le encantó cómo habían quedado.

—¿Cómo los ha hecho? —preguntó—. Han quedado tan iguales… Más bien parece algo salido de una impresora.

—Los hemos hecho siguiendo una técnica impresora, Trixie —le dijo el señor Crider—, aunque no las metimos en ninguna prensa. La técnica se llama serigrafía, o grabado en seda. ¿Quieres ver cómo se hace?

Ella asintió rápidamente y el señor Crider la condujo hasta un cuartucho que había al fondo del Departamento de Arte.

—Aquí es donde trabajamos —dijo el señor Crider—. Al proceso se le ha dado el nombre de grabado en seda porque, como ves, utilizamos un trozo de tela de seda que extendemos sobre un marco de madera. Hacemos una plantilla del dibujo que queremos sacar, cortando aquellos sitios donde queremos que la tinta aparezca en el resultado final. Colocamos la plantilla encima de la tela de seda, y pintamos por las aberturas con una sustancia negra, como de cera —añadió mientras le enseñaba la plantilla que habían usado para los carteles, poniéndola encima de la pantalla de seda para hacer una demostración.

—La dejamos secar una media hora, y luego preparamos una mezcla de cola y agua fría (a un cincuenta por cien). Entonces extendemos la mezcla por la pantalla de seda con un rodillo de goma como el que los empleados de las gasolineras utilizan para lavar las ventanillas del coche. Dejamos que se seque la primera capa de cola, y luego aplicamos una segunda capa y la dejamos secar. Finalmente, con un poco de queroseno y un cepillo de cerdas

cortas como éste quitamos la cera de las áreas de la pantalla donde queremos que se filtre la tinta, y la pantalla queda lista —concluyó el señor Crider.

—¡Guau! —exclamó Trixie—. ¡Eso suena bastante complicado!

—La preparación de la pantalla requiere un montón de tiempo —admitió el señor Crider—, pero una vez que está lista, el proceso de serigrafía es bastante simple. Todo lo que hay que hacer es verter una buena cantidad de pintura en un extremo de la plantilla e impregnar toda la plantilla por medio de un rodillo. Si tenemos cuidado de que la pantalla y la superficie que estemos imprimiendo no se muevan, ya nada puede salir mal.

—Ese sistema es mucho mejor que el nuestro; nosotros hacemos cada cartel a mano —confesó Trixie—. A veces, si somos dos o tres y cada uno hace un cartel, cuesta afirmar que todos ellos son el mismo.

El señor Crider se echó a reír.

—La próxima vez que tengáis un proyecto de este tipo, yo te sugeriría que fueseis a la biblioteca y pidierais un libro sobre serigrafía. Hay unos cuantos que enseñan a los principiantes los puntos básicos. En realidad, tampoco hace falta contar con todo este equipo tan complicado. Algunos de los métodos más sencillos utilizan papel: marrón, de embalaje, en lugar de cera y cola. Si vuestro diseño es lo bastante sencillo, podéis, simplemente, poner el papel de embalaje sobre la pantalla. La primera capa de pintura hace el papel de la cola, y mantiene el papel en la pantalla, donde tú lo quieres.

—Creo que nos las podríamos arreglar así —dijo Trixie—. Se me ocurre un montón de ocasiones en las que podemos utilizar este sistema de serigrafía. Hasta podríamos hacernos nuestras propias postales de Navidad.

—Ya lo creo que podríais —dijo el señor Crider—. La serigrafía es una técnica muy adaptable. La inventaron en China, como te podrás imaginar, por la seda. Los chinos y los japoneses la utilizaban para hacer verdaderas obras de arte. Desde que llegó a este país, en cambio, han encontrado muchos modos de utilizarla en la industria. Una de sus principales ventajas consiste en que la superficie sobre la que se imprime no tiene que soportar mucho peso… al contrario de lo que pasa en las prensas que se usan para

imprimir libros o periódicos, por ejemplo. Y eso quiere decir que con la serigrafía podemos utilizar materiales frágiles como el cristal. Pero bueno, éste es mi período de descanso, y no debería malgastarlo dando lecciones de arte —concluyó el señor Crider—. Aquí tienes los carteles, y confío en que aprendas a aprovechar la técnica de la serigrafía para futuros proyectos. No dudes en llamarme si necesitas ayuda.

—Gracias, señor Crider —dijo Trixie—. ¡Tendré en cuenta su oferta!

Después de las clases, los siete Bob-Whites se encontraron delante de la puerta del rector, donde el portero de la escuela ya había dispuesto una mesa y sillas para el «alistamiento» de los participantes en el bicitón.

Jim, Brian, Dan y Mart se repartieron los carteles y decidieron rápidamente qué territorio debía cubrir cada uno. Brian había venido con cacharro esa mañana, y Jim tenía la furgoneta de los Bob-Whites, de forma que pareció lógico que ellos se ocuparan de las tiendas más alejadas del colegio. Dan Mangan se encargaría de los alrededores de la escuela, y Mart pegaría los carteles en los corredores del mismo instituto.

Cuando los chicos partieron rumbo a sus territorios, un cierto número de estudiantes ya empezaba a concentrarse alrededor de la mesa, gracias a un anuncio que habían comunicado por los altavoces esa tarde.

Una y otra vez, durante la hora siguiente, Honey, Trixie y Di explicaron a los estudiantes que quisieron, y fueron muchos, qué era eso del bicitón:

—Tú coge una de esas tarjetas y pon tu nombre y dirección. Luego llévala a tus vecinos, amigos y familiares, y pregúntales si les gustaría aportar una cantidad de dinero por cada milla que corras, digamos, cinco o diez centavos. Haz que anoten su nombre y dirección donde dice «patrocinadores», y al lado la cantidad que ellos aportan por la milla. Tendremos una mesa aquí mismo el miércoles que viene para poder recoger vuestras tarjetas y repartir más. Después del bicitón, llamaremos a toda la gente que haya firmado en vuestras tarjetas, diciéndoles cuántas millas recorristeis y cuánto deben. Entonces ellos enviarán el dinero al colegio, dirigido al Departamento de Arte. ¡Y eso es todo!

Trixie estaba explicando lo del bicitón por enésima vez cuando vio a Ben Riker y a sus amigos, que se acercaban a la mesa. *Oh, no* —dijo para sus adentros—. *Espero que no armen ningún lío*.

Los chicos se detuvieron a poca distancia de la mesa y observaron en silencio un momento. Aunque no decían nada, las muecas que hacían sus rostros indicaban bien a las claras que no iban a apuntarse a la carrera ni, como es obvio, a patrocinar a ninguno de los corredores.

—¿Sabéis, tíos? —dijo al fin Jerry Vanderhoef—, la idea no es tan mala —sus amigos le miraron con asombro, pero él continuó—: A mí me vendría bien un poco de dinero extra, ¿a vosotros no? Podríamos organizar otro bicitón, ¿eh? Pediríamos que ayudaran a acabar con el hambre.

—¡Sí… el que tenemos nosotros! —dijo Mike Larson.

—Eso es —añadió Bill Wright—. Podríamos llamarnos «Sociedad para la Conservación de las Hamburguesas de Wimpy». ¿Qué tal os suena?

—La idea sólo tiene un defecto, chicos —dijo Ben Riker—. Este bicitón está organizado por una de las detectives más ilustres de Sleepyside, Trixie Belden. Si le llegara el rumor de que estabais planeando ganar dinero para una causa que no fuera justa, os perseguiría hasta encerraros en algún calabozo. Y no creo que a la querida señorita Trixie le pareciese bien sacar dinero para llenaros los estómagos de hamburguesas.

A Trixie se le subieron los colores de vergüenza y de rabia al ver que los chicos seguían con su chanza. Quería, desesperadamente, decirles algo, hacer que se largaran, pero recordó lo mal que lo había pasado después de su breve pelea con Honey, y decidió seguir callada.

Miró de reojo a su amiga para ver cómo se estaba tomando las bromas de Ben y sus amigos.

Honey estaba explicando el proceso a seguir con las tarjetas a un par de estudiantes. Fingía no oír nada de lo que Ben estaba diciendo, pero sin éxito. También ella se había puesto roja, y su rostro, normalmente tan sereno, estaba tenso.

Está sufriendo de verdad —pensó Trixie.

Por primera vez, Trixie comprendió lo difícil que era la situación por la que Honey estaba pasando. Honey sentía compasión hacia

Ben porque sabía demasiado bien lo solo que estaba. Al mismo tiempo, sabía que él estaba eligiendo el camino más destructivo para luchar contra su soledad.

Ella no sabe qué pensar de Ben —pensó Trixie—. *Sólo sabe que no puede borrarlo de su vida, ya que él es su primo. Es probable que esté esperando, como Mart, a que Ben haga alguna gamberrada tan gorda que obligue a los Wheeler a admitir su fracaso y a mandar a Ben a otra parte por su bien y por el de los otros. Si eso sucede, Honey siempre se sentirá culpable por no haber sabido darle la ayuda que él necesitaba.*

Después de haber ahondado en los sentimientos de Honey, comprendió el sufrimiento que su conducta había provocado en su amiga. Trixie había estado forzando a Honey a elegir entre su mejor amiga y su conciencia.

Si ahora le parase los pies a Ben, saliendo en mi defensa, y luego Ben se metiera definitivamente en ese pozo sin fondo que anda buscando, ella se odiaría a sí misma y, lo que es más, me odiaría a mí también.

Trixie entonces se dio cuenta de que le sería mucho más sencillo tolerar a Ben Riker a partir de este momento.

Ben y sus amigos se cansaron de armar jaleo y se fueron; poco después el último de los estudiantes interesado en el bicitón se alejaba de la mesa con las tarjetas en la mano.

Por suerte, la actitud de Ben no había empañado el entusiasmo de los estudiantes que se habían acercado al puesto de «alistamiento», ni les había hecho dudar de las buenas intenciones que había detrás del bicitón. Mart había colocado uno de los carteles en la pared, detrás de la mesa, y el mapa que indicaba la ruta del bicitón casi se bastaba por sí solo como reclamo, tal y como Trixie había imaginado que ocurriría. Oyó a muchos compañeros hablar entre sí de lo fantástico que sería ver la reserva forestal de los Wheeler tan de cerca. Trixie sonrió al recordar el segundo comentario que más había oído: «¡Mira! ¡Habrá refrescos gratis, también!». Sabía que la mayoría esperaría encontrarse con los acostumbrados y poco imaginativos perritos calientes y hamburguesas.

—Y la sorpresa que se van a llevar —dijo en voz alta a Honey y a Di— cuando aparezcan en la explanada del señor Maypenny y

descubran la magnífica hornada de carne de caza.

—Deberíamos prevenirles —sugirió Di—. ¡De otro modo, se atiborrarán hasta tal punto con las deliciosas galletas de la señora Vanderpoel que tendrán que empezar de nuevo la ruta para recuperar el apetito!

—¿Cuánta gente se ha apuntado? —preguntó Trixie.

Honey terminó de contar la lista de nombres y, cuando apartó los ojos del papel, esbozó una amplia sonrisa.

—Ya hay cincuenta corredores, Trixie… ¡y no hemos hecho más que empezar!

Trixie hizo unos cuantos cálculos.

—Veamos. Si tenemos cincuenta corredores, y cada uno consigue un dólar por milla con sus tarjetas… ¡Uf! ¡Eso significaría más de mil dólares para el Departamento de Arte!

—¡Oh, Trixie, eso es una maravilla! —exclamó Honey—. ¿Estás segura?

Di Lynch había realizado los mismos cálculos con papel y lápiz.

—Así es, Honey. ¿Ves? —mostró a sus dos amigas las multiplicaciones—. A Trixie sólo le salen mal los problemas de «mates» en clase. Cuando se trata de alguno de sus queridos proyectos, no comete ni un fallo.

—De eso es de lo que intento convencer a todos, principalmente cuando traigo las notas a casa. Las respuestas que doy en la clase de matemáticas están bien. ¡Los que están mal son los problemas!

Sin parar de reír ante la «lógica» de Trixie, las chicas ordenaron la mesa, recogieron sus libros, y se dirigieron al aparcamiento, donde habían quedado con los chicos.

De pronto Trixie se detuvo.

—¡Los problemas de «mates»! —exclamó.

—Creí que habíamos llegado a la conclusión de que no tienes ningún problema con las «mates» —dijo Honey bromeando.

—Ah, sí, y tanto que tengo —dijo Trixie—. Diez problemas de álgebra que se supone que debo hacer esta noche, y me he dejado el libro en la taquilla. Adelantaos vosotras dos y esperad a los chicos. Yo volveré corriendo a por mi libro y os veré en el aparcamiento dentro de un minuto.

Trixie dio la vuelta y se alejó corredor abajo. Al doblar una esquina, vio a Nick Roberts. Iba a hablar, pero algo en su actitud se

lo impidió. Él se quedó como de piedra, frunciendo el ceño y mirando a la pared.

Al seguir la dirección de su mirada, Trixie vio que estaba leyendo uno de los carteles del bicitón que Mart había colocado antes.

Misterios • 9

Trixie observaba, callada como una tumba; Nick seguía inmóvil ante el cartel. Entonces, con un movimiento rápido y brusco, levantó un brazo y arrancó el cartel de la pared, lo partió por la mitad y lo tiró al suelo. Luego se volvió y se alejó corriendo por el pasillo.

Trixie no se movió hasta que Nick se fue. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración. Aprovechó la expiración para soltar un largo silbido de asombro. *¿A qué venía eso?* —se preguntó—. *¿Es que Nick podía estar tan en contra del bicitón?*

Trixie pensó que, a menos que encontrase a Nick y le preguntase directamente por qué había arrancado el cartel, no tendría modo alguno de comprender la razón de su acto.



Y desde luego yo no tengo ningún deseo de acorralarle si es que está tan enfadado —pensó mientras *iba hacia la taquilla—. Por su modo de comportarse, cualquiera creería que me partiría en dos igual que hizo con el cartel.*

Trixie cogió el libro de matemáticas de su taquilla y volvió corriendo hasta el estacionamiento. Cuando llegó, Jim y Honey

estaban esperándola en la furgoneta.

—Brian y Mart ya se han marchado con el cacharro de tu hermano, Trixie —le dijo Jim.

—De alguna manera Mart juzgó mucho más conveniente adelantarse con su hermano y acompañar a Di a casa —añadió Honey con un guiño.

Los otros Bob-Whites sabían perfectamente que a Mart le gustaba Di Lynch, y que el sentimiento era recíproco.

—Lo que significa que te toca venirte con nosotros, Trixie —dijo Jim—. Entra.

Mientras Trixie rodeaba la furgoneta hasta el asiento delantero, Honey salió y le abrió la puerta para que pudiera sentarse al lado de Jim. Honey se sentó luego junto a la puerta. También era de todos conocido el afecto que se profesaban Trixie y Jim, y Honey aprovechaba la menor oportunidad para alentarlo.

—¿Qué te tiene tan callada, Trixie? —preguntó Jim al cabo de recorrer unas cuantas manzanas en silencio.

Trixie se sintió culpable, al ver que se encontraba muy lejos de allí, dándole vueltas a lo de Nick Roberts. Pensó brevemente sobre la conveniencia de contarles a Jim y a Honey lo que acababa de ver en el corredor desierto, pero enseguida decidió no hacerlo.

No quiero correr el riesgo de que todo el mundo se vuelva contra Nick —se dijo— *y puede que hasta contra la idea del bicitón.*

—Creo que estoy cansadísima —dijo en voz alta—. Y tú también lo estarías, Jim, si hubieses tenido que explicar lo del bicitón una y mil veces.

—Es verdad que fue agotador —dijo Honey—. Hubo veces que terminaba de explicar a alguien con gran detalle cómo había que utilizar las tarjetas cuando algún otro se acercaba a la mesa y decía «¿Qué es esto?». Casi estuve a punto de gritar.

—Yo tuve un par de experiencias parecidas con los carteles —dijo Jim—. A lo mejor entraba en una tienda, y el dependiente me decía «¿En qué puedo ayudarte?», y yo le contaba lo de los carteles y lo del bicitón, y entonces, cuando ya lo había explicado todo, iba y me decía «Tendrás que hablar con el dueño». Era como para morirse, sí.

Trixie asintió, pero ya no estaba allí; de nuevo pensaba en Nick.

Cuando Jim paró frente a la casa de los Belden, Trixie se volvió a Honey y le dijo:

—Honey, ¿por qué no te quedas a cenar y pasas la noche? ¡Hace siglos que no te quedas a dormir!

Honey vaciló, consciente de que ese tipo de fiestas espontáneas que las dos improvisaban en el dormitorio cuando se quedaban juntas no eran muy bien recibidas por los padres de ninguna de las dos.

—Adelante, Honey —dijo Jim—. Yo lo arreglaré todo con la señorita Trask. Sé que tenéis un montón de cosas que deciros, vosotras dos.

El tono de Jim parecía casual, pero Trixie se dio cuenta de que Jim había intuido algo de la discusión que habían tenido Honey y ella y que entendía que les hiciera falta pasar un rato juntas conversando.

—¡Gracias, Jim! —dijo Trixie con franqueza—. ¡Vamos, Honey, ven conmigo!

—Me parece muy bien, cariño —dijo la señora Belden—. En realidad, con lo tarde que habéis vuelto a casa todos del colegio, me vendrá bien contar con un par de manos extra para poner la mesa antes de que llegue tu padre.

—¡Guau, es verdad! Esta noche vuelve papá de su viaje de negocios. ¡Estoy deseando verle! Honey, vamos arriba deprisa a cambiarnos de ropa. ¡Ahora mismo venimos, mamá! —le prometió Trixie, saliendo de la cocina como una exhalación.

—Oye, Trixie —dijo Honey, tratando de alcanzarla—. ¡Creí que estabas «cansadísima»!

Trixie se echó a reír.

—Supongo que el aroma del asado de mamá me ha devuelto la energía.

En la habitación de Trixie, las dos se cambiaron de ropa; Trixie prestó a Honey unos pantalones vaqueros y una camiseta.

—¿Sabes, Trixie? Nuestras familias no son tan distintas, al fin y al cabo. Por lo menos, en las dos casas nos cambiamos de ropa para la cena.

—Cierto —reconoció Trixie—. ¡Salvo que en tu casa hay que ponerse un vestido, y aquí hay que quitárselo!

—Creo que me gusta vuestro estilo —confesó Honey. Las cenas

en casa de los Wheeler, con candelabro y con Celia Delanoy, la doncella, sirviendo la comida, nunca eran tan divertidas como las que celebraba el ruidoso clan de los Belden—. Hablando de ropa, Trixie —continuó Honey—. Tendré que ir a casa después de la cena a por un vestido, para ir mañana al colegio.

—No hace falta, Honey —le dijo Trixie—. ¿Te acuerdas de hace dos semanas, cuando viniste aquí después de clase? Te pusiste mi ropa y cogiste la bici de Brian para poder salir de paseo conmigo. Bueno, pues te dejaste aquí tu vestido, y, gracias a mamá, lo tengo lavado y planchado en mi armario.

—Oh, Trixie, por si tu madre no tuviera bastante con vosotros. Recuérdame que le dé las gracias por ello cuando bajemos —dijo Honey.

—Estoy segura de que ella no pondrá reparos para darte un poco de trabajo esta noche, ayudándola con la cena —dijo su amiga, tranquilizándola—. Vamos.

Abajo, la señora Belden distribuyó las faenas entre sus ayudantes «espontáneos». Honey se encargó de preparar a Bobby para la cena, cosa que agradecían las dos chicas. Honey adoraba al traviesísimo chiquillo, y es que echaba de menos el no tener hermanos pequeños. En cuanto a Trixie, bueno… ni que decir tiene que era la que salía más beneficiada con el arreglo.

Justo en el momento en que Honey bajaba con un Bobby resplandeciente, distinto del que había subido, se abría la puerta principal y entraba el señor Belden. La familia se agolpó a su alrededor, y él repartió besos entre la señora Belden, Trixie y Bobby, y abrazos entre Brian, Mart y Honey.

—Qué bien se está en casa —dijo—. Especialmente cuando mi olfato me dice que llego justo a tiempo para disfrutar de uno de los más famosos manjares de mi esposa.

—En efecto —dijo Trixie—. Y la mesa también está lista. A sentarse todo el mundo. Yo sacaré la comida.

Cuando ya todos se habían sentado a la mesa y habían empezado a comer, Bobby lanzó una mirada acusadora a Trixie.

—Honey me ha lavado la cara, Trixie —dijo—. Y no me ha hecho ningún daño. Y tampoco me hizo prometer que me comería una zanahoria entera.

—¡Ah! —exclamó Trixie—. ¡Zanahorias! Papá, ¿qué sabes tú de

los marcos alemanes?

A pesar de que al señor Belden no le sorprendían lo más mínimo los repentinos cambios de tema de su hija, no pudo menos que quedar algo confuso.

—El marco alemán es la moneda de Alemania, Trixie. De Alemania Occidental, debo añadir. Es una moneda muy fuerte y muy estable, ahora mismo, lo que significa que al cambio salen más dólares que marcos. Pero no entiendo qué tiene que ver un marco alemán con una zanahoria.

Trixie empezó por el principio, contando a su padre que había encontrado el billete de cincuenta marcos en la Carretera del Viejo Telégrafo y que se lo había regalado a Bobby como recompensa por haberse comido «una zanahoria entera».

—Brian mencionó haber leído un artículo sobre el marco alemán en una de tus revistas, papá —dijo Trixie—. ¿Recuerdas de qué se trataba?

El señor Belden atendió con interés a la explicación de Trixie y respondió:

—Y tanto que me acuerdo. Quisiera ver ese billete, si es posible.

—Yo te lo enseño, papá. Está en mi colección —dijo Bobby, y se levantó de un salto de la mesa y fue corriendo a su cuarto.

El señor Belden bajó la voz para que Bobby no pudiera oírle.

—El artículo hablaba de falsificaciones, Trixie. Como el dinero alemán tiene tanto valor hoy en día, se ha convertido en el favorito de los falsificadores. Se dedican a sacar billetes de bastante valor, como ése de cincuenta marcos, y lo meten entre otros menos valiosos, y entonces lo cambian en algún Banco por dólares. Como los Bancos cambian tanto dinero a la gente que llega de Europa, no se suelen parar a examinar el dinero. El artículo se escribió para informar a los banqueros del problema y para enseñarnos a identificar un billete falso.

—Aquí lo tienes, papá —dijo Bobby, sentándose a la mesa—. ¿Verdad que es bonito? Es mi pieza favorita de la colección.

El señor Belden tomó el billete y lo examinó durante unos segundos.

—Sí que es bonito, Bobby —le pasó el billete a Trixie—. Míralo bien. ¿Ves esta franja gris que atraviesa la parte izquierda del billete? En el billete de verdad, está hecha de platino. Lo ponen en

el papel para dificultar la falsificación. En este billete, se han limitado a imprimir la franja con tinta gris. Lo que ocurre es que, como este tipo de papel sólo puede imprimirse por una cara cada vez, resulta muy complicado hacer que la franja coincida por los dos lados. Si sostienes el billete a la luz de una lámpara, verás que las dos franjas no coinciden exactamente.

En ese momento, Brian, Mart y Honey se habían apiñado en torno a Trixie, mirando por encima de su hombro al billete. Trixie sostuvo el billete bajo la luz de una lámpara, y pudo verse la sombra de la segunda franja transparentándose por la otra cara.

—¡Guau! —exclamó Trixie—. ¡Eso significa que el billete es falso!

—En efecto —confirmó Peter Belden—. Creo que eso explica por qué tiene los extremos carbonizados. El falsificador se dio cuenta de que no podría hacer pasar el billete como verdadero, y trató de quemarlo… seguramente al mismo tiempo que un montón de billetes defectuosos. Éste, de alguna forma, se libró de la hoguera.

—¡Vamos a llamar a la policía! —dijo Trixie, saltando de su silla con tal ímpetu que por poco se da de bruces con Mart, que estaba a su espalda.

—Obviamente, es preciso notificar el caso a la policía —dijo el señor Belden—. Brian te puede llevar a la comisaría mañana por la mañana, antes de las clases. Ahora mismo, tienes otras obligaciones, como son los platos y los deberes, por ese orden.

—Oh, mamá —dijo Trixie con desaliento. Pero no siguió adelante con sus protestas, porque la expresión de su madre tenía puesto un cartel que decía en letras luminosas «No digas tonterías», y que significaba que no iba a entablarse ninguna negociación de amnistía.

Vale, esperaré hasta mañana —pensó—, *pero luego no me echéis la culpa si exploto de repente por la emoción, antes de que llegue esa hora.*

Ya en el dormitorio de Trixie, una vez que terminó con los platos y los deberes, Honey procuró distraerla hablando del bicitón.

—Me parece que va a ser todo un éxito, ¿no crees, Trixie?

—Ah, sí, seguro que sí, Honey —replicó Trixie—. Yo temía que tuviésemos que montar el puesto para que la gente se apuntara varios días, pero ahora veo que con dos días ya no daremos abasto

para las inscripciones. Los chicos de Sleepyside son muy buenas personas, ¿verdad?

Para asombro de Trixie, su amiga rompió a llorar.

—No todos son buenos, Trixie. Los hay despreciables, y ya sabes a quién me refiero. Cuando Ben y su pandilla se pusieron a meterse contigo de esa manera, hubiese querido que me tragara la tierra. Tengo mucho miedo, Trixie. He tratado de ocultarlo, pero Ben ha cambiado muchísimo. Antes no era más que un bromista, pero ahora… Ahora se ha vuelto tan duro que parece que se le haya formado un callo en el corazón. Sé que está a punto de meterse en algo gordo. Y todo es por mi culpa, Trixie. Procuro estar simpática y pasar mucho tiempo con él, pero sé que él lee en mis ojos que no le quiero, y eso le pone aún peor —a Honey se le quebró la voz, se echó las manos a la cara y lloró.

—Tú no tienes la culpa, Honey —dijo su amiga con dulzura—. Si alguien pudiera cambiar a Ben, serías tú, que eres muy comprensiva. Pero hay personas que rechazan cualquier tipo de ayuda. Lo mismo pasa con Nick Roberts.

Por primera vez, Trixie confió a Honey todos los detalles del extraño comportamiento de Nick, empezando por lo de negarse a hacer los carteles y terminando por lo de arrancar de la pared uno de ellos, en el colegio. También le contó lo que el señor Crider le había dicho sobre las desgracias que amenazaban la felicidad de la familia de Nick.

—He intentado ser paciente con él por eso, igual que tú te has mostrado tolerante con Ben. Sin embargo, no puedo evitar pensar que toda la comprensión que siento hacia Nick, que es por lo que me metí en esto del bicitón, cae en un pozo sin fondo.

Las penas de Trixie hicieron a Honey olvidarse de las suyas, y ahora le tocó a ella reconfortar a su amiga.

—Eso de que cae en un pozo sin fondo no es verdad, Trixie. El bicitón es para todo el Departamento de Arte, no sólo para Nick Roberts. Piensa en lo agradecida que estará Amy Morrisey si sacamos bastante dinero para comprar un torno nuevo, para que ella pueda practicar cuanto le haga falta para ser una buena alfarera.

—Sé que tienes razón, Honey —admitió Trixie—. Pero resulta tan difícil no deprimirse con estas cosas… Aquí me tienes;

supuestamente soy una experta en resolver misterios. En este momento estoy rodeada de gente que se comporta de un modo misterioso, y no tengo ni idea de por qué.

—¿Y quién está haciendo cosas raras además de Nick y de Ben? —preguntó Honey.

—Bueno, pues fíjate en Mart, por ejemplo. Ya sabes que siempre está metiéndose conmigo. Pues la otra noche, cuando yo estaba tan triste por la pelea que habíamos tenido, vino y fue un sol. Desde que nos reconciliamos tú y yo no me ha gastado ni una sola broma. Y eso no es normal en él.

—Si te pones así, ¿qué hay de mí? ¿No te parece bastante intrigante el que me fuera y dejara la ventana del cobertizo abierta y todos esos materiales sin guardar? —prosiguió Trixie—. Y encima, ni siquiera puedo recordar haberlo hecho.

Honey dio un abrazo cariñoso a Trixie y repuso:

—Todo eso no tiene tanto misterio. Mart te quiere, aunque procure ocultarlo. Es muy natural que si ve que estás triste quiera ayudarte. Y ya nos imaginamos que si dejaste el cobertizo así fue porque estabas disgustada por nuestra discusión.

—Ah, sí que lo estaba, Honey —dijo Trixie—. Aunque no llegara nunca a entender a Nick Roberts o a Ben Riker, no me sentiría ni la mitad de mal que cuando creí que nunca más seríamos amigas. ¡Que nunca, nunca, nos peleemos otra vez!

Honey sonrió.

—Después de la charla que me has dado sobre lo difícil que es entender a las personas, deberías imaginarte que es imposible garantizar que nunca, nunca, nos vayamos a pelear. Pero te prometo que al menos intentaré no enfadarme contigo. Aunque —añadió—, si no duermo lo suficiente, mañana por la mañana me levantaré con el humor de un gato montés. Sólo existe un modo de prevenir eso. Buenas noches, Trixie.

—Buenas noches, Honey —dijo Trixie, apagando la luz.

Mientras el sueño se apoderaba de ella, volvió a pensar en ese billete falsificado y en la visita que haría a la comisaría a la mañana siguiente. No pudo dejar de preguntarse si estaría a punto de verse envuelta en otro misterio… uno más fácil de resolver que el del comportamiento de Nick Roberts y Ben Riker.

Sospechosas coincidencias • 10

En el colegio, a la mañana siguiente, Trixie rememoró la decepcionante entrevista que había tenido con el sargento Molinson.

El sargento había confirmado la opinión de su padre de que el billete era falso. Le agradeció el habérselo traído y la felicitó por su «ojo de halcón» al haber distinguido el billete contra el seto.

Pero cuando Trixie le preguntó con ansiedad si eso significaba que había una banda de falsificadores operando en Sleepyside, el sargento Molinson respondió aconsejándole abiertamente que no se metiera en ese asunto.

—La falsificación es un crimen federal, Trixie —había dicho—. Eso quiere decir que la gente implicada en ese negocio puede estar desesperada… y eso es demasiado peligroso para que un detective aficionado se inmiscuya en el asunto, por muchos éxitos que haya tenido en el pasado.

—Además, el haber encontrado el billete en la Carretera del Viejo Telégrafo no es la pista ideal para averiguar de dónde procede. Los vientos primaverales, en esta parte del país, podrían arrastrar un papelito como ése a lo largo de millas de distancia. O también es posible que se haya caído de algún camión que los falsificadores estuvieran usando para llevar un saco de dinero a algún escondrijo, para dejarlo allí.

—De todas formas, lo notificaré a los oficiales encargados de esta investigación, y les haré saber quién trajo el billete. A lo mejor recibes una carta de felicitación cuando se solucione el caso, y quiero que tu colaboración en este asunto termine cuando salgas por esa puerta.

Entonces me lanzó esa mirada dura y fría que suele echar —recordó Trixie—. *Y me figuro que ahí acaba todo. Algún otro*

tendrá que seguirles la pista a esos falsificadores, mientras yo me ocupo del bicitón y de mis deberes de matemáticas.

Por la tarde, Di, Honey y Trixie salieron de la escuela juntas. Durante el paseo, Trixie informó a Di sobre el descubrimiento del billete falso y de su encuentro con el sargento Molinson.

—Tiene razón, ¿sabes, Trixie? —advirtió Di—. Esa gente iría a dar con sus huesos en la cárcel si los cogen, y tardarán en salir. No quisiera estar en la piel del que los capture. Aunque —añadió— en este momento creo que preferiría enfrentarme a una banda de falsificadores antes que visitar a mi dentista, que es lo que me toca hacer. El dolor de muelas que me obligó a quedarme en casa el lunes no ha mejorado apenas, así que mi madre le pidió hora.

—Entonces por eso no viniste en autobús esta mañana —dijo Honey—. Te trajeron en coche a la ciudad.

—No exactamente —explicó Di—. En realidad, vine con la bici. Hacía una mañana tan hermosa… y, además, creí que estaría bien que yo, siendo una de las organizadoras del bicitón, predicase con el ejemplo.

—Deberíamos imitarte todos —dijo Trixie—. Lo malo es que ya llego con el tiempo justo al autobús, por la mañana. Con la bicicleta llegaría siempre tarde.

—Hablando del autobús escolar —dijo Honey—, por allí viene. Tendremos que correr si queremos cogerlo. ¡Buena suerte con el dentista, Di!

Cuando se sentaron, Honey y Trixie reanudaron el tema de conversación más frecuente en esos últimos días: el bicitón.

—Pasado mañana faltará una semana, Honey —calculó Trixie—. Eso no es mucho tiempo.



A Honey le hizo gracia esa forma tan peculiar que su amiga tenía de contar los días.

—Piénsalo de esta otra manera: ¡el lunes hará una semana desde anteayer! Pero estás en lo cierto. Tiempo no nos sobra. Creo que tú y yo deberíamos ir al cobertizo esta noche, después de cenar, y asegurarnos de que tenemos las flechas necesarias. Hay unas cuantas, pero será mejor contarlas y después repasar la ruta mentalmente para ver cuántas nos harán falta.

—Buena idea, Honey. No me gustaría que nadie se perdiese. Piensa en el enfado de los corredores si se perdieran la hornada del señor Maypenny. ¡Guau! ¡Ya estamos en tu parada! Te veré esta noche en el cobertizo.

Durante la cena, Trixie relató a sus padres lo ocurrido en la comisaría esa mañana.

—Deberíais haber sido testigos del pesaroso semblante con el que Trixie recibió las advertencias de nuestra policía aconsejándole

que mantuviera su hocico de sabueso alejado de la escena de la investigación —recitó Mart—. Por favor, pásame los boniatos escarchados.

—Confío en que esta vez sigas el consejo del sargento, Trixie —dijo el señor Belden—. Él no lo hace por aguarte la fiesta, ¿sabes? Le preocupa seriamente que te pases algún día en el curso de tu trabajo de detective.

—Bah, ya lo sé —le dijo Trixie a su padre—. Lo que pasa es que ni siquiera me deja enterarme de lo que sucede. Al final voy a tener que leer la solución del caso de la falsificación de billetes en el periódico, a la vez que todo el mundo.

—Estoy convencido de que estaría dispuesto a darte más datos —dijo Brian— si no le hubiéramos dado motivos de sobra para creer que aprovecharíamos esa información para hundirnos hasta las cejas en otro misterio. De cualquier forma, me alegro de que sea la policía la que se ocupe de éste, en particular. Parece demasiado peligroso para mi gusto.

—Yo también «m'alegraría» si me devolviesen mi «sopesa», Trixie —dijo el infeliz Bobby—. ¿Va a quedarse el sargento Molinson con mi «sopesa» para siempre?

—Me temo que sí, Bobby. Fuiste muy bueno al dejarme que llevara tu sorpresa a la policía, eso hay que reconocerlo. Me pidió por favor que no olvidara darte las gracias en nombre del Departamento de Policía.

—¿En serio, Trixie? —dijo Bobby con un brillo en sus ojos—. Eso significa que yo he ayudado a resolver un misterio, ¿no?

—Oh, no —protestó Mart—. Parece que los Belden tienen otro aprendiz de detective en su seno. ¡Qué va a ser de nosotros!

Todos rieron ante la fingida desesperación de Mart, y el resto de la conversación de sobremesa se desvió hacia otros temas, como qué convenía plantar esa primavera en el huerto de los Belden.

En el cobertizo, aquella noche, Trixie se sorprendió al ver cuántas flechas tenían ya listas.

—¡Menuda paliza debiste pegarte la otra noche, Honey! ¡Pero si aquí hay más de veinte flechas! No creo que vayamos a necesitar más.

—¿Pero qué dices, Trixie? La mayoría de esas flechas las hiciste tú. Después de tirar la que estaba estropeada por la pintura, aún

quedaba un montón. No las conté exactamente, pero estoy segura de que había más de la mitad del total.

Trixie sacudió la cabeza.

—Parece que aquel día tenía un mareo encima que no me aclaraba. Hubiera jurado que no acabé más de cinco o seis flechas. No recuerdo haber hecho tantas, como tampoco recuerdo haber dejado la ventana abierta o el bote de pintura sin cerrar.

Trixie y Honey estaban todavía reflexionando sobre el tema de las flechas, cuando la puerta del cobertizo se abrió y entró Di Lynch.

—¡Ay, hola! —dijo Trixie—. Llegas justo a tiempo. Nosotras… —Trixie calló al ver la expresión aturdida de Di—. ¿Algo anda mal? —preguntó.

—Intenté comunicarme con vosotras dos, pero Jim y Mart, que se pusieron al teléfono, dijeron que habíais venido aquí a trabajar. Esta tarde me ha pasado una cosa terrible, terrible.

—¿Qué? —preguntó Trixie.

Honey observó la palidez del rostro de Di y le acercó una silla.

—Ten, Di, siéntate. Parece como si fueras a desmayarte.

—Gracias, Honey —dijo Di, sentándose a la mesa—. En primer lugar, mi visita al dentista fue horrorosa. Tenía una caries que me dolía como si me llegara hasta los sesos, conque ya no las tenía todas conmigo cuando salí de la clínica. Se me ocurrió que me sentaría bien ir paseando a casa, tomándomelo con calma.

—¿Pero qué sucedió? —repitió Trixie con impaciencia.

—Cuando fui a coger la bici, vi que me habían rajado las dos ruedas… ¡eso es lo que ha pasado! —exclamó Di—. ¡Mi bici nueva!

—Quieres decir que estaban deshinchadas. Lo más probable es que se te olvidara poner las capuchas de las válvulas, y…

—No, Trixie, ¡las habían rajado! ¡Hechas trizas! Y ahí me tenéis a mí, con la boca medio dormida aún por la anestesia, plantada como una boba ante mi bici nuevecita, con los neumáticos destrozados, y pensé «¿Quién tiene motivos para hacerme una cosa así?». ¡Fue terrible!

—¡Bestias! —murmuró Trixie—. Esta clase de cosas no pasaban nunca en Sleepyside.

—¿Cómo llegaste a casa, Di? —preguntó Honey—. ¿Tuviste que llamar a tus padres para que fueran a por ti?

—No —respondió Di—. En eso por lo menos tuve suerte. Ya iba a hacerlo, sabiendo que se pondrían como locos, porque no les había hecho ninguna gracia que viniese hoy con la bici cuando, al buscar un centavo en el bolso para hacer la llamada, Ben Riker pasó por allí y me preguntó si quería que me llevara. Le conté lo que había ocurrido, y subió la bici a su coche… quiero decir, al coche del señor Wheeler, y me llevó a casa.

—¿Verdad que fue una coincidencia afortunada? —concluyó Di con alivio.

—No sé, no sé —dijo Honey en voz baja.

Trixie y Di la miraron asombradas.

—Bueno, Honey, para mí, desde luego, fue una verdadera suerte —protestó Di—. De lo contrario, no sé cómo…

—No dudo que fuese una suerte, Di —dijo Honey—. Sólo dudaba que fuese una coincidencia.

Al ver que las otras la miraban alarmadas, Honey añadió con voz lastimera:

—Bah, ¿no lo veis? ¿Qué pasa si fueron esos amigos de Ben los que te rajaron las ruedas? Ése es justo el tipo de broma estúpida que a ellos les puede parecer graciosa. ¿Qué pasa si Ben lo hizo con ellos y luego cambió de parecer… o tuviera remordimientos por tratarse de la bici de Di… y regresó con el coche, esperó en la esquina hasta ver que Di salía del dentista, arrancó y se ofreció para llevarla, fingiendo no saber nada de lo ocurrido?

—Ya veo adonde quieres ir a parar —dijo Trixie pensativamente.

—Venga, Honey, no seas tonta —dijo Di—. Ben no haría una cosa como ésa. Estoy segura de que no fue más que una coincidencia, tal y como dijo Nick Roberts.

—¿Nick Roberts? ¿Y qué tiene que ver Nick Roberts con todo esto? —preguntó Trixie bruscamente.

—Ah, se me olvidó contaros eso —prosiguió Di—. Nick andaba por allí, por donde dejamos las bicis, cuando salí de la clínica del dentista. Parece que cuando iba hacia su casa vio las ruedas destrozadas y se quedó preguntándose de quién sería la bici cuando yo me acerqué.

—Creo que con eso Ben ha dejado de ser sospechoso —dijo Trixie, aprovechando la ocasión para contar a Di cómo había visto arrancar ese cartel de la pared—. Por alguna razón… que no

alcanzo a entender… a Nick Roberts le molesta muchísimo la idea del bicitón, Di. Pondría la mano en el fuego a que Nick sabía perfectamente a quién pertenecía la bici. Tiene que saber que tú estás metida en la organización del bicitón. Cualesquiera que fuesen los motivos que le impulsaron a arrancar el cartel, le hicieron rajarte las ruedas de la bici. Estoy segura. Lo más probable es que estuvieses a punto de pillarle al salir de la clínica del dentista.

—Parece lógico —admitió Honey—. Bueno, si es que tiene alguna lógica cometer dos actos irracionales consecutivos. Ojalá estuviera tan convencida como tú de que tu teoría aparta a Ben de toda sospecha. Ben y sus amigos estuvieron burlándose del bicitón el otro día, en el colegio, ¿os acordáis? ¿Creéis que no habrán decidido boicotearlo?

—Pues a mí me da la impresión de que ninguna de las dos teorías tiene sentido —opinó Di Lynch—. Creo que estáis haciendo una bobada, intentando sacar conclusiones que no llevan a ninguna parte. Es posible que Ben Riker y Nick Roberts hagan cosas raras de vez en cuando, pero no creo que ninguno de los dos hiciera deliberadamente algo tan terrible como rajarme los neumáticos de la bici. Ese cartel que Nick Roberts rompió no era más que un trozo de papel, nada más… no se puede comparar con las dos ruedas de una bici. Y Ben y sus amigotes son unos bocazas, pero hasta ahora todavía no les hemos visto hacer nada malo.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Trixie.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Honey.

—No tenemos por qué hacer nada —intervino Di con firmeza—. Si contáis a alguien lo que sospecháis, y llega a oídos de Nick o de Ben, os vais a perjudicar vosotras y los demás. Más nos valdría esperar y ver qué pasa.

Honey y Trixie se miraron un momento, preguntándose si ocurriría algo aún peor si no decían nada. Las dos sabían, sin embargo, que no tenían ninguna prueba en la que basar sus sospechas.

—Di tiene razón, Honey —dijo al fin Trixie—. Todo lo que nos queda es esperar a ver qué pasa.

—Y espero que las dos estemos equivocadas —añadió Honey con cierto temor.

En casa de la señora Vanderpoel • 11

El sábado por la tarde, cuando los Belden terminaron sus obligaciones semanales, Jim y Honey pasaron a recoger a sus amigos con la furgoneta para recorrer otra vez la ruta y decidir dónde había que poner las flechas que indicaban la dirección que habían de seguir.

Di Lynch se había ido de compras con su madre, y Dan Mangan estaba ayudando al señor Maypenny a patrullar por la reserva forestal. De todos modos, todos los Bob-Whites habían quedado en encontrarse en el cobertizo esa noche para ultimar sus planes sobre el bicitón.

Honey había traído una libreta y un lápiz para apuntar los lugares donde pondrían las señales.

—Creo que el modo más sencillo de hacerlo será siguiendo las lecturas del odómetro —sugirió Jim.

—¿Qué es eso de leer el odómetro? —preguntó Trixie.

—Para información de aquellos Bob-Whites que no estén familiarizados con la mecánica del automóvil, diré que el odómetro es el número que aparece por encima de la columna de dirección, que indica el kilometraje —explicó Mart—. Lo que Jim quiere decir es que Honey debería anotar la distancia exacta a la que se encuentra cada punto en el que queramos poner una flecha.

—Eso es —dijo Jim—. Cuando doblamos por Glen Road, saliendo de casa de los Belden, los últimos números del odómetro eran

31 602

. Anota eso, Honey. Todo lo que hay que hacer es anotar el número que aparezca en los sitios que escojamos, y luego recorrer la misma distancia entre parada y parada cuando pongamos las señales.

—Eso es más fácil —reconoció Honey—. Creí que iba a tener

que recurrir a un código complicadísimo, como «el tercer árbol a partir del cuarto buzón, contando desde la esquina», o algo por el estilo.

—Yo pensaba que utilizaríamos las señales de los leñadores —dijo Trixie—, esas que Jim nos enseñó cuando lo conocimos (unas ramas dobladas, o un montón de piedras…).

—Sí, cosas que sólo veríamos si bajáramos del coche y recorriésemos a pie toda la ruta —concluyó Brian—. Tu método es mucho más romántico, Trixie, pero el de Jim es, desde luego, más práctico.

—Ya hemos llegado a la primera parada, chicos —dijo Jim—. De aquí saldrán los corredores el sábado por la mañana; del aparcamiento de la escuela —leyó lo que marcaba el cuentakilómetros a Honey, y ésta lo apuntó en su libreta.

Jim siguió conduciendo muy despacio; salieron de la ciudad y se metieron por la Carretera del Viejo Telégrafo, buscando aquellos puntos desde los cuales pudieran verse las flechas fácilmente por los corredores.

—¿No fue por aquí por donde encontraste el billete de cincuenta marcos, Trixie? —preguntó Honey.

—Justo allí, en aquel seto —dijo Trixie señalando el lugar.

—¿Te ha dicho el sargento Molinson si ha cogido ya a los falsificadores, Trixie? —preguntó Jim.

Trixie arrugó la nariz.

—No, lo que probablemente signifique que siguen haciendo de las suyas. Ojalá pudiera hacer algo. Si el sargento Molinson no me hubiese quitado el billete, podría mostrárselo a la gente de los alrededores y preguntarles si habían visto algún otro como aquél. De ese modo…

—De este modo sólo conseguirías espantar a los falsificadores, que harían las maletas tan tranquilos y se largarían a operar a alguna otra zona. No conoces el mercado internacional del dinero lo suficiente como para llevar este caso. Y tampoco ninguno de nosotros —dijo Brian.

—Supongo que tienes razón, Brian —dijo Trixie—. Yo pensé, al ver que en el periódico no venía ningún artículo sobre el billete, que nadie estaba trabajando en serio en el caso. Ni se me pasó por la cabeza que el sargento Molinson pudiera tener razones para

llevar este caso con sigilo. Me imagino que todavía tengo mucho que aprender en esto de las investigaciones. ¿Pero cómo voy a aprender si todo lo que me dicen es «no te metas en esto»?

Honey había seguido copiando las lecturas del cuentakilómetros mientras Trixie hablaba. Ahora levantó la vista del cuaderno y se volvió para mirarla a ella, que estaba en el asiento de atrás, con un brillo extraño en los ojos.

—¡Claro, Trix! —dijo—. Apuesto a que esos falsificadores tienen su guarida en la casa abandonada que compró papá. Apuesto a que, si quitásemos el contrachapado de puertas y ventanas, nos encontraríamos con montones de billetes falsos allí dentro.

Todos rieron, menos Trixie, que sacudió la cabeza, muy seria de repente.

—Ya pensé en ello, Honey. Después de todo, el seto donde encontré ese dinero falso está justo enfrente de la casa abandonada, en la carretera. Pero antes de ver el billete estuve estudiando la casa por todos los lados. Está tan sellada como un tambor. Yo no apostaría.

—Ay, Trixie, pero si sólo estaba bromeando —dijo Honey—. El sentido del humor te falla en cuanto se trata de misterios.

—Ya casi estamos en casa de la señora Vanderpoel —dijo Jim, cambiando de tema para evitar que sacaran a relucir lo en serio que se tomaba Trixie todo lo relacionado con los misterios—. ¿Paramos a decir hola?

—¡Sí, sí, vamos a parar! —exclamó Honey—. No la he visto desde hace siglos.

—Además —añadió Mart—, la carretera hasta su casa sigue un camino tan tortuoso que más nos valdría poner una flecha cada tres metros, si no queremos que alguien se pierda.

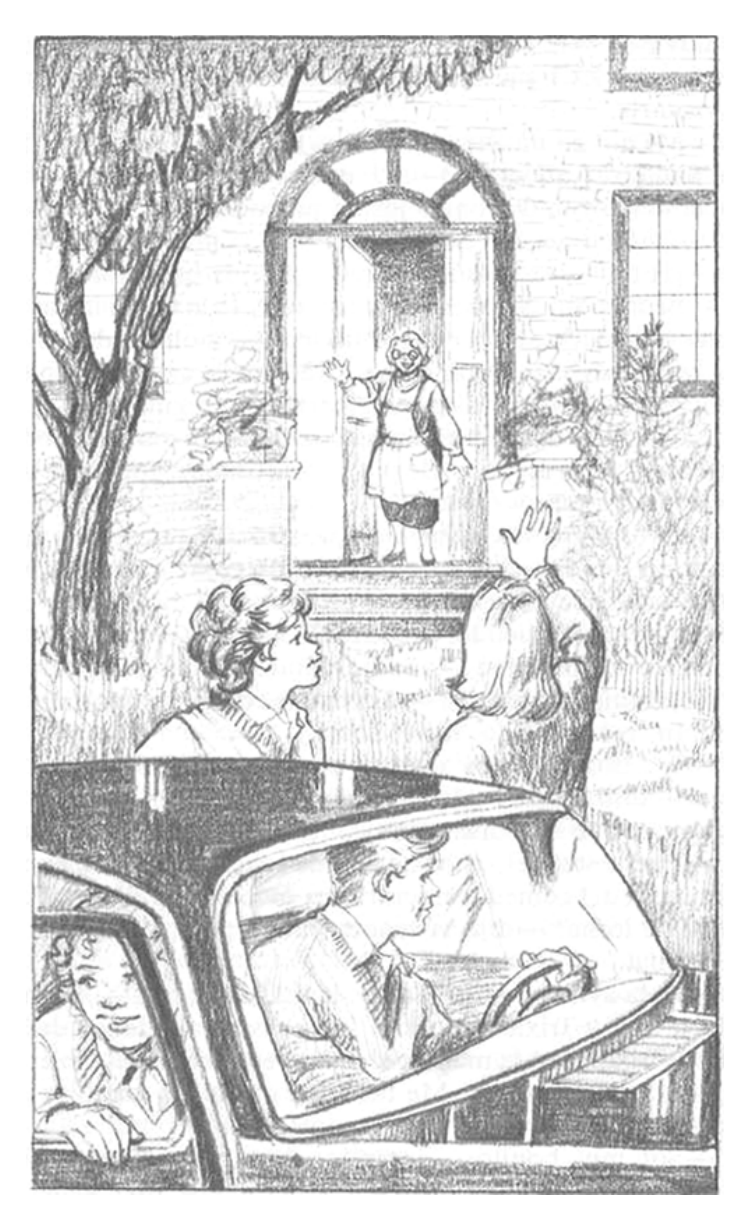
—O crea que se ha perdido —añadió Brian—. Es casi imposible perderse, ya que ésta es la única carretera, aunque a lo largo de una milla parece que ha sido trazada por el capricho de algún loco.

Como para subrayar las palabras de Brian, en el sendero apareció una curva brusca, luego otra. Jim levantó el pie del acelerador, y la furgoneta fue a paso de tortuga; así pudo concentrarse en la carretera y leerle a Honey la cifra del cuentakilómetros al final de cada curva.

En una de ellas, que casi daba la vuelta completa, los Bob-

Whites vieron la hermosa casa de ladrillo donde vivía la señora Vanderpoel. Jim apagó el motor del vehículo al acercarse. Cuando el último eco del ruido del motor se perdió tras rebotar de árbol en árbol, la señora Vanderpoel apareció en la puerta principal de su casa.

—Me pareció oír un coche viniendo por la carretera —les dijo—. Es un sonido tan raro aquí que no pude menos que oírlo. ¡Pasad, pasad!



Los Bob-Whites entraron en la casa, y Jim explicó qué era lo que les traía por allí, y que habían decidido parar a visitarla.

—Me alegro muchísimo de que lo hayáis hecho —le dijo la señora Vanderpoel—. Lo que son las cosas, acabo de sacar del horno dos bandejas de galletas de harina de avena. ¿Qué tal andáis de apetito?

—¡Hum! —exclamó Honey—. ¡Mejor que nunca!

—Señora Vanderpoel, nunca he sufrido la desventura de venir a visitarla sin que usted tuviera un montón de galletas recién hechas esperándome. ¿Se trata de un caso de percepción extrasensorial por su parte? —preguntó Mart.

La anciana se echó a reír, y el azul de sus ojos se volvió brillante, y sus mejillas, de por sí sonrosadas, cobraron un tono más intenso.

—Oye, Mart, no vayas a empezar a ahogarme con tus palabras de veinticinco centavos —dijo contentísima—. Yo no sé nada de esa extranosequé, como tú dices, pero de galletas sí que entiendo. Me encanta hacerlas, y me encanta comérmelas también —añadió dándose unas palmaditas en la prominente barriga—. Entre unas cosas y otras, nunca sobran, así que sigo haciéndolas.

—Y a nosotros nos alegra que así sea, señora Vanderpoel —dijo Trixie—. Lo que Mart quiere decir es que le agradece que sus galletas vayan a parar a su estómago.

—Pues entonces, ¿por qué no os sentáis todos en torno a la mesa del comedor mientras os saco unas galletas y un poco de leche? —dijo la señora Vanderpoel, yendo hacia la cocina.

—Yo la ayudo —dijo Honey, acompañándola—. Brian, Mart, Jim y Trixie ocuparon sus puestos alrededor de la mesa. Trixie pasó la mano por la madera pulida del tablero.

—Adoro esta mesa. Me fascinan todos los muebles de la señora Vanderpoel, ¿a vosotros no?

—Son muy bonitos —intervino Jim, mirando en torno suyo—. Han pertenecido a la familia Vanderpoel generación tras generación, y parece que con el uso van embelleciendo. En un museo, estoy seguro de que terminarían pudriéndose.

—Que Dios os bendiga —dijo la señora Vanderpoel, saliendo de la cocina con una bandeja repleta de galletas de harina de avena todavía calentitas—. Es cierto, esos muebles los hicieron en una época en la que la gente tenía un montón de niños y ningún dinero para cambiar de muebles cada vez que se les antojara. Los hicieron para que durasen. Eso es algo que los que se llaman a sí mismos expertos en antigüedades no parecen haber entendido —concluyó, y plantó la bandeja en la mesa con cierta violencia, como para demostrar que sus muebles aguantaban lo que les echaran.

Honey había seguido a la señora Vanderpoel con una bandeja llena de vasos de leche. Colocó un vaso delante de cada uno de sus amigos y se sentó.

—Ahora —dijo la señora Vanderpoel, presidiendo la mesa con su voluminosa figura—, contadme cómo va eso del bicitón.

—Los Bob-Whites miraron a su alrededor, esperando que algún otro empezara. Todos vieron cuatro pares de ojos expectantes y cuatro mandíbulas triturando con voracidad las galletas de harina de avena. Simultáneamente, los cinco Bob-Whites engulleron su primer bocado de galleta, y todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

Inmediatamente, se echaron a reír; Trixie dijo:

—No podrá conseguir mucha información de nosotros después de ponernos delante estas galletas tan deliciosas, señora Vanderpoel. Pero sí, el bicitón va sobre ruedas, hasta ahora.

Fueron explicando por turnos sus planes y el éxito del primer día de inscripción.

La señora Vanderpoel siguió todos los detalles con atención, asintiendo con la cabeza.

—Siempre he dicho que no hay nada que deje tan satisfecho como hacer algo con las propias manos. Eso vale para las obras de arte que vuestros amigos hacen en el colegio, pero también para estas galletas, o el ganchillo que hago en los meses de invierno. Por eso creo que el Departamento de Arte merece todo el dinero que necesite, y me alegro de poder ayudar a que eso sea así.

Impulsivamente, Trixie se levantó de la mesa y fue a abrazar a la señora Vanderpoel.

—Nunca he conocido una persona tan buena, señora Vanderpoel. Nadie se ofrece así como así para servir galletas a toda una comitiva de jóvenes un sábado por la tarde. De verdad que se lo agradecemos.

—Un brindis por la señora Vanderpoel —dijo Mart, alzando su vaso de leche.

—Por la señora Vanderpoel —dijeron los Bob-Whites a coro, levantando sus vasos.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas, pero replicó con brusquedad:

—¡Bah, qué tontería! Unas pocas galletas y una hora o así de mi

tiempo no son para tanto. Estoy contenta de poder ayudar. Hablando de galletas, iba a poneros unas cuantas en un bote para que se las llevéis a vuestros amigos, Diana Lynch y Dan Mangan, y al pequeño Bobby. Mejor será que lo haga ahora mismo —se levantó abruptamente y se metió en la cocina.

—Me temo que le hemos sacado los colores —susurró Honey, algo nerviosa.

Jim sacudió la cabeza.

—A ella le gusta, Honey. Estaba claro. Lo que pasa es que le ha emocionado ver que la queremos tanto. Y me alegra que lo hiciéramos.

—A mí también —dijo Trixie, conteniendo el aliento.

—Aquí tenéis —dijo la señora Vanderpoel con alegría, regresando al comedor con otra bandeja enorme de galletas, cubierta con papel de plata—. ¿Creéis que bastará con esto?

—Es usted muy generosa, señora Vanderpoel —dijo Brian, levantándose y cogiendo la bandeja—. Gracias, por adelantado, de parte de Dan, Di, y Bobby… Me temo que tenemos que irnos ya. Tenemos que reunirnos con Di y con Dan en el cobertizo.

—La veremos el sábado —dijo Trixie mientras se dirigían a la puerta.

—Nos aseguraremos de devolverle la bandeja entonces —añadió Mart—. Adiós.

—Aquí me tendréis, esperándoos —dijo la señora Vanderpoel—. ¡Adiós!

Di y Dan ya estaban en el cobertizo cuando llegaron los demás. Jim dejó que bajaran Honey, Mart y Brian.

—Llevaré la furgoneta a casa. De paso, traeré un poco de leche para tomar con las galletas. Trixie me acompañará —dijo.

Trixie se quedó mirándolo, sorprendida, pero no dijo nada. Honey le guiñó el ojo a su amiga mientras bajaba del vehículo.

Cuando volvían caminando al cobertizo, Jim dijo:

—No he tenido oportunidad de hablar contigo a solas, y sólo quería decirte lo contento que estoy de que Honey y tú hayáis hecho las paces.

De nuevo la expresión de Trixie al mirarlo reflejaba sorpresa.

—¿Cómo supiste…? —empezó.

—Ah, no, Honey no me dijo que os hubieseis peleado —dijo Jim

—. Aunque —entonces soltó una risita—, tuve la intuición de que algo la tema preocupada. Sobre todo cuando se puso a chillar «gooool» en el partido de baloncesto. Pero, ahora en serio, Trixie, sabía que algo andaba mal, y tuve el presentimiento de que Ben Riker estaba en el meollo del asunto —añadió dando un suspiro—. No puedo tomar partido, porque los Wheeler son ahora mi familia, y han hecho tanto por mí… Pero no apruebo la forma en que Ben actúa, y te agradezco que le aguantes lo que te hace.

Jim se detuvo y se volvió para mirar a Trixie a los ojos.

—Bueno, en todo caso me alegro de que Honey y tú volváis a ser las de siempre. Espero que no te dejes avasallar por Ben nunca más. No quiero que nada se interponga entre los Belden y los Wheeler… jamás.

—Yo… yo tampoco quiero eso, Jim —a Trixie le falló el habla—. No me di cuenta hasta el otro día, durante la inscripción, de lo que sufre Honey por culpa del comportamiento de Ben y de nuestra desaprobación. Ahora me resulta más fácil ser tolerante. Pero me alegra que entiendas cómo me siento. Significa… significa mucho para mí.

Jim sonrió.

—Te conozco muy bien, Trixie Belden… y lo que sé de ti me gusta —dijo—. Vamos a llevar esta leche al cobertizo mientras aún queden galletas con que acompañarla.

Trixie asintió con la cabeza; la sensación de felicidad le había hecho enmudecer.

De vuelta en el cobertizo, Trixie buscó un rincón, dejándose envolver por el rumor de las bromas de sus mejores amigos.

No puedo concebir a ninguno de nosotros más feliz de lo que somos aquí y ahora —pensó.

Al cabo de un rato, abandonó sus pensamientos y se unió a los demás con sus chanzas. Los Bob-Whites discutieron los planes del bicitón y dejaron ver las esperanzas que todos compartían de que todo saliera bien. Luego pasaron a hablar del final del curso y del principio del verano.

—Yo estoy que no vivo —gritó Di Lynch entusiasmada—. ¿Os imagináis…? Nadar, tomar el sol…

—Y cultivar el jardín —gruñó Mart, palpándose los riñones como si ya sintiese el dolor que le producía estar doblado tanto

tiempo sobre la azada.

—Ya hemos tenido un buen presagio para este verano —dijo Brian.

—¿Cuál? —preguntó Honey.

—Bueno, ya va haciendo tiempo desde la última vez que Trixie nos metió en uno de sus misterios. A lo mejor ya se le ha pasado esa época, y con suerte podremos pasar el verano divirtiéndonos, en lugar de esforzándonos por sacarla de algún lío.

Mart, Dan y Di se rieron, pero Trixie y Honey intercambiaron miradas llenas de complicidad, conscientes de que lo que ellas sospechaban de Ben y de Nick les ponía por delante dos misterios que resolver, por mucho que anduviesen diciéndose entre sí que no pasaba nada.

Y me habría puesto a trabajar en el caso de los falsificadores, también, de haber sabido por dónde empezar —pensó Trixie.

Al apartar su mirada de Honey, Trixie vio que Jim la estaba mirando a ella, y que le escudriñaba los ojos intentando leerle el pensamiento.

La tienda de los trofeos • 12

El lunes, Trixie ya andaba inquieta y distraída. Estaba en clase y no estaba; estaba en casa ayudando a su madre y no estaba; el bicitón la obsesionaba. Tenía muchas ganas de que empezara de una vez, tantas como de que acabara; así sabría cuánto dinero habían sacado.

No podía hacer gran cosa, de todos modos. El sábado, en el cobertizo, se había decidido que Trixie, Jim, y Brian se ocuparan de la primera parada, en la casa abandonada, donde comprobarían los nombres de los corredores y servirían refrescos. Di y Mart ayudarían al señor Maypenny.

Cuando los últimos ciclistas hubiesen salido de cada punto, los Bob-Whites que estuviesen allí acudirían a casa del señor Maypenny para poder estar todos juntos para la merienda.

Hasta entonces, no hay nada que hacer —pensó Trixie—, *salvo repartir tarjetas a la gente que me las pida en el colegio y volver a montar el puesto de inscripción el miércoles, para recogerlas*.

Cuando Trixie no tenía su mente ocupada en el bicitón, la tenía en el caso de los falsificadores, preguntándose qué pasos habría dado la policía para resolverlo. Se estrujaba los sesos buscando alguna forma lógica de enfocar el asunto, pero tuvo que admitir que era imposible. La única noticia que le llegó sobre el curso de las investigaciones se la dio su padre, cuando contó a su familia que la policía había interrogado a los empleados del Banco, preguntándoles si alguien había intentado cambiar dinero alemán. Nadie lo había hecho.

Brian tenía recados que hacer para su madre después de las clases, aquel lunes, y Trixie aprovechó la oportunidad para quedarse en la ciudad y mirar escaparates, esperando que eso la distrajese un poco.

—Nos vemos aquí dentro de una hora —le dijo Trixie cuando Brian estacionó el coche en un aparcamiento que había en la calle principal de la ciudad—. Procura no gastarte todo el dinero. Deja algo para las arcas de los Bob-Whites.

—Ya he pagado la cuota de este mes —le dijo Trixie—, además de la multa por haber perdido un botón de mi chaqueta del club en la última reunión. Eso significa que no me queda ni un centavo que gastar.

Honey hizo todas las chaquetas de los Bob-Whites en cuanto se formó el club. Había trabajado en ellas con cariño, tomándoles las medidas a sus amigos para que las cazadoras rojas les sentaran bien, y bordando las letras

B. W. G.

en la espalda de cada una de ellas. Los Bob-Whites vestían con orgullo sus chaquetas, y habían resuelto que, cada vez que alguno de ellos apareciera en público con la cazadora puesta y no estuviese impecable de pies a cabeza, tendría que pagar una multa de diez centavos al tesoro del club. Honey y Di, que se preocupaban de ir siempre arregladas, rara vez tuvieron que pagar una multa. Mart atacaba sus comidas con tal voracidad que a menudo se le apreciaban manchas en la chaqueta, recuerdos de su última hamburguesa con mostaza y salsa de tomate. Trixie, enemiga declarada del hilo y de la aguja, parecía víctima de algún duende travieso que le llenara de descosidos y le arrancara los botones. Jim, Brian y Dan ponían más empeño en seguir creciendo, hasta que las chaquetas les quedaban pequeñas, que en mantenerlas limpias y en perfecto estado. Honey ya les había alargado las mangas hasta donde era posible, a ellos tres, y había dicho a Trixie, en secreto, que una chaqueta nueva sería un buen regalo de Navidad para los chicos.

Trixie no pudo reprimir una risa ante la imagen de Jim, Brian y Dan estirándose las mangas.

Parece que las mangas les tienen tanta manía a ellos como a mí los botones —pensó.

Le hubiera gustado tener la misma afición y la misma destreza que Honey para la costura. Pero Trixie no dominaba ni el arte de coser un botón, de modo que la hermosura de bordados que hacía Honey quedaba bien fuera de su alcance.

Justo entonces pasó ante el almacén de telas, y se paró un momento a contemplar los colores que se iban a llevar esa temporada en primavera, tonos cálidos y brillantes. Era todo muy bonito, y Trixie pensó en los vestidos tan lindos que Honey podría hacerse con esas telas para la primavera y el verano.

Yo me volvería loca si tuviese que quedarme sentada el tiempo necesario para coser la falda más sencilla. Además, a Honey le sientan todas las cosas que hace como a una princesa, pero en cuanto me las pongo yo se llenan de arrugas o de manchas. Me figuro que por eso me llaman «Trixie, el chicote».

En esa misma calle, más abajo, Trixie llegó a la tienda de deportes. Allí se entretuvo un buen rato, fascinada con las tiendas de campaña y los sacos de dormir, con las resplandecientes bicicletas de carreras de diez marchas, y con los estantes bien surtidos de materiales de campaña. A todos los Bob-Whites les encantaba ir de *camping*, sobre todo desde que Jim les enseñó tantas cosas sobre el bosque y la naturaleza. La mayor parte de su equipo estaba gastado o lo habían hecho a mano, porque había reglas estrictas que les prohibían aceptar los carísimos regalos que el señor Wheeler hubiese estado dispuesto a hacerles. Los Bob-Whites siempre confiaban en que hubiera el suficiente dinero en las arcas del club como para comprar los materiales que necesitasen, pero siempre que conseguían ahorrar un poco encontraban alguna buena causa para la cual donarlo.

Trixie suspiró hondamente y siguió su camino. *Esto no me está animando mucho, que digamos* —pensó—, *aunque la verdad es que es muy distraído*.

Pronto dejó atrás la zona de las tiendas más finas y elegantes, y llegó a un área donde las tiendas eran más pequeñas y estaban peor abastecidas.

Miró algunos escaparates donde se exhibían instalaciones de cañerías y electrodomésticos de segunda mano. En otro escaparate, un zapatón descomunal servía de reclamo a la tienda del zapatero remendón. Trixie sonrió al verlo.

¡Imagínate lo que sería buscar a su dueño! —pensó—. *Sería como el cuento de Cenicienta, pero al revés. ¿Quién tiene un pie de la talla de ese zapato?*

En el siguiente escaparate, Trixie vio un montón de trofeos y de

cintas. Algunos de los trofeos tenían un objetivo muy determinado: había bolos, jugadores de béisbol, y hasta perros y gatos esculpidos sobre el soporte. Las copas, de todos los gustos y tamaños, podían servir de testimonio para cualquier hazaña. También había cintas de todos los colores, y varias teman unos lazos rebuscadísimos. Trixie se quedó mirándolos, imaginando los discursos con los que los campeones habrían de agradecer el premio.



¿Cuánto costarán? —se preguntó Trixie—. *Sería fantástico si pudiésemos dar algo a los corredores que lleguen al final de la ruta, o al menos a aquéllos que saquen más dinero con sus tarjetas. Sólo hay un modo de averiguarlo*.

Trixie abrió la puerta y entró. La tienda parecía desierta, pero una campanilla colgada en la puerta anunció al dueño la presencia de un posible cliente.

Nadie aparecía, y Trixie se distrajo mirando de cerca algunos trofeos que había dentro de la tienda y unas fotografías de gente entregando premios a varias personas.

Por fin salió un hombre de la parte de atrás de la tienda. Trixie vio que la decepción le ensombrecía el semblante al verla a ella sola. Obviamente, no la consideraba un cliente serio.

Y lo más probable es que tuviera razón. Las arcas de los Bob-Whites no están llenas, que digamos, pese a la cantidad de multas que nos toca pagar a Mart y a mí.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó el señor con más educación que esperanza en su voz.

—No estoy segura —confesó Trixie—. La verdad es que pasé por delante de su escaparate, y se me ocurrió que sería interesante comprar trofeos o cintas para una competición que estoy ayudando a organizar. ¿Son muy caros?

El hombre frunció el ceño, y su espalda, ya de por sí algo cargada, se dobló algo más. Parecía triste y cansado, y Trixie pudo imaginar la alegría pasajera que debió haber sentido al oír la campanilla de la puerta, y la desesperación que la había sustituido al salir y ver a una chica de catorce años, pelirroja y pecosa, queriendo comprar unas cuantas cintas baratas.

—Eso depende de lo que tú entiendas por caros —replicó el hombre. Se acercó a un estante de cristal que había en un rincón de la tienda y le enseñó una cinta de un color con las palabras «Primer lugar» bordadas, y añadió—: Esto es lo más barato que tengo. Tiene una tarjeta en el dorso donde puedes anotar la fecha, el nombre de tu organización y la razón del premio. Tenemos cintas para los cuatro primeros, y valen cincuenta centavos cada una.

Trixie escuchó con atención, calculando cuánto dinero les quedaría a los Bob-Whites en las arcas después de ese gasto.

De pronto algo en ese hombre que tenía al otro lado del mostrador la inquietó. De alguna manera, aunque no sabía muy bien por qué, le resultaba familiar. Lo miró con algo que podía considerarse como una impertinencia; entonces chasqueó los dedos y se acordó del nombre.

—¡Nick Roberts! —exclamó.

El hombre se quedó perplejo.

—Así me llamo, sí. ¿Te conozco de algo?

Trixie se sonrojó.

—Es verdad, lo había olvidado. También usted se llama Nick Roberts. Pero no, al que conozco es a su hijo… Nicholas William

Roberts Tercero. Yo soy Trixie Belden, señor Roberts. Nick y yo vamos al mismo colegio. En realidad, en parte es por Nick por lo que estoy colaborando en el proyecto de que le hablé. Se trata de un bicitón con el que queremos sacar dinero para el Departamento de Arte.

A Trixie le pareció que el rostro del hombre se tensaba, pero prosiguió:

—Cincuenta centavos me parece un precio razonable. Quisiera comprar cuatro… los cuatro primeros premios. Volveré mañana, eso sí, porque no llevo tanto dinero encima…

—Lo siento —la interrumpió el hombre con voz áspera—. Debería haberme explicado mejor. No vendo cintas en cantidades tan pequeñas. El pedido mínimo es de una docena de cada.

Aquel hombre trataba de controlar el tono de sus palabras, pero Trixie se dio cuenta de que bajaba la vista, como si no quisiese mirarla a los ojos.

—Pero yo supongo… —empezó Trixie.

—Lo siento —repitió el señor Roberts—. Si vendo las cintas de una en una, me armaré un follón con el inventario. El poco dinero que ganaría no compensaría los dolores de cabeza que me produciría —volvió a poner la cinta en el estante—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer en el cuarto de atrás —añadió, y giró sobre sus talones y se metió allí.

Trixie lo siguió con la vista. No tenía por qué enojarse; el hombre tampoco la había tratado mal. Sus argumentos parecían razonables. La tiendecilla estaba limpísima y muy ordenada, pero la vieja alfombra y las paredes desconchadas decían bien a las claras que había que sudar cada centavo que allí se ganaba.

Lo que es un poco raro —pensó Trixie— *es que, ya que el bicitón va a ayudar a su hijo, por lo menos él podría haberme dejado comprar las cintas, pagando por ellas*.

De tal palo, tal astilla. El viejo dicho le vino a la mente; se vio obligada a admitir que a Nick y al señor Roberts les venía al pelo.

A ninguno de los dos parece hacerles ni pizca de gracia la idea del bicitón —pensó Trixie. Se preguntó qué le habría contado Nick a su padre para que él se opusiera con tanta fuerza al proyecto.

Al salir de la tienda, Trixie pensó en otra versión de los hechos: *¿Y si es justo al revés? ¿Y si fue el señor Roberts el que influyó en*

su hijo para que estuviera en contra del bicitón?

Al ver la hora en el reloj del Banco, Trixie se percató de que Brian ya la estaría esperando en el coche. Volvió calle arriba, apretando el paso.

Yo y mis brillantes ideas —pensó—. *Quería distraerme dando un paseo. Todo lo que he conseguido es calentarme el coco más todavía.*

Amenazas siniestras • 13

Trixie agradeció de todo corazón la oportunidad de ocupar su mente en algo después de las clases, el miércoles, cuando ella junto con Di y Honey volvieron a montar el puesto de inscripciones delante del despacho del rector.

Y, en efecto, tuvieron una hora muy atareada, porque los estudiantes se agolpaban ante la mesa devolviéndoles las tarjetas. Cuando se quedaron solas, las tres muchachas se sentaron unos minutos, contando con calma el número de patrocinadores.

—¡Yupiii! —exclamó Trixie al ver el resultado de la suma. El grito resonó por el corredor desierto, y se llevó la mano a la boca mientras miraba a su alrededor sintiéndose culpable—. ¿Habéis visto esto? —dijo—. Si todos los corredores llegan al final de la etapa, ¡sacaremos cerca de tres mil dólares!

—¡No, Trixie! ¿Estás segura? —preguntó Honey, y la incredulidad agrandaba sus ojos de color avellana.

Di Lynch se ofreció a repasar las cuentas y comentó:

—Trixie tiene razón. ¡Guau! ¿Os imagináis la cantidad de cosas que el Departamento de Arte podrá comprar con todo ese dinero?

—Habrá valido la pena todo el esfuerzo, ¿verdad? —Trixie no especificó a qué se refería cuando dijo «todo». No era menester. Honey y Di sabían perfectamente que se refería a los problemas que habían tenido con Ben Riker y Nick Roberts. Ambas le dieron a entender que estaban de acuerdo.

Aquella noche, después de la cena, Trixie luchaba sin éxito por concentrarse en su tarea, cuando sonó el teléfono.

—Es para ti, Trixie —le dijo su madre enseguida.

Trixie corrió a cogerlo.

—Hola —dijo.

—Trixie, soy Honey. Tengo que verte inmediatamente, en el

cobertizo.

Honey hablaba en voz tan baja que Trixie apenas podía entenderla, pero estaba clarísimo que algo andaba muy mal.

En ese momento comprendió que Honey hablaba en un susurro para no alarmar a su familia y, haciendo un esfuerzo, respondió con aire alegre y despreocupado:

—Vale, estaré allí.

Colgó el teléfono y se volvió a sus padres, que estaban sentados en el salón, diciendo:

—Era Honey. Quiere hablar conmigo. Volveré dentro de un rato.

Eso no ha llegado a ser ni una mentirijilla —pensó, tratando de justificarse; se puso una cazadora y fue corriendo hasta la puerta—. *Seguro que es algo relacionado con el bicitón. ¿Qué otra cosa si no?*

En el cobertizo, Trixie encontró a Honey yendo de un lado a otro de la pequeña habitación, abrigándose con los brazos como si estuviera helada de frío. Estaba tan preocupada que ni siquiera se dio cuenta de que entraba su amiga.

Trixie se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, forzándola a mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa, Honey? —preguntó con ansiedad—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ay, Trixie —dijo Honey con voz lastimera—. He recibido la llamada telefónica más horrorosa de mi vida. Él… él dijo que más me valdría anular lo del bicitón. Di-dijo que si no lo hacía… que si el bicitón se celebraba, tal y como teníamos previsto, el sábado que viene… que pasaría algo terrible. «Puedes estar segura» dijo. —Honey se tapó los oídos con las manos, como para apagar el eco de aquella voz.

Trixie miró a Honey, intentando absorber el golpe de lo que su amiga acababa de decirle.

—¿Quién era, Honey? —preguntó al cabo de unos segundos—. ¿Reconociste la voz?

Honey sacudió la cabeza.

—Era una voz grave y áspera… te ponía los pelos de punta —dijo—. Nunca había oído una voz como ésa. La recordaré, de eso estoy segura.

Trixie meditó un momento.

—Probablemente fingió esa voz a propósito, para que sonara más amenazante.

—Bien, pues lo consiguió —dijo Honey—. No olvidaré jamás lo terrible que sonaba… nunca, nunca.

—Espera un momento —dijo Trixie—. Pudo disimular la voz… en cuyo caso debió de tratarse de alguien que conoces. —Trixie vaciló un segundo, luego respiró hondo y añadió—: Honey, por favor, no te lo tomes a mal. No tengo más remedio que preguntártelo. ¿Ben estaba en casa cuando recibiste la llamada?

Honey levantó la vista, asombrada.

—No —dijo secamente—. No, no estaba. Oye, Trixie… no pensarás…

—No sé qué pensar, Honey —la interrumpió Trixie—. No estoy acusando a Ben de nada. Pero tienes que admitir que es uno de los sospechosos. No sería la primera vez que hace llamaditas «graciosas».

—Oh, Trixie, pero como ésta nunca —dijo Honey—. Ha hecho tonterías, diciendo que era el presidente, llamando desde la Casa Blanca… pero luego no podía contener la risa y sabíamos enseguida quién estaba al otro extremo del hilo. Esto ha sido otra cosa, Trixie.

Trixie dudó un momento, y luego preguntó:

—Honey… ¿te pareció… en algún momento te pareció… la voz de Nick Roberts?

—Trixie, ya te he dicho antes que esa voz no la conocía de nada —replicó Honey con voz chillona—. ¿Qué vamos a hacer?

Trixie se hundió en una silla.

—Nada —dijo sin más—. No vamos a hacer nada.

—Pero Trixie… —empezó Honey.

—¿No lo entiendes, Honey? —volvió a interrumpirla Trixie—. Con la información que tenemos en este momento, lo primero que cualquiera haría, si le contásemos esto, sería cancelar el bicitón. Eso no nos iba a ayudar a coger al de la llamada, y tampoco iba a ayudar al Departamento de Arte. Ahora sí, tendrás que andarte con pies de plomo los próximos días. Mantén los ojos bien abiertos y en cuanto te huelas que algo anda mal, corre adonde estés segura. Luego, cuando acabe el bicitón, denunciaremos la llamada a la policía.

Honey accedió a regañadientes.

—Pero tengo miedo, Trixie.

—Seguramente no era más que una broma, Honey —dijo Trixie —. Estoy segura de que no va a pasar nada.

Casi segura —pensó, sintiéndose culpable.

Poco después se despidieron; Honey accedió a no contarle lo de la llamada a nadie, y Trixie la tranquilizó, diciendo que todo iría bien.

Aquella noche, Trixie se quedó tumbada mucho rato en la cama antes de caer dormida.

Más tarde soñó que la perseguía un hombre misterioso en bicicleta, el cual la llamaba una y otra vez, ordenándole que se parase, con una voz áspera, terrible. En el sueño no podía detenerse, porque delante de ella veía un marco alemán que ella tenía que coger para dárselo al Departamento de Arte para pagarles los carteles.

Trixie se despertó con la pesadilla atenazándole la garganta como una bola de algodón y con unas ojeras tremendas. Al recordar el sueño, se preguntó por qué habría relacionado el marco alemán con el bicitón.

He leído en alguna parte que a veces los sueños muestras conexiones que cuando estamos despiertos no vemos —pensó.

—Me pregunto… —musitó en voz alta.

En el autobús escolar, Dan Mangan trajo malas noticias.

—Alguien destrozó la carreta del señor Maypenny anoche —dijo a los otros Bob-Whites—. Estaba delante de la casa y, cuando salí esta mañana, ahí estaba, como si alguien la hubiera aplastado con un mazo de hierro.

—¿Y no oíste ningún ruido raro por la noche? —preguntó Trixie.

Dan sacudió la cabeza.

—El señor Maypenny y yo dormimos como troncos.

Trixie y Honey se miraron asombradas; aquélla apretó los labios, indicándole que no divulgara su secreto. Honey asintió casi imperceptiblemente, pero Trixie vio que Jim se fijaba en la expresión de las dos. Sus ojos verdes parecían inquietos. Trixie apartó la mirada, sintiéndose culpable de ocultarle algo a Jim. Sintió un gran alivio cuando el autobús paró frente al colegio. Bajó del autobús deprisa y fue corriendo a su primera clase.

Aquella tarde, la llamaron cuando estaba en clase. En el

despacho del rector se encontró con los demás Bob-Whites, perplejos, y con el sargento Molinson, muy serio.

Cuando ella llegó, el sargento se aclaró la garganta y comenzó a hablar:

—El Departamento de Policía ha tenido noticias de la señora Vanderpoel esta mañana. Dijo que había recibido una amenaza anoche, por teléfono. No reconoció la voz, pero el mensaje estaba clarísimo. El que hizo la llamada le dijo que se metería en un buen lío si dejaba que los ciclistas utilizaran su casa para hacer una parada.

A Trixie se le hizo un nudo en el estómago. Se esforzó por mantener la calma mientras el oficial continuaba, ceñudo:

—Como sé que vosotros sois los organizadores del bicitón, pensé que podríais haber sufrido experiencias similares.

Dan aprovechó para contarle al sargento lo de la carreta destrozada del señor Maypenny, que habían encontrado esa mañana.

Cuando terminó de hablar, Di Lynch vaciló un momento, mirando a Trixie y a Honey, y contó al sargento que la semana pasada le habían rajado las ruedas de su bici.

El sargento Molinson tomó notas de lo que Dan y Di le iban diciendo. Levantando la vista del cuaderno, dijo:

—¿Hay alguna otra cosa que debería saber?

Honey miró a Trixie, implorante. Trixie asintió sin ganas.

—Hay algo más —dijo, y le contó la misteriosa llamada de la noche anterior.

—El sargento Molinson, muy serio, preguntó:

—¿Tenéis alguna idea de quién podría estar detrás de estos incidentes?

La voz de Jim rompió el silencio que siguió a la pregunta del sargento.

—Dile lo que estás pensando, Trixie —dijo.

De muy mala gana, Trixie explicó al policía lo extraño del comportamiento de Nick Roberts y de Ben Riker.

—Nick y Ben estaban los dos muy cerca cuando rajaron las ruedas de la bici de Di. Ben y sus amigos han estado burlándose de lo del bicitón desde el principio, y Ben es famoso por su afición a gastar bromitas por teléfono. Nick Roberts pasó de acceder a

ayudarnos, a pedirnos… a pedirme… que abandonásemos el proyecto. También arrancó uno de los carteles de la pared. Yo vi cómo lo hacía.

El sargento Molinson balbució unas cuantas palabras más y cerró el cuaderno.

—Habrá que interrogar a los dos chicos, aunque lo que me habéis dicho no demuestra lo más mínimo que sean ellos los que han hecho esas llamadas y esas gamberradas. Entretanto, os sugeriría que abandonaseis la idea del bicitón. A alguien no le hace ninguna gracia que se celebre. Sé que es por una causa justa, pero tampoco vale la pena que nadie salga herido.

Durante la cena, esa noche, Brian y Mart contaron a sus padres la conversación que habían sostenido con el sargento Molinson. Trixie no apartó la vista de su plato, empujando la comida con el tenedor.

—Y pensar que la otra noche Brian decía que a Trixie ya le habían dejado de atraer los misterios —dijo Mart—. Y ahora aquí nos tenéis, metidos hasta las rodillas en otro lío. Me figuro que lo único que ha pasado es que ahora ella sabe guardar los secretos mucho mejor.

—Os diré que estoy de acuerdo con el sargento Molinson —dijo la señora Belden—. Sé que estabais muy ilusionados con eso de ayudar al Departamento de Arte pero, si ese tipo iba en serio, la señora Vanderpoel podría estar en peligro. Y sé que ninguno de vosotros querría que le hicieran daño.

—El sargento Molinson nos dijo hoy, a la salida de clase, que la señora Vanderpoel no tiene ningún miedo —dijo Mart a sus padres —. Llamó a la policía porque estaba furiosa. Con lo poco que le gustan los teléfonos, y encima vio para qué lo usaban… la sacaron de quicio.

—El hecho de que no tenga miedo no significa que no esté en peligro —dijo el señor Belden—. Ni mucho menos. En realidad, las cosas pasan muchas veces porque la gente se niega a hacer caso de las amenazas.

Trixie seguía sin levantar la vista del plato, pero pudo sentir la mirada de su padre clavada en ella mientras hablaba.

—Creo que cancelar el bicitón es algo que por lo menos tendremos que considerar —dijo Brian muy sereno.

Trixie y Mart lo miraron; luego se miraron entre sí.

—No estoy de acuerdo, Brian —objetó Mart—. No tenemos pruebas que demuestren que las amenazas y lo que ha pasado con la carreta del señor Maypenny y con la bicicleta de Di tengan relación… y eso ha sido lo único que han hecho hasta ahora. Sabiendo que la policía está al corriente, se cuidarán mucho de seguir haciendo animaladas. Y en el bicitón hay demasiado dinero en juego para que lo dejemos por miedo.

Trixie miró a Mart, agradecida. Una vez más, le tenía de su parte.

Ha dicho exactamente lo que yo estaba pensando —se dijo Trixie—. *Sólo que lo ha explicado mucho mejor de lo que yo podría haberlo hecho. El bicitón tiene que celebrarse. No podría soportar la desilusión que se llevarían los estudiantes del Departamento de Arte y el señor Crider, después de haber sido tan amables y habernos ayudado tanto*.

El señor y la señora Belden no insistieron sobre el tema. Confiaban en que sus hijos (sobre todo Brian) tuvieran el sentido común suficiente como para tomar la decisión correcta.

Trixie dudaba que su confianza estuviera justificada; fue entonces cuando Jim telefoneó, después de la cena.

—Trixie, tienes que venir con Mart y Brian a Manor House. Es importante.

Una confesión • 14

Ninguno de los Belden habló durante el camino a Manor House. Se concentraron en apretar el paso todo lo posible siguiendo el estrecho sendero que conducía desde Crabapple Farm hasta la mansión de los Wheeler.

En su silencio, Trixie podía percibir que sus hermanos compartían su tortuosa línea de pensamientos: ¿qué habría obligado a Jim a llamar y a pedirles que acudieran con tanta urgencia? ¿Tendría algo que ver con el bicitón?

Al ver la silueta de Manor House recortada contra el cielo oscuro, Trixie sintió el mismo temor que siempre le producía ese edificio tan enorme, tan majestuoso. Esta vez, al temor había que añadirle impaciencia. ¿Qué noticia les esperaba dentro de aquellos muros?



La señorita Trask les abrió la puerta. Tenía el mismo aspecto tranquilo y eficiente de siempre, metida en su traje gris y en sus zapatos de tacón bajo, con lazo. Sus resplandecientes ojos azules estaban alerta, pero no dejó adivinar lo que pensaba mientras acompañaba a los Belden a la biblioteca.

La biblioteca impresionaba aún más a Trixie, con sus estanterías

altísimas, donde se apilaban libros encuadernados en piel. Se le puso la piel de gallina cuando la señorita Trask salió, cerrando la pesada puerta de roble.

Trixie creyó que iba a encontrarse con el señor Wheeler o con el sargento Molinson en la biblioteca, pero las únicas personas que había allí dentro, aparte de Jim y de Honey, eran Dan, Di… y Ben Riker.

Jim saludó a los recién llegados y les pidió que se sentaran. Trixie escudriñó su expresión: era solemne, pero no severa. Eso la tranquilizó un poco.

Cuando todos estuvieron sentados, fue Ben Riker, que había permanecido en pie, quien habló:

—Fui yo quien pidió a Jim que os convocara aquí —comenzó a decir—. Esta tarde, después de las clases, el sargento Molinson me ordenó que fuera a la comisaría para un interrogatorio. Me dijo que se habían producido amenazas y actos de vandalismo, conectados aparentemente con el bicitón, y que mi comportamiento en la feria del arte y en la inscripción me convertían en sospechoso. —Ben miró a su alrededor, a los Bob-Whites; después prosiguió—: El que me interrogara la policía ha sido como una sacudida para mí. Creo… espero… que me haya servido para coger un poco de sentido común. Siempre me ha divertido gastar bromas… todavía me gusta. Pero si mis «gracias», y los amigotes, me van a meter en algún jaleo con la ley, entonces más vale alejarse de eso. Estuve pensando un buen rato, después de salir de la comisaría. Al principio estaba furioso con todos vosotros por haberme acusado. Me pareció ridículo que sospecharais de mí. Pero al cabo de un rato de darle vueltas a la cabeza, llegué a la conclusión de que probablemente teníais motivos. No he sido un invitado ideal, todo el tiempo que he pasado en esta casa. De hecho, no he sido ningún santo. Quiero cambiar. Y, aunque no espero que me perdonéis ahora mismo, sí que confío en que me deis una oportunidad. Con el tiempo, espero que lleguemos a ser buenos amigos.

Ben calló de nuevo, para recuperar el aliento; Trixie no sabía qué pensar, estaba confusa. Ben se estaba disculpando ante ellos. ¿Pero estaba confesando que había estado detrás de todas esas gamberradas?

Como leyéndole el pensamiento, Ben volvió a hablar:

—Quiero que sepáis que yo no he hecho ninguna de esas cosas de las que me acusó el sargento Molinson hoy. Y tampoco creo que las hicieran mis «colegas», como los llaman.

—Hay una cosa que él no mencionó, y de la cual sí que soy responsable: el desastre que hice en el cobertizo el otro día.

Trixie y Honey miraron a Ben con asombro, y él sonrió, avergonzado.

—Cuando volvimos del partido de baloncesto, aquel domingo, estaba aburrido, conque di un paseo hasta el cobertizo. Vi las flechas que Trixie había hecho, y resolví hacer unas cuantas yo mismo, para matar el tiempo.

—Al cabo de un rato, oí que alguien se acercaba al cobertizo. Temía que siguieses enfadada conmigo, y sólo se me ocurrió salir de allí sin que nadie me viera. Al levantarme de la mesa de un salto, volqué el cubo de pintura, derramando un poco, y salté por la ventana. Tengo entendido que se acusó a Trixie de haber hecho eso, y lo siento muchísimo —concluyó arrepentido.

Otro silencio siguió mientras Ben observaba los rostros de su prima y de sus amigos; había en su mirada tensión y ansiedad.

La voz de Honey rompió el silencio.

—Todavía no has dicho toda la verdad, Ben Riker —dijo muy seriamente. Todos se volvieron hacia Honey, sorprendidos—. A mí me parece que pintaste esas flechas porque querías ayudarnos y no sólo «por matar el tiempo». Creo que eres una buena persona. ¿Por qué no «confiesas» eso también?

Todos rieron ante la salida de Honey; incluso Ben, rojo como un tomate por una mezcla de timidez y de felicidad.

—Últimamente no me he estado portando muy bien, Honey —dijo a su prima—. Pero lo haré, si estáis conmigo.

Mart se levantó y, acercándose a Ben, le dijo:

—Estamos contigo todo lo que haga falta. Después de todo, para eso están los amigos —ofreció la mano a Ben, y éste la estrechó, agradecido.

Brian también fue al lado de Ben y le dio una palmada en la espalda.

—Hace falta coraje para hacer lo que tú has hecho, cara a cara. Todos te admiramos por eso, Ben.

Trixie vio que Honey la miraba, nerviosa. También ella se puso

de pie y le ofreció la mano a Ben.

—Perdona si no he estado muy amable contigo. ¿Amigos?

—Amigos —dijo Ben, tomándole la mano.

Por el rabillo del ojo, Trixie vio que Honey sonreía al entender que su mejor amiga y su primo habían dado el primer paso hacia la amistad.

Alguien llamó a la puerta; era la señorita Trask, que apareció con una bandeja.

—¿Interrumpo? Lo siento —dijo—, pero pensé que este pastel de chocolate sería bien acogido.

—¡Guau! —exclamó Honey—. Esto sí que ha sido un acierto, señorita Trask.

—Oye —intervino Mart—. Dicen que la confesión es buena para el alma, pero a mí lo que me da es hambre.

—Mart, ¿y si nos haces una lista de las cosas que no te dan hambre? —propuso Brian—. Tengo la impresión de que cabría en la cabeza de un alfiler.

Mart fingió ofenderse; los demás se echaron a reír, y Honey le cortó a Mart una buena ración de pastel.

El pastel contribuyó a relajar un poco la tensión; los chicos hablaron de los deberes y del instituto de Sleepyside.

—Es un buen colegio —dijo Ben—. A mí me gustan casi todos mis profesores, y me parece que estoy aprendiendo más que en todos esos internados a los que he ido.

Honey ratificó sus palabras.

—Pero es más difícil hacer amigos —añadió Ben—. En un internado estás con la misma gente las veinticuatro horas del día. Comes con ellos, te pones en la cola del correo con ellos. Así es mucho más fácil llegar a conocer a alguien. En Sleepyside, todo el mundo se va a casa después de las clases y por lo general no veis a los compañeros hasta el día siguiente. Yo no sabía qué hacer.

—Estás viviendo aquí, con nosotros, Ben —señaló Honey.

—Pero no quería entrometerme —dijo—. No podía estar seguro, cuando me invitabais a algo, de si de verdad queríais que fuera o lo hacíais sólo por compromiso.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo Jim—. Queremos ser amigos tuyos, ¿verdad, chicos?

Los otros Bob-Whites manifestaron su acuerdo a coro, y Trixie

asintió con la cabeza, un poco distante.

Al rato dijo Brian:

—Tenemos que irnos. Mañana hay clase, ¿no? ¡Os veremos por la mañana!

Trixie estuvo tan callada en el regreso a casa como lo había estado camino de Manor House; sus hermanos no dejaban de comentar el súbito cambio de Ben.

Algo la tenía preocupada, pero no sabía qué. Pensó que Ben, desde luego, parecía sincero. Quería creerle, aunque sólo fuera por Honey. Como Brian había dicho, Ben había tenido que armarse de valor para enfrentarse a los Bob-Whites cara a cara de ese modo y pedirles perdón por su comportamiento.

Él no tenía por qué haber llegado a tanto —reflexionó Trixie—. *Conque hubiera hablado con Honey y con Jim, habría bastado. Y tampoco hizo falta que contara que se había metido en el cobertizo…* —Trixie se paró en seco un momento al descubrir qué le había tenido tan inquieta. Entonces, corriendo hasta alcanzar a Mart y a Brian antes de que se percataran de que se había quedado atrás, pensó—: *¡Esas flechas… él las había pintado!* —Y lo había hecho muy bien; ni Honey ni ella notaron diferencia alguna entre las que él había hecho y las de ellas dos.

Trixie sacudió la cabeza. Qué tonta había sido. No era lo mismo pintar un montón de flechas que algo tan complicado como un billete de cincuenta marcos alemanes.

Sin embargo, desde que Trixie tuvo aquella pesadilla, no había dejado de pensar que ese billete falso tenía mucho que ver con las amenazas que había recibido la gente relacionada con el bicitón. No podía soportar la idea de que la confesión de Ben lo hacía más sospechoso que nunca.

Trixie oyó el teléfono cuando ella y sus hermanos entraron en la casa.

—Creo que acaba de llegar —oyó decir a su madre—. Trixie, es para ti.

Vaciló un momento, temiendo que fuera Honey, que quisiera preguntarle por qué había estado tan callada durante la fiestecilla que había seguido a la confesión de Ben.

Por fin cogió el teléfono y dijo:

—Hola.

La voz que le llegó desde el otro lado de la línea no era la de Honey Wheeler.

—Hola, Trixie —dijo la voz—. Soy Nick Roberts.

Los Bob-Whites… ¡divididos! • 15

La voz de Nick Robers aturdió tanto a Trixie que ésta no consiguió contestar inmediatamente.

—¡Bueno…! Yo… ho-hola —dijo al fin.

—El sargento Molinson me ha interrogado esta tarde —dijo Nick —. Me contó todas esas cosas tan raras que han estado sucediendo con el bicitón.

—Yo no tuve nada que ver con ninguna de ellas, aparte de arrancar aquel cartel. No debí haber hecho eso, pero no puedo explicarte por qué lo hice.

¿No puedes… o no quieres? —pensó Trixie.

—De todos modos —continuó Nick—, ya te dije antes de aquello que no me parecía una buena idea lo del bicitón. Ahora estoy convencido del todo; no hay ninguna garantía de que el bicitón vaya a ayudar en lo más mínimo al Departamento de Arte. Y si existe la más mínima probabilidad de que alguien resulte herido, entonces no vale la pena seguir adelante con el proyecto.

—Pero… —balbució Trixie.

Nick no se dejó interrumpir, y siguió hablando; las palabras salían de su boca atropelladamente.

—¿Cómo crees que me sentiría… cómo crees que se sentiría cualquiera del Departamento de Arte… si supiéramos que los materiales y el equipo que estuviésemos utilizando fueron conseguidos a costa del sufrimiento de alguna persona?

Trixie tragó saliva. Eso era algo en lo que ella no había pensado.

—Mira, Trixie —dijo Nick—, por lo que el sargento Molinson me contó esta tarde, está claro que hay alguien que no quiere que se celebre el bicitón. Creo que deberíais cancelarlo, enseguida —dijo, y calló de pronto, como si se hubiera quedado sin aliento.

Está ocultando algo —pensó Trixie—. *Ya se oponía al bicitón*

desde mucho antes de hablar con la policía. Estoy segura de que su padre también está en contra. Ojalá supiera por qué.

En voz alta dijo:

—Te agradezco el interés, Nick. Yo tampoco quisiera que hubiera ningún herido. Pero no tenemos ninguna prueba que demuestre que las gamberradas están relacionadas con las amenazas telefónicas. A menos —añadió con audacia— que tú sepas algo más que no quieras decirnos.

—Yo no sé nada de nada —dijo abruptamente Nick Roberts—. Y no me gusta eso que estás sugiriendo. Sólo trataba de hablar con lógica, pero, obviamente, eso es algo imposible contigo —y colgó.

Trixie parpadeó ante la violencia con que Nick había dado por concluida su conversación. También ella colgó y, al volverse, se encontró con Mart y Brian, que estaban mirándola.

—Era Nick Roberts —explicó enseguida—. No cree que el bicitón sea una buena idea.

Brian sacudió la cabeza.

—Y yo estoy de acuerdo con él, Trixie. Sé que estás empeñada en ayudar al Departamento de Arte, y que es difícil abandonar el proyecto ahora que tenemos todas las tarjetas y que sabemos que el bicitón podría resultar un gran éxito. Pero me parece que tenemos que averiguar… y pronto… si no son más los peligros que las ventajas.

Trixie miró a Mart.

—¿Y tú qué piensas? —le preguntó—. ¿Todavía eres partidario del bicitón?

Mart se encogió de hombros.

—No sé qué decir. Casi deseaba que Ben Riker o Nick Roberts hubiesen resultado culpables, ya que eso al menos resolvería el misterio y nos permitiría actuar libremente. Ahora sabemos que Ben Riker es inocente, y supongo que podemos asumir que Nick Roberts también lo es, ya que el sargento Molinson le dejó marcharse después de interrogarle. Eso significa que quienquiera que hizo esas amenazas sigue en libertad y, si el bicitón tiene lugar el sábado, correremos el riesgo de que alguien resulte herido. No sé qué pensar, Trixie —concluyó Mart desconcertado.

—Os diré qué podemos hacer —dijo Trixie—. Mañana por la mañana, antes de las clases, nos reuniremos y votaremos. La

mayoría decide. Si cuatro o más Bob-Whites votan cancelar el bicitón, iremos al despacho del rector y le pediremos que lo anuncie por los altavoces. De lo contrario, seguiremos tal y como teníamos previsto.

—Eso parece justo —dijo Brian—. Y también nos permitirá consultar con la almohada, cosa que estoy dispuesto a hacer ahora mismo. Buenas noches.

Antes de dormirse, Trixie le dio vueltas y más vueltas a esa sospecha, que le rondaba la cabeza, de que el billete falso que había encontrado tenía algo que ver con los intentos de cancelar el bicitón.

Ben Riker ya es una especie de falsificador… por lo de las flechas. Y Nick tiene el suficiente talento artístico como para hacer un billete como ése.

De repente dio un bote y se quedó sentada encima de la cama.

—El señor Roberts —murmuró en medio de la oscuridad del dormitorio—. ¡Él es impresor! Y bueno, al fin y al cabo qué es un falsificador sino un impresor… —Trixie consideró la idea; luego sacudió la cabeza—. Si el señor Roberts fuera un falsificador, no estaría trabajando en esa tienducha de trofeos de sol a sol. Y a su familia se le habrían acabado los problemas económicos que el señor Crider dijo que tenían. Sin embargo… —volvió a sacudir la cabeza, como para apartar de sí una idea; luego se metió en la cama y se hundió en un sueño lleno de sobresaltos.

A la mañana siguiente, sintió tanto alivio como inquietud cuando todos los Bob-Whites subieron al autobús para ir a la ciudad.

Podemos votar aquí mismo, en el autobús —pensó—. *Por lo menos acabaremos con eso pronto… para bien o para mal.*

Hizo señales a los otros para que se unieran a ella en la parte de atrás del autobús, donde podrían gozar de una relativa intimidad.

Di, Dan, Honey y Jim se arrimaron a Trixie para escuchar lo que ella les tenía que contar sobre la conversación telefónica que había mantenido con Nick Roberts la noche anterior, y sobre la decisión que junto con sus hermanos había tomado de pedir a los Bob-Whites que votaran a favor o en contra de celebrar el bicitón.

Cuando terminó, contempló los rostros solemnes de sus amigos. Entonces cogió un cuaderno, arrancó una hoja y la rompió en varios

papelitos. Después, pasó los papelitos a sus amigos, diciendo:

—Votaremos en secreto. Sólo tenéis que escribir «sí» si creéis que el bicitón debe celebrarse mañana, tal y como estaba previsto, y «no» si pensáis que debemos cancelarlo.

Trixie escribió rápidamente «sí» en su papelito, y lo dobló por la mitad. Brian y Mart anotaron sus votos con la misma rapidez y se los entregaron a Trixie. Ella estudió los ojos de sus hermanos, pero no pudo adivinar qué habían votado.

Jim también tomó su decisión enseguida y pasó el papelito doblado a Trixie. Dan, Di y Honey meditaron unos segundos antes de anotar sus votos; luego, con cierta solemnidad, entregaron los últimos tres votos a Trixie.

Ella clavó la mirada en los siete papelitos que había en su mano.

La suerte está echada —pensó—. *Dentro de un minuto conoceremos el futuro del bicitón.*



—Date prisa, Trixie —dijo Honey—. Cuenta los votos. ¡Ya no

aguanto ni un minuto más!

A Trixie le temblaron la manos mientras desdobló el primer papelito. «Sí», leyó. Desdobló el siguiente. «Sí». Sus esperanzas se renovaron; a lo mejor había unanimidad y todos querían seguir adelante con el bicitón. Sus esperanzas menguaron al desdoblar el tercer papelito. «No».

El cuarto papelito resultó ser «No», y Trixie sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Quedaban tres papelitos, que resultarían definitivos.

Los tres votos restantes fueron afirmativos.

—¡Bravo! —gritó Mart, no dejando ninguna duda sobre la orientación de su voto. Los otros Bob-Whites hicieron lo posible para que no se les notara lo que habían votado.

Trixie suspiró, aliviada. El bicitón tendría lugar tal y como estaba previsto.

Enseguida dejó de experimentar aquel fugaz sentimiento de alivio; la tristeza se apoderó de ella al darse cuenta de lo que esa votación significaba: los Bob-Whites se habían dividido una vez más. Dos de los miembros del club se oponían al bicitón y, pese a que aceptaban la decisión de la mayoría, el referéndum no bastaría para alejar de ellos el temor.

¿Y si algo sale mal? —pensó Trixie—. *¿Y si alguien tiene tanto empeño en acabar con el bicitón que resuelve hacer algo desesperado y los hombres del sargento Molinson no pueden hacer nada por evitarlo? ¿Qué pensaría cada Bob-White del otro?*

Trixie volvió a mirar fijamente a sus amigos, como buscando la respuesta. Todo lo que encontró fue seis miradas preocupadas buscando la suya.

En la casa abandonada • 16

El resto de aquella jornada escolar pasó sin pena ni gloria, pero Trixie anduvo desasosegada y distraída. Saltaba, y miraba a la puerta, siempre que oía algún ruido en el corredor, temiendo que apareciera alguien ordenándole que acudiera al despacho del rector, donde éste le comunicaría el último incidente que provocara la suspensión del bicitón.

Sin embargo, a medida que fueron pasando las horas, fue recobrando la calma.

Si fuera a ocurrir algo más, a esta hora ya habría sucedido —pensó—. *No creo que tengamos nada de qué preocuparnos durante el bicitón. Las amenazas sólo se han producido para que se cancelase. Quienquiera que las hizo debe de haber perdido la esperanza de asustarnos tanto como para suspenderlo.*

De todos modos, tenía que admitir que ésa era la versión más optimista del asunto. Al desconocer quién era el autor de esas amenazas… o por qué… sólo podía cruzar los dedos hasta que el bicitón acabase.

Cuando llegó la hora de coger el autobús por la tarde, ya estaba bastante animada, de nuevo.

—¿Te imaginas, Honey? —dijo—. Mañana a esta hora todo habrá terminado. Habremos tomado nota de todos los corredores que hayan vuelto al aparcamiento de la escuela, y sabremos exactamente cuánto dinero hemos ganado.

—Eso no significa que haya acabado —le recordó Honey—. Todavía tendremos que llamar por teléfono a todos esos patrocinadores, para hacerles saber cuánto dinero deben enviar al Departamento.

Trixie no dio demasiada importancia a la objeción de Honey.

—Eso no es nada… —dijo— sólo unas cuantas llamadas por

cabeza si nos repartimos las tarjetas. Quiero decir, que la parte más dura habrá terminado, y el… —Trixie calló en mitad de la frase, y la inquietud volvió a apoderarse de ella.

—«Y el peligro», ibas a decir, ¿no? —preguntó Honey—. He estado pensando todo el día en esa llamada que recibí, y en la de la señora Vanderpoel, y en la bici de Di, y en la carreta del señor Maypenny, y… Ay, Trixie, espero que no nos hayamos equivocado al decidir seguir adelante con el bicitón mañana. Estoy casi segura de que Jim votó en contra.

—Me parece que Brian también. Pero nosotras no nos equivocamos, y ellos lo verán —dijo Trixie, tratando de dar a entender una confianza que no tenía—. Ya estamos en tu parada, Honey. ¡Te veré mañana por la mañana!

Minutos más tarde, Trixie y sus hermanos bajaron del autobús y recorrieron a pie el largo sendero que llevaba hasta la puerta de su casa. Estaban a unos metros de la casa cuando les llegó el inconfundible sonido del alarido más lastimero de Bobby. Se miraron angustiados y corrieron hasta la puerta de la cocina, que estaba entreabierta.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal? —preguntó Brian, tropezando con su madre, que estaba en el primer escalón.

—Bobby se ha quedado encerrado en casa —explicó la señora Belden, preocupada—. Según parece, puso la cadena del cerrojo cuando salí un momento, y luego no ha sabido cómo quitarla, cuando yo he vuelto. No se dio cuenta de que la puerta principal ya estaba cerrada. Y ahora cree que está atrapado, y tiene demasiado miedo como para atender a mis instrucciones para abrir la puerta.

Mart y Brian fueron a la puerta. Desde tan cerca, el llanto de Bobby resultaba casi ensordecedor.

—No te preocupes, Bobby —gritó Trixie a pleno pulmón—. Te sacaremos enseguida—. Luego miró a Mart con una expresión que decía «Pero ¿cómo?».

Mart vaciló un minuto; luego aclaró su garganta y acercó la cabeza a la puerta.

—Pasa la cadena hasta el extremo del pasador, Bobby —dijo a través de la estrecha abertura.

Los aullidos de Bobby se hicieron más intensos.

—Yo no sé qué es un pasador, Mart. ¡Sacadme de aquí! ¡Socorro,

por favor, socorro!

Trixie ahogó una sonrisa al ver la exasperación en el rostro de Mart.

—Apartad —dijo Brian a sus espaldas.

Trixie se volvió; Brian venía del garaje con una sierra para metales.

—Bobby ya no atiende a razones —dijo—. No vale la pena que nos desgañitemos. No habrá más remedio que cortar la cadena con esta sierra.

Ante las miradas expectantes de Trixie, Mart y la señora Belden, Brian metió la sierra por la estrecha abertura que había entre la puerta y su marco, y serró con cuidado la cadena.

Bobby se echó en brazos de su madre en cuanto la puerta se abrió, y siguió lloriqueando mientras Brian llevaba la sierra al garaje.

Al volver Brian a casa, Bobby había dejado de llorar; estaba sentado, jadeando aún a intervalos cortos.

—Gra-gracias, Brian —dijo—. Me has «salvido» la vida.

Brian se rió entre dientes.

—La cosa no era tan grave —dijo—. Pero Bobby, ¿por qué demonios se te ocurrió echar el cerrojo?

—No lo sé —balbuceó Bobby—. Porque nunca lo había «echido» antes, supongo.

Al ver que a Bobby le volvía a temblar el labio inferior, Trixie hizo un esfuerzo por no reír. En lugar de eso, abrazó a su hermanito, dándole unos cuantos apretones.

—Bueno —dijo—, ahora que ya has echado el cerrojo, no lo vas a volver a hacer nunca más, ¿verdad?

—Verdad —dijo Bobby, asintiendo firmemente con la cabeza.

Aquella noche, durante la cena, la aventura de Bobby fue el tema dominante de la conversación. Ahora que se sentía fuera de peligro, Bobby disfrutó contándole a su padre el miedo que había pasado y lo valiente que había sido Brian al rescatarle.

En parte para procurar que Bobby pensara en otra cosa, Peter Belden sugirió que la familia en pleno fuera al cine después de cenar, a la segunda sesión.

El resto de la familia aceptó la invitación con entusiasmo; sólo Trixie pidió que la excusaran.

—Sería una lástima echar a perder tontamente ese dinero, con lo que te ha costado ganarlo, papá —dijo con gran pesar—. Pero esta noche sólo puedo pensar en el bicitón de mañana. Id vosotros, y traedme un informe completo. Puede que Honey quiera venir conmigo, si la película es buena.

Sin embargo, tan pronto como su familia se marchó, Trixie comenzó a arrepentirse de su decisión.

Al menos la película podría haberme distraído unos minutos —pensó, vagando sin rumbo por la casa silenciosa. Sin poder pensar en otro asunto que no fuera el bicitón y en la posibilidad de que las amenazas telefónicas fueran en serio, o en la banda de falsificadores, encendió la televisión y se tumbó en el sofá.

Aunque sigo creyendo que las dos cosas están relacionadas de alguna forma —dijo para sus adentros—. *¿Verdad que es una tontería? No tengo nada sobre lo que basar esa intuición sino un sueño absurdo y espantoso, pero no puedo sacudírmelo de encima, como tampoco consigo dejar de sospechar de Ben y de Nick*.

Trixie vio el telediario, y luego una serie de humor. Al final del programa se levantó, se desperezó y apagó el aparato.

Espero que los demás espectadores se hayan divertido más que yo —dijo en voz alta, suspirando.

Al entrar en la cocina para picar algo, su mirada se detuvo en la cadena del cerrojo que Brian había tenido que serrar. Le recordó aquella vez que el pestillo del cuarto de baño se había atascado mientras el señor Belden trataba de arreglar la ducha, y éste tuvo que meter una palanca por entre las bisagras y destrozarlas para poder salir.

Trixie abrió la nevera y se quedó de piedra al ir a coger la caja de leche.

—¡Bisagras! —gritó, y el grito retumbó en la casa desierta—. ¡Eso es! ¡Las bisagras estaban fuera de esa casa cerrada a cal y canto!

Se dio la vuelta y corrió hacia la puerta, poniéndose la primera chaqueta que encontró. Sacó la bici del garaje y pedaleó tan deprisa como pudo hacia la Carretera del Viejo Telégrafo.

Cuando llegó a unos metros del cruce del sendero que comunicaba la casa abandonada con la carretera, Trixie bajó de la bici y fue con ella andando. Procuró no hacer ruido al pisar la

gravilla y bajó el caballete con el pie.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió una forma sombría junto a la casa. Al acercarse, vio que era una furgoneta… y también vio que en la parte de atrás de la casa había luz.

—Pues el escondrijo nos venía de maravilla —dijo un hombre—. Yo sigo diciendo que deberíamos dejar los trastos aquí.

—Ni hablar —replicó otra voz—. Ahora es demasiado arriesgado. Con cincuenta chicos rondando por aquí mañana, alguien podría descubrir que la puerta del sótano la han abierto recientemente. Y entonces se nos caería el pelo.

—La puerta está cerrada —dijo el primero—. Si esos chicos ven el cerrojo echado, nadie va a darse cuenta de que hemos estado quitando las bisagras para entrar. Ni siquiera ese tipo que viene a limpiar el patio se ha enterado. Creo que es mucho más peligroso recorrer el condado con el coche lleno de dinero falso que…

Justo en ese momento, la bicicleta de Trixie, que hasta entonces había mantenido el equilibrio sobre la inestable gravilla, se cayó con gran estrépito.

Trixie vaciló, sin saber si quedarse escondida detrás de la furgoneta o salir corriendo. Vaciló demasiado tiempo. Cuando finalmente se levantó, decidida a alcanzar la carretera a toda carrera, se metió en el haz de luz de la linterna que llevaba uno de los hombres, que había salido a investigar el ruido.

De pronto echó a correr, pero el hombre, fuerte y moreno, la alcanzó enseguida. La cogió por el brazo, se lo dobló por la espalda y la arrastró hasta la parte de atrás de la casa, metiéndola de un empujón por la puerta del sótano.

—Mira lo que he encontrado —dijo—. Es la jefa de esos chicos del bicitón.

Trixie se cayó por las empinadas escaleras y se encontró frente a frente con el otro hombre. También él tenía el cabello negro, pero era menos corpulento que el que la había atrapado. De todos modos, no por ello su aspecto era menos amenazador.

—Tú eres ésa que la gente llama detective aficionada, ¿no? —gruñó el más bajito—. Nos imaginábamos que acabaríamos tropezando contigo. Por eso tratamos de alejarte de nosotros rajando aquella bici y con las amenazas telefónicas. Pero se ve que

contigo no hay manera. Eres una entrometida. Ahora habrá que meterte en la furgoneta, con el resto de las cosas que tenemos que quitarnos de encima.

Entonces se acercó a ella amenazadoramente, mientras el tipo más grande la sujetaba por detrás, le metía un trapo en la boca para que no gritara, y le ataba las manos a la espalda.

Luego la tiró de un empujón a un rincón del sótano, diciendo:

—Quédate aquí hasta que estemos listos para marcharnos.

Trixie sintió los hilos pegajosos y húmedos de una telaraña contra su cara. Sacudió la cabeza para librarse de ella, y las lágrimas que se agolpaban en sus ojos rodaron por sus mejillas.

Iban a «quitársela de encima», según había dicho ese hombre. Trixie se estremeció al intuir lo que esas palabras podían significar.

¿Por qué se me ocurriría venir hasta aquí sola? —pensó desesperada—. *¿Por qué no esperé a que Mart y Brian volvieran del cine, o por qué no llamé a Jim y a Honey?*

Entonces recordó que había salido de casa con tanta prisa que no había dejado siquiera una nota.

Creí que estaría de vuelta antes que ellos —se dijo, mientras asomaban más lágrimas a sus ojos al imaginar a su familia volviendo del cine y no encontrándola.



Empezarán a preocuparse enseguida —pensó—. *Llamarán a Honey para preguntarle si estoy en Manor House, y entonces Honey y Jim empezarán a preocuparse también. Alguien se dará cuenta de que falta mi bici, pero eso no les dirá adonde me he ido. Cuando lo averigüen, estaré… ¿dónde? En el fondo del río*

Hudson, lo más seguro. —A Trixie se le escapó un sollozo.

El más bajito oyó el ruido y se volvió; su rostro era una máscara.

—Calla la boca, nena —ordenó.

Trixie le dio a entender con la mirada cuánto le odiaba. Cuando él le dio la espalda, ella apartó la mirada del hombre, y lo que vio en ese cuarto le sorprendió tanto que olvidó su temor.

¡Es una imprenta normal! —se dijo.

En un rincón de la habitación había una impresora bastante vieja. Había bandejas llenas de papel, tambores de tinta y cajas que contenían el producto acabado: billetes de cincuenta marcos, idénticos al que Trixie había encontrado. También vio una chimenea llena de trozos de papel carbonizado.

De ahí es de donde salió mi billete —pensó—. *Se pusieron a quemar los billetes defectuosos, y aquél debió salir por el tiro de la chimenea antes de quedar completamente carbonizado*.

El más pequeño debió leerle el pensamiento a Trixie porque, con la vista clavada en la chimenea, dijo al otro:

—Tenemos que meter esas cenizas en un saco y llevárnoslo. No hay que dejar ni rastro. De lo contrario, no podremos montar el negocio en esta zona nunca más —lanzó a Trixie una sonrisa maligna; los ojos le brillaban al decir—: Buen chivatazo el que me has dado, chica. Gracias a ti, será como si no hubiésemos pasado por aquí.

Trixie enrojeció de cólera… le enfurecía la crueldad de ese hombre y le enfurecía más aún haber metido la pata.

Ya lo has hecho —pensó—. *Has borrado la única pista que podría haber traicionado a estos hombres*.

Forcejeó con las cuerdas que le apretaban las muñecas, confiando en poder librarse de ellas y correr hasta la puerta del sótano. Pero no hubo forma de deshacer el nudo. Se apoyó contra la pared y observó en silencio a los dos hombres, que seguían «haciendo las maletas». El más pequeño estaba metiendo el papel, la tinta y el dinero falso en cajas que el otro llevaba a la furgoneta. Después el más pequeño se puso a desmontar la impresora, para que su cómplice subiera por la empinada escalera las pesadas piezas de metal. Al cabo de lo que le parecieron horas, vaciaron el sótano.

—Tú mete a la chica en la furgoneta —dijo el bajito—. Quiero echar un último vistazo, para asegurarme de que no nos hemos

dejado nada.

El grande emitió un gruñido de aprobación, cogió a Trixie de un brazo y la puso de pie. La empujó escaleras arriba, sujetándola brutalmente cuando tropezaba, y la condujo hasta la puerta.

Cuando llegaron a la furgoneta, la levantó en vilo, como si ella fuera un saco de harina, y la echó adentro, cerrando las portezuelas inmediatamente.

Trixie se arrastró en medio de aquella oscuridad, tropezando con un montón de cosas, buscando algún sitio donde sentarse. Por fin se «acomodó», valga la expresión, encima de una pila de papeles. Volvió a oír el gruñido del grandote cuando se metía en el vehículo, y a continuación oyó que cerraban la puerta del lado del conductor. Oyó entonces un crujido, a su lado, y sintió que alguien le ponía una mano en el brazo. Quiso chillar, pero no pudo.

—Todo va bien, Trixie —musitó la voz de Nick Roberts a su oído —. No hagas ruido. Yo te sacaré de aquí.

Nick se escondió detrás de unas cajas al oír al bajito subir los escalones del sótano, cerrar la puerta y volver a colocar las bisagras en su lugar. Éste dio la vuelta a la furgoneta y se subió por el otro lado.

—Vamos —dijo ásperamente.

Cuando arrancaron, Nick le quitó a Trixie el trapo de la boca y empezó a desatarle las manos. Ella estaba muy confusa.

¿Qué hace Nick aquí? —se preguntó—. *¿Y cómo se las va a arreglar para sacarnos de esta furgoneta sin que esos tipos se enteren?*

Luego oyó un chirrido (el conductor había metido la primera) y los ruidos del sobrecargado vehículo, que aceleraba.

De pronto los faros de otro vehículo iluminaron de repente, y una voz conocida ordenó:

—¡Paren esa furgoneta y salgan! Es la policía.

Trixie, asombrada, miró a Nick: también estaba sorprendido. La furgoneta frenó. Trixie abrió con precaución una de las portezuelas traseras y asomó la cabeza para observar la escena. El grandote soltó el volante y bajó de la furgoneta con las manos en alto. El otro dudó un momento, luego abrió la puerta de golpe y salió disparado por la explanada.

—¡Qué se escapa! —gritó Trixie.

Sin pensar en el peligro, saltó de la furgoneta, con la vaga idea de dar caza al fugitivo.

—¿Estás loca? —gritó Nick Roberts—. ¡Te van a matar!

El falsificador había llegado casi a los primeros árboles del bosque cuando otra figura salió de entre las sombras y se le echó encima.

—¡Lo tengo! —oyó Trixie, y esa voz sí que le era familiar.

¡Era Jim Frayne!

Explicaciones • 17

Hubo una pelea breve entre ambos, hasta que el sargento Molinson llegó corriendo y apartó al falsificador, conduciéndole hasta el coche patrulla, donde ya su cómplice se había acomodado, ceñudo, en el asiento de atrás.

Después de un rápido examen del contenido de la furgoneta, y de intercambiar unas palabras con Nick Roberts, el sargento Molinson se volvió a uno de los policías que iban con él.

Llévate ese camión lleno de pruebas a la comisaría —ordenó. Antes de marcharse con su coche, dijo a Trixie—: ¡Contigo tengo yo que hablar, jovencita!

Jim se había levantado, y se estaba sacudiendo el polvo que había cogido durante la pelea.

—Ay, Jim… ¿estás bien? —preguntó Trixie con ansiedad, corriendo hacia él.

Jim miró a Trixie y fue a contestarle, pero en lugar de eso dijo con una sonrisa:

—Me parece que eso me tocaba decirlo a mí, Trixie, pero ya que me lo preguntas, estoy bien, gracias —sus ojos verdes se pusieron serios—. ¿Y tú cómo estás? Eso es lo que importa.

Por primera vez, Trixie pudo pararse a pensar en cómo se sentía. Temblaba como una hoja, según pudo comprobar, y tenía un nudo en la garganta que no se deshacía por mucho que tragara saliva. Aparte de eso, no obstante, no conseguía recordar haberse sentido tan bien en su vida.

—Yo… yo estoy maravillosamente, Jim, ahora que tú estás aquí. Pero ¿cómo…?

—¿Cómo dedujimos la localización de nuestra peripatética sabuesa? —preguntó Mart, y aparecieron él, Brian y Honey—. Elemental, querida Beatrix.

Trixie dio un salto al oír la voz de su hermano, luego lanzó un grito de alegría y abrazó a todos los Bob-Whites, uno por uno.

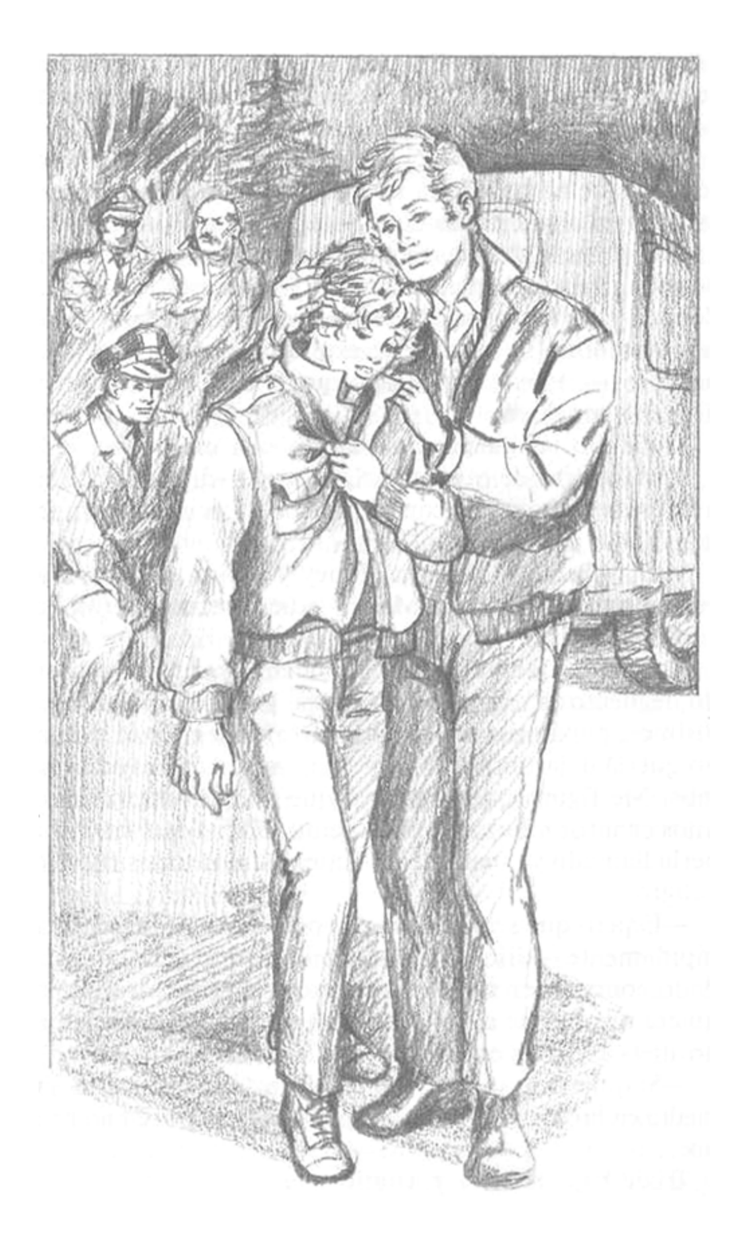
—Al volver del cine vimos que no estabas en casa y, como ya había oscurecido, nos preocupamos —explicó Brian—. Llamamos a Honey, por si estabas con ella. Por supuesto, no estabas, de modo que ella se inquietó también. Jim y ella pasaron a recogernos con la furgoneta inmediatamente. Para entonces ya sabíamos que faltaba tu bici.

Trixie asintió una y otra vez mientras Brian contaba la historia, que se parecía bastante a la que ella había imaginado, cuando estaba atada en el sótano de la casa abandonada. Se sentía culpable.

Los he tenido a todos tan preocupados —pensó—. *Me da muchísima rabia. Gracias al cielo, en la realidad sí supieron dónde buscarme*.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó en voz alta.

—Se lo debemos a tu distinguida colega —dijo Mart, saludando con una inclinación de cabeza a Honey, la cual se puso más roja que un tomate, al ver que todos la miraban.



—Bueno, Trixie, tu bici no estaba, y mañana es el bicitón, así que no hace falta ser un genio para sospechar que estarías en algún punto de la ruta. De lo que no estoy segura es de por qué pensé inmediatamente en la casa abandonada. Supongo que me pareció lógico, por estar abandonada y por ser la parada donde tú estarías mañana —Honey abandonó su intento de explicación y se encogió

de hombros—. Puede que sea porque te conozco muy bien, Trixie —concluyó.

Trixie dio las gracias a su amiga con un abrazo.

—Me alegro de que sea así, Honey —dijo—. Si tú no hubieses estado aquí, con la policía… Por cierto, ¿quién llamó a la policía?

Mart y Brian miraron a Honey y a Jim, y éstos, a su vez, miraron a Brian y a Mart. Nadie parecía saberlo. Por fin Mart sonrió.

—Creo que mamá podrá responder a esa pregunta cuando lleguemos a casa —dijo—. Papá y ella estaban asustadísimos; papá mismo fue a buscarte a Glen Road. Mamá no quería dejarnos venir aquí, pero nosotros nos empeñamos. Me figuro que ella creyó que no nos vendrían mal unos cuantos refuerzos. El sargento Molinson debe de haberla llamado ya, para decirle que estamos todos fuera de peligro.

—Espero que sea ésa la razón por la que se marchó tan rápidamente —dijo Trixie—. Temí que estuviera tan enfadado conmigo en aquel momento, que no se atreviese siquiera a soltarme el rollo de siempre, advirtiéndome que no meta la nariz en las cosas de la policía.

—Si quieres te suelto yo el rollo, en su lugar —dijo Jim medio en broma—. Estuviste a punto de meterte en un buen lío.

Trixie bajó la vista y asintió.

—Pues habría sido peor si Nick no hubiera… ¡Nick!

Al ver que se había olvidado por completo del joven estudiante de arte desde que la policía paró la furgoneta, Trixie levantó la cabeza y escudriñó a su alrededor la oscura explanada.

Nick estaba a unos pocos metros, callado, atendiendo con ojos y oídos la reunión de los Bob-Whites. Trixie fue a su lado, le cogió del brazo y prácticamente lo arrastró hasta donde se encontraban sus amigos.

—Nick estaba en la furgoneta que esos hombres tenían —explicó Trixie. Al observar las miradas suspicaces de sus amigos, comprendió que les parecía rara la presencia de Nick en la casa abandonada.

Y supongo que a mí también —se dijo mirando a Nick inquisitivamente.

Nick se volvió hosco ante la insistente mirada de los Bob-Whites.

—Yo no estaba en el negocio de los falsificadores, si eso es lo

que estáis pensando —murmuró.

—Pero Nick, ¿y quién dice que lo estuvieras? —le aseguró Trixie—. No sabes cuánto me alegro, cuantísimo, de que estuvieras aquí. Sólo nos preguntábamos… bueno, cómo es que estabas aquí.

Nick miró en torno suyo, esperó un momento y habló:

—Todo empezó el día que me llamaste por lo del bicitón. ¿Te acuerdas, Trixie?

Trixie asintió.

¿Cómo iba a olvidarme? —pensó.

—Me imagino que no estuve muy correcto cuando me llamaste —admitió Nick—. No soy optimista por naturaleza y, después de los pobres resultados de la feria de arte, mi primer pensamiento fue que el bicitón no sería más que otro esfuerzo en vano.

Guardó silencio un momento, luego aclaró su garganta.

—Pero eso no era todo —continuó—. Estaba enojado contigo porque tu amigo Ben Riker había roto la vasija de Amy Morrisey, y porque había leído cosas sobre ti en el periódico, cuando ayudaste a resolver el misterio de la veleta robada. Todos parecéis tan integrados en la ciudad, y yo siempre me he sentido desplazado, un forastero, desde que nos mudamos a Sleepyside.

Lo mismo que Ben Riker —pensó Trixie—. *Apuesto a que Nick no me creería jamás si le dijera que Ben siente lo mismo que él.*

—Después de darle vueltas un rato, llegué a la conclusión de que tal vez la idea no fuera tan mala —prosiguió Nick—. Precisamente por estar vosotros tan integrados y porque conocéis Sleepyside tan bien, pensé que podríais crear cierto entusiasmo por el bicitón y, como resultado, conseguir algo de dinero para el Departamento de Arte. A la hora de la cena, el proyecto ya me tenía fascinado, y conté a mis padres todo lo del bicitón… la ruta, la función de las tarjetas y de los patrocinadores, y todo lo demás. A mi padre no le hizo ni pizca de gracia. Me prohibió tomar parte en el bicitón. Protesté, y se puso como loco. Amenazó con echarme de casa si llegaba a enterarse de que había tomado parte en el proyecto y dijo que debería intentar convenceros para que lo abandonarais.

A Nick se le ensombreció el rostro, como si le acompañara el eco de las palabras iracundas de su padre. Sacudió la cabeza, como para apartar de sí el recuerdo.

—Mi padre está muy chapado a la antigua, en muchos sentidos

—continuó—. A veces eso es bueno. Siente un orgullo por su trabajo que siempre he admirado muchísimo. Creo que por eso me metí en el arte… quería hacer algo por lo que pudiera sentir el mismo orgullo.

Entonces miró alrededor suyo, pidiendo que entendieran a qué se refería. Trixie notó en los rostros de sus amigos que la suspicacia había dejado paso a la comprensión… comprensión con un toque de admiración.

—En otros sentidos, las convicciones anticuadas de mi padre hacen que sea difícil vivir con él. No le gusta que mi madre o yo le discutamos nada. Para él, en su casa, su palabra es la ley. Yo sabía que cumpliría con su amenaza de echarme de casa, y vi que la discusión estaba entristeciendo a mi madre, así que me callé. Sabía, también, que mi padre no cree en eso de aceptar caridad. Por muy arruinados que hayamos estado… y, creedme, estos últimos años hemos estado ahogados en deudas… papá jamás ha pedido nada a nadie. Pensé que ése era el motivo por el que le disgustaba tanto la idea del bicitón. Supuse que para él sería como aceptar dinero de extraños.

Nick volvió a quedarse callado. Trixie vio que en la frente y en su labio superior se le formaban gruesas gotas de sudor. Se preguntó si Nick no estaría a punto de confesarles que su padre pertenecía a la banda de falsificadores. Estuvo tentada de preguntárselo sin más, pero se guardó mucho de hacerlo. Nick no era muy abierto, eso estaba claro. El señor Crider había llegado a decir que nadie conocía de verdad a Nick Roberts. Se dio cuenta de que cualquier interrupción podría costarles el quedarse sin saber el final de la historia. Los demás Bob-Whites parecían compartir sus temores, porque todos aguardaron en silencio a que Nick continuara.

—Te debo una disculpa, Trixie —dijo Nick por fin—. Te traté muy mal aquella mañana en el colegio, cuando quisiste hablarme de los carteles. Pero no podía explicarte lo que había pasado, y no supe hacer otra cosa. Lo siento.

—No pasa nada, Nick. Ahora te entiendo —dijo Trixie en voz muy baja, casi en un susurro.

Hubo un instante en que creyó que eso era todo lo que Nick iba a decirle, pero éste volvió a hablar.

—Cuando la policía me interrogó respecto a esas llamadas

telefónicas, comencé a sospechar que en la actitud de mi padre había algo más que orgullo o soberbia. Le estuve dando vueltas un par de días y esta noche, por fin, le exigí una explicación. Papá me dijo que unos hombres habían ido a verle hacía uno o dos meses. Le preguntaron si le interesaba ganar un montón de dinero imprimiendo unas cosas bastante complicadas. Él preguntó que qué clase de cosas. Uno de ellos… me parece que el tipo más pequeño de los que la policía capturó esta noche… parpadeó lentamente y le dijo: «Digamos que usted va a hacer un montón de dinero, sin más». Papá se dio cuenta de que hablaban de falsificaciones y dijo que no dejaría que nadie utilizase su impresora para eso. «Usted no tendría que hacerlo» dijo el bajito. «Nosotros tenemos nuestra propia impresora». Entonces al gigantón, que debe de tener más músculo que sesos, se le escapó que la tenían en la Carretera del Viejo Telégrafo. Papá dijo que el bajito lanzó al más grande una mirada asesina y le mandó que cerrara el pico; papá temió saber él mismo más de la cuenta. Se aferró a su orgullo, de todos modos, y dijo que no quería verse implicado en una cosa así. El pequeño se encogió de hombros y dijo que no pasaba nada, pero que no se le ocurriese ir con el cuento a la policía… «Su mujer se pondría mucho más enferma de lo que está si lo hace» le advirtieron. Como es natural, papá no se atrevió a delatar a los falsificadores pero, cuando le dije por dónde pasaba la ruta del bicitón y que la casa abandonada era la primera parada, él recordó las palabras del gigantón y vio que se trataba del mismo lugar. Por eso me ordenó que no me metiera. Tan pronto como papá terminó de contarme la historia, esta noche, cogí el coche y me vine para acá. Aparqué en la carretera y llegué hasta aquí andando. Los hombres estaban cargando la furgoneta, por lo que esperé a que entraran los dos en el sótano y me subí. Pensé que podría ir con ellos hasta enterarme de adonde iban, y después bajarme y avisar a la policía. Entonces llegó Trixie y… bueno, el resto ya lo sabéis —Nick acabó de pronto, como si su largo relato le hubiera dejado sin palabras.

Hubo otro largo silencio; había que reorganizar esquemas mentales… el coraje de Nick, la imprudencia de Trixie y la suerte que habían tenido los dos de escapar de esos criminales desesperados y peligrosos.

—Creo que lo que hiciste fue fabuloso… fabuloso, Nick —dijo

Honey rompiendo el silencio—. Hacía falta valor para venir hasta aquí, sabiendo desde el principio lo que te ibas a encontrar.

Nick sacudió la cabeza, arrepentido.

—Si hubiera sido tan valiente como dices, me habría plantado ante mi padre hace dos semanas y nada de esto hubiera ocurrido.

—No podías arriesgarte a ponerte a mal con tu familia, Nick. Todos lo entendemos —dijo Jim cuya voz sonó tranquila pero convencida.

Trixie intuyó que Jim estaba pensando en los problemas que él mismo había tenido con su padrastro, antes de escaparse de casa y de que lo adoptaran los padres de Honey.

—Sí, pero el tiempo que tardé en decidirme os hizo pasar unos cuantos malos tragos: las amenazas, la bici, la carreta del señor Maypenny… Oí a esos dos hablar de esas cosas cuando me escondí en la furgoneta. Y no lo sentían ni lo más mínimo… sólo se quejaban de no haber podido haceros cancelar el bicitón.

—¿Estás seguro de que esos hombres mencionaron haber hecho todas esas cosas? —preguntó Brian—. Si es así, todo el misterio está resuelto.

Trixie ratificó con un gesto cuanto había dicho Nick.

—El pequeño confesó haber hecho la mayor parte de las cosas, cuando yo estaba en el sótano. No debería decir que confesó, eso sí, porque no me pareció nada arrepentido, como dijo Nick.

—Yo soy el que lo siente —dijo Nick—. Estuve a punto de estropearlo todo. ¿Hay algo que pueda hacer por vosotros?

—Yo diría que esta noche has hecho más que de sobra —dijo Trixie—, estando allí dentro para salvarme el pellejo.

Honey, Jim y Brian asintieron.

—No del todo —dijo Mart, que acostumbraba a juzgarlo todo con más severidad. Los demás le miraron sorprendidos.

No me digas que todavía sospecha de Nick —pensó Trixie alarmada—. *Eso volverá a encerrar a Nick en esa concha que se había construido y que ahora estaba destruyendo*.

Entonces vio que Mart guiñaba un ojo y eso la tranquilizó.

—Todavía queda el bicitón, mañana —le dijo Mart a Nick—. Me parece que lo menos que puedes hacer es aparecer mañana por la tarde y ayudar a servir la hornada a la multitud hambrienta que vendrá. Puede que hasta sobre algo para ti. ¿Qué dices?

—Digo que me encantaría ayudar —dijo Nick con una sonrisa—. Seguro que podré restarle un poco de tiempo al trabajo. Dadme la dirección y cómo llegar, y allí me tendréis.

Mientras los otros Bob-Whites buscaban una hoja de papel y Jim improvisaba un mapa para Nick, a Trixie le entró un cansancio tremendo. Supo que sólo la curiosidad la había mantenido despierta los últimos minutos. Ahora que lo sabía todo, sintió que estaba hecha polvo.

Al verla bostezar repetidas veces, Jim le pasó un brazo por encima del hombro y la llevó a la furgoneta.

—Más vale que vayamos a casa, jovencita —dijo—. Has tenido un día bastante ajetreado.

La metió en el vehículo, y ya se había quedado casi dormida, con la cabeza apoyada en el hombro de él, cuando los demás entraron.

Me alegra que el padre de Nick sea inocente —pensó antes de conciliar el sueño.

Nuevos amigos • 18

Los Belden se despertaron bien temprano, más temprano que de costumbre en un sábado por la mañana, y este sábado no hubo quejas ni refunfuños al oír que tenían que levantarse de la cama.

Trixie ayudó a su madre a preparar un desayuno de barquillos y salchichas, aunque manifestó:

—No sé si debería guardar ayuno todo el día. ¡Quiero tener más hambre que un lobo cuando lleguemos a casa del señor Maypenny esta tarde!

La señora Belden sonrió indulgentemente.

—Hasta entonces falta mucho tiempo, cariño —dijo—. Confío en que el aire libre y la ansiedad sirvan para despertar el famoso apetito de los Belden.

Trixie se rió.

—Tienes razón, como siempre, mamá —dijo—. Supongo que lo que necesitamos es un buen desayuno, después de todo. Y gracias por preparárnoslo —añadió—. Qué buena eres, encima de que te vamos a dejar sola el día más atareado de la semana en Crabapple Farm…

La señora Belden vertió un poco de caramelo en una jarra de nata y replicó:

—Este sábado no habrá mucho trabajo, Trixie. El fin de semana que viene será tiempo de siembra, y a partir de entonces tendremos las manos llenas.

—Te lo debemos, mamá, —dijo Trixie, dándole un fuerte abrazo al pensar en el dibujo de Crabapple Farm que había escondido en su dormitorio, listo para regalárselo al día siguiente, que era el Día de la Madre.

El desayuno estuvo delicioso, pero Mart, Trixie, y Brian estaban demasiado excitados como para degustarlo lentamente. Mucho

antes de que la furgoneta pasara a recogerlos, los tres estaban esperando, con las chaquetas puestas, mirando por la ventana, impacientes.

—¡Ya están aquí! —anunció Trixie, saliendo a toda prisa y metiéndose en la furgoneta, donde Honey, Jim, Di y Dan ya les estaban esperando. Brian y Mart la siguieron de cerca, olvidándose por una vez de su pose de madurez y de «hermanos mayores».

Los Bob-Whites salieron por turno del vehículo para colocar las flechas. En una de las paradas, Trixie cogió dos flechas, plantó la primera y se fue corriendo hasta el siguiente punto para poner la segunda; así, según explicó, descargaba energías.

Cuando terminaron de colocar la última flecha, era hora de que cada uno fuera al punto que se le había asignado para esperar a los ciclistas.

La casa abandonada volvía a tener un aspecto normal, nada misterioso, cuando la furgoneta se metió por el sendero.

Nadie creería que, hasta anoche, esta casa era un nido de falsificadores —pensó Trixie. Se estremeció al recordar lo cerca del desastre que había estado la noche anterior. Hubo un momento en que lamentó no haber seguido el consejo de Brian de ir con Di y con Honey a otro punto, para no tener la casa ahí delante.

Pronto, sin embargo, la explanada se llenó de las risas y las bromas de los corredores, y Trixie no tuvo tiempo de pensar en su relación con el peligro. Comprobó los nombres de todos los ciclistas y ayudó a Jim y a Brian a servir el ponche y los panecillos dulces que Tom Delanoy había dejado poco antes.

Luego llegó la hora de cargar todas las cosas en la furgoneta y acudir a casa del señor Maypenny.

—¿No podemos seguir la ruta de los ciclistas, por ahí? —solicitó Trixie—. Quiero ver cuántos siguen corriendo.

—Ya hay bastante tráfico por la carretera, Trixie —dijo Jim—. Creo que no debemos ponerle las cosas más difíciles a la escolta policial de los corredores. Volveremos por Glen Road y esperaremos a que el bicitón llegue a casa del señor Maypenny.

Esperar, esperar, esperar —pensó Trixie—. *Eso es todo lo que hacemos. Al menos hoy estoy esperando que suceda algo agradable, en lugar de esperar que me metan en una furgoneta… y se deshagan de mí.*

La sacudió un nuevo temblor. Ese algo que Trixie esperaba resultó pero que muy agradable. Sólo dos ciclistas no pudieron llegar a casa del señor Maypenny, por tener problemas con sus bicicletas.

—Los llevé a casa —dijo Tom Delanoy a los Bob-Whites—. Yo sé todo lo que hay que saber sobre coches, pero esas bicicletas de diez marchas son un misterio para mí. No conseguí arreglarlas.

Trixie pensó en lo disgustados que estarían los dos ciclistas. De todas formas, los dos habían llegado a casa de la señora Vanderpoel, lo que significaba que habían ganado una buena suma para el Departamento de Arte. *Y nadie ha tenido que dejar la carrera por caídas* —se dijo—. ¡Eso es maravilloso!

La mayoría de los corredores se apiñaron en torno al señor Maypenny, que preparaba la hornada de carne de caza, probándola de vez en cuando. El rostro, duro y curtido por el sol y el frío, del señor Maypenny se le había iluminado, en parte por el calor del banquete que estaba preparando, y en parte por la atención que estaba recibiendo de todos esos jóvenes.

—¿Verdad que es un señor estupendo? —le dijo Honey a Trixie en voz baja.

Trixie asintió.

—¿Sabes? Debe de haberse levantado al alba para encender el fuego y ponerse a cortar las verduras. Yo estaría muerta de cansancio, y míralo a él… se lo está pasando como nunca.

Nick Roberts se mantenía algo apartado de todos. Tenía una enorme carpeta de bocetos, y estaba haciendo bosquejos de distintas escenas del almuerzo, que luego regalaba a los ciclistas como recuerdo.

Ben Riker estaba a su lado, observando las habilidades del joven artista.

—Daría cualquier cosa por poder dibujar tan bien —dijo Ben a Nick después de admirar su trabajo un rato.

Nick miró a Ben a los ojos, sin saber si le estaba tomando el pelo o no.

—Lo digo en serio —se apresuró a añadir Ben—. Siempre me ha gustado hacer bocetos… bah, nunca tan buenos como los tuyos, entiéndeme. Sólo hago monigotes en las tapas de mis cuadernos o en la agenda que ponen al lado del teléfono. Siempre tuve miedo de

que se burlaran de mí si me lo tomaba en serio, de manera que nunca he trabajado en ello. Al ver cómo dibujas, me arrepiento de no haberlo hecho.

—Nunca se es demasiado viejo para aprender —dijo Nick, poniendo una hoja en blanco en la carpeta y pasándole a Ben la carpeta y el carboncillo—. Intenta dibujar aquel grupo de ahí —añadió mientras señalaba a dos chicos y a una muchacha que conversaban alegremente al tiempo que disfrutaban de la carne.

Ben perdió la compostura que le acompañaba siempre, y parecía que la vergüenza podría más, pero acabó cogiendo la carpeta y el carboncillo y se puso a dibujar. Nick observó lo que hacía en una actitud de crítica, dándole consejos de vez en cuando. Cuando terminó el boceto, Nick se quedó un rato estudiándolo ante la mirada expectante de Ben.

—Creo que tienes talento —dijo Nick—. Deberías pensar en tomar alguna clase de arte el año que viene, si sigues en Sleepyside. El señor Crider es un buen profesor, y, por una vez, no nos faltarán materiales, ahora que Trixie y sus amigos han conseguido tanto dinero.

El rector del instituto, que acababa de llegar al almuerzo, oyó el comentario de Nick.

—En efecto —dijo—. Además, ahí no termina la cosa. Este bicitón… y la necesidad de organizarlo… ha provocado un montón de comentarios en la comunidad. Se acusa al colegio de no financiar adecuadamente al Departamento de Arte. Lo más probable es que aumente bastante la donación para el Departamento en los presupuestos del año que viene.

Nick, excitadísimo por la noticia que acababa de darles el rector, dio a Ben una palmada en la espalda.

—¿Has oído eso? —preguntó—. Si trabajo con ahínco el año que viene, podré tener un portafolios que aceptarán en cualquier Escuela de Arte del país. Ahora que estoy seguro de eso, sé que me las arreglaré para pagarme los estudios de un modo u otro.

Ben miró con envidia a Nick, admirándolo por sentir una vocación que él nunca había sentido.

—Seguro que lo consigues, Nick. ¡Seguro!

Mientras Ben y el rector animaban a Nick, el sargento Molinson desanimaba a Trixie, advirtiéndole insistentemente que no volviera

a inmiscuirse en asuntos de la policía.

—Te dije cuando me trajiste esos marcos alemanes —dijo— que esos falsificadores eran unos criminales peligrosos. ¿No me oíste? ¡No, claro! Tuviste que salir en plena noche, sin decirle a nadie adonde ibas, y dejarte capturar por esos mismos tipos.

—Pero… —protestó Trixie.

—Pero nada, Trixie —la interrumpió el sargento—. Como agente de la ciudad de Sleepyside del Hudson, se me ha encargado de velar por la seguridad y el bienestar de sus ciudadanos. Y eso te incluye a ti, Trixie Belden. ¿Me puedes explicar, por favor, cómo voy a cumplir mi misión si tú te empeñas en correr riesgos tontos e innecesarios?

Trixie bajó la mirada. Quería haberle explicado al sargento que no fue su intención meterse en la boca del lobo, que simplemente había ido a la casa abandonada porque sí, sin que se le ocurriera decírselo a nadie, pero se percató de que la excusa no iba a reconciliarla con el sargento Molinson.

Pensé que me libraría de su discurso cuando se marchó de la casa abandonada, anoche —reflexionó Trixie—. *Me figuro que lo único que hizo fue ir a su casa y ensayarlo delante del espejo —Trixie se mordió el labio—. ¡No debería pensar una cosa así! El sargento Molinson se preocupa por mí, eso es lo que pasa. Debería estarle agradecida, en lugar de enfadarme con él.*

—Bueno —dijo el sargento Molinson, creyendo que el discurso había sido lo bastante contundente, sobre todo en un día como aquél, tan feliz—. El caso es que has salido sana y salva una vez más. Los dos tipos que arrestamos ayer por la noche nos dieron el nombre del impresor que les hacía el trabajo. Y te alegrará saber que recibí una llamada esta mañana del presidente de un Banco del norte del Estado de Nueva York. Su Banco había aceptado parte del dinero falso que esta banda les había cambiado mientras operaban por esa zona. El Banco ofreció una fuerte suma como recompensa a la primera persona que diera con los falsificadores, y otros Bancos del área aportaron también bastante dinero a esa recompensa.

—Todo junto suma un montón de dinero… unos cinco mil dólares. Y el dinero es tuyo, ya que fuiste tú la que descubriste su guarida. Supongo que no está mal, ¿eh? —preguntó al ver que Trixie sacudía la cabeza.

—No, no, de ninguna manera. Ese dinero no lo he ganado yo —dijo Trixie muy nerviosa—. ¡Lo ganó Nick! Él ya estaba escondido en la furgoneta cuando yo llegué a la casa abandonada, lo que significa que él fue el primero en encontrarla. ¡Espere a que se lo diga!

—No hace falta —dijo Nick a su espalda—. Yo… yo… no pude evitar oír lo que decías —a Nick le brillaban los ojos—. Parece que se me acabaron los problemas, y también el misterio.

Nick arrancó una hoja de la carpeta donde había estado dibujando.

—En realidad… bueno, vine a darte esto, Trixie. Era una broma, pero ahora… no estoy seguro de que sea lo más apropiado. De todos modos, quédatela.

Nick le entregó la hoja, y Trixie se echó a reír. Los otros Bob-Whites se arremolinaron a su alrededor y, al ver el boceto, también ellos estallaron en carcajadas.

—¿Cómo te atreves a decir que no es apropiado? —preguntó Mart—. Pues a mí no se me ocurre nada más apropiado para dibujar a Trixie Belden.

En el boceto, Trixie, contrita, se mordía el labio, mientras el sargento Molinson se inclinaba sobre ella amenazadoramente.

—¡Es perfecto! ¡Ideal! —dijo Honey—. No nos conoces desde hace mucho tiempo, pero parece que has captado la postura más característica de Trixie.

—Y tanto —admitió Trixie—. Voy a colgar este dibujo en mi dormitorio y me comprometo a mirarlo treinta minutos todos los días, para que no se me olvide lo que sucede cuando no hago caso al sargento Molinson.

—Me alegro de que el boceto te sirva de algo —dijo Nick—. Algún día, sin embargo, me gustaría hacerte un buen retrato. Te debo una obra de arte, ¿recuerdas? Después de todo, yo arranqué aquel cartel en el colegio.

—Me acuerdo —dijo Trixie—. Y ahora entiendo por qué lo hiciste. Estabas enfadado porque no te atrevías a desobedecer a tu padre y te sentías culpable de no poder explicarme por qué no podías participar en el bicitón. Cuando viste el cartel, te hirvió la sangre… como a mí me sucede cada dos por tres. Nick, eso no te obliga a pintarme ningún retrato.

—Bueno, si Trixie no quiere, yo sí —dijo Jim—. Quiero que mantengas tu promesa de hacerle un buen retrato, Nick.

Mientras las risas y la conversación bullían a su alrededor, Trixie y Honey fueron adonde estaban las bicicletas de los Bob-Whites que Tom Delanoy había traído aquella tarde. Los Bob-Whites habían resuelto guiar a la expedición en la última etapa de la ruta, de regreso a Sleepyside y hasta el final. Pronto tendrían que partir.

—Ha salido todo tan bien, Trixie —dijo Honey—. Hemos conseguido muchísimo dinero para el Departamento de Arte, hemos cogido a los falsificadores y tenemos un nuevo amigo.

—Tenemos dos nuevos amigos, Honey —le recordó Trixie, dirigiendo la mirada hacia donde Ben y Nick estaban hablando con un grupo de corredores—. Las cosas no podrían haber ido mejor.

—Es verdad —dijo Dan Mangan cuando él, con los demás Bob-Whites, se unieron a las dos muchachas.



—Será mejor que todo el mundo vuelva a la carretera —dijo Brian, avisando a los ciclistas con el brazo—. A mí me va a venir muy bien un buen descanso en casa. Ha sido un día muy largo.

—Todavía tenemos todo un largo verano para descansar —dijo Di enfáticamente.

—La única manera de conseguir que ese sueño se haga realidad —dijo Mart— sería volver a los tiempos en que no conocías a Trixie. Ya sabes que ella se encargará de meternos en unos cuantos líos más, antes de que llegue el otoño.

—Yo, por lo menos, estoy dispuesto a correr ese riesgo —bromeó Jim—. Y tengo la impresión de que todos vosotros también. ¡Ánimo, Bob-Whites! ¡Vámonos!

Notas

[1] N. del T.: Juego de palabras: el nombre de la ciudad (Sleepyside of the Hudson) significa «orilla adormecida del (río) Hudson». <<